



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Universidad de Guadalajara

Rector General: Ricardo Villanueva Lomeli

Vicerrector Ejecutivo: Héctor Raúl Solís Gadea

Secretario General: Guillermo Arturo Gómez Mata

Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Francisco Javier González Madariaga

Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >

Editor: José Israel Carranza < jcarranza@luvina.com.mx >

Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >

Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >

Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >

Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa

Viñetas: Jimmar Vásquez

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon, Jorge Zepeda Patterson.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos¹, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Francisco Payó González, Hugo Gutiérrez Vega¹, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo¹, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Patricia Torres San Martín, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal¹, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

PROGRAMA *LUVINA JOVEN* (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljuven@luvina.com.mx >

Luvina, año 24, no. 98, primavera de 2020, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Secretaría de Vinculación y Difusión Cultural del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño. Periférico Norte Manuel Gómez Morín núm. 1695, colonia Belenes, cp 45100, piso 6, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044-4050. www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx. Editor responsable: Silvia Eugenia Castellero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102. ISSN 1665-1340, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de título 10984, Licitud de Contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Pandora Impresores, SA de CV, Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, cp 46170. Este número se terminó de imprimir el 15 de marzo de 2020 con un tiraje de 1,300 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Distribuida por: Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel: 55 5618-8551
comercializadoragbn@yahoo.com.mx, comercializadoragbn@gmail.com

www.luvina.com.mx

Desde la antigüedad se ha discutido el problema de si las imágenes que guardamos en nuestra memoria son sólo ráfagas de un tiempo pasado que vuelve, como lo aseguró Bergson, a nuestra psique como reminiscencia unida a la percepción, o —como lo quería Sartre— que la imagen es una forma de conciencia y por tanto es trascendente y espontánea. O, a la luz del psicoanálisis, la propuesta de Jung de que todo pensamiento reposa sobre imágenes generales llamadas arquetipos.

El caso es que la imagen nunca es un signo arbitrario y surge de una motivación intrínseca, pues posee una correspondencia entre el significado y su sentido, y la inteligencia humana la somete a un dinamismo que la organiza, logrando así su representación.

El gran salto de lo primitivo al desarrollo del lenguaje es justamente la expresión centrada en las percepciones de las cosas; es la conquista del mundo simbólico, a través del cual se llega a concebir la universalidad dentro del lenguaje; su estructuración simbólica como raíz de todo pensamiento.

Gracias a ello, Bachelard define la imaginación como la facultad de deformar las imágenes suministradas por la percepción y, sobre todo, de librarnos de las imágenes primeras, de cambiar las imágenes. Es esta gran semántica del imaginario la que permite su capacidad de metáfora, su despliegue para unir realidades distantes.

La imagen nos permite mirar algo desconocido, o como lo dice Calasso, sumergir el mundo en una claridad difusa. Los creadores, entonces, parecen ser encantadores de las cosas, esas cosas abandonadas a sí mismas y reajustadas bajo el ojo del artista. Todo artista, sin embargo, se apropia de tal modo de sus imágenes que las vuelve cuerpo y tiempo y les confiere ese don de la materia artística, el de repetirse para ser siempre otras.

Luvina 98 propone una lectura desde el mundo de imágenes nuevas creadas por los escritores convocados. Imágenes que originan mundos diferentes, realidades que existen en las honduras de la vida continua y cotidiana.

Por otra parte, en este número rendimos homenaje póstumo —no sin declarar nuestra pesadumbre— a tres grandes del arte latinoamericano: el crítico José Miguel Oviedo, la poeta Minerva Margarita Villarreal y el pintor Francisco Toledo, amigos y colaboradores de Luvina •

Índice

- 9** 🖊️ **Tres acercamientos** ●
ADRIANA DÍAZ ENCISO (Guadalajara, 1964). En 2018 publicó la novela *Ciudad doliente de Dios* (Alfaguara).
- 14** 🖊️ **POEMAS** ●
ELISA DÍAZ CASTELO (Ciudad de México, 1986). Por su libro *El reino de lo no lineal* acaba de obtener el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2020.
- 19** 🖊️ **POEMAS** ●
Eduardo REZZANO (La Plata, 1968). Entre sus últimos títulos publicados está *Paraíso* (Malisia, 2018).
- 23** 🖊️ **Pequeña tragedia griega** ●
ATENEA CRUZ (Durango, 1984). En 2019 apareció su libro de cuentos *Corazones negros* (An.alfa.beta).
- 30** 🖊️ **POEMAS** ●
Ana Belén LÓPEZ (Culiacán, 1961). Es autora, entre otros poemarios, de *Retrato hablado* (AndraVal Ediciones, 2013).
- 34** 🖊️ **POEMAS** ●
Claudia MASIN (Resistencia, Argentina, 1972). En 2019 se editó en México su antología personal *La materia sensible* (UNAM). Estos poemas pertenecen al libro *El cuerpo*.
- 38** 🖊️ **El manuscrito de Sabas** ●
JUAN FERNANDO MERINO (Cali, 1954). Su libro más reciente es *Los mares de la luna* (Planeta, 2019).
- 47** 🖊️ **Del candor y las sombras** ●
MERCEDES ROFFÉ (Buenos Aires, 1954). En 2016 apareció su poemario más reciente, *Diario ínfimo* (La Isla de Siltolá).
- 51** 🖊️ **Poemas** ●
Sudeep SEN (Nueva Delhi, 1964). Uno de sus últimos títulos es *Blue Nude: New Poems, Ekphrasis, Anthropocene* (2019).
- 55** 🖊️ **Yo, la desconocida** ●
JULIETA GARCÍA (Ciudad de México, 1970). *Cuando escuches el trueno* (Penguin Random House, 2017) es una de sus más recientes publicaciones.

- 59** 🐾 **POEMAS** ●
Luis Eduardo GARCÍA (Guadalajara, 1984). Su libro más reciente es *Dhigavostov* (Luzzeta, 2018).
- 62** 🐾 **Poemas** ●
Tadeus ARGÜELLO (Querétaro, 1983). *Teorema de Medusa* (Calygramma, 2015) es uno de sus últimos libros.
- 68** 🐾 **Viaje con tutú** ●
JUAN BAUTISTA DURÁN (Barcelona, 1985). Es autor, entre otros libros, de *Convivir con el genio* (Comba, 2014).
- 75** 🐾 **Corazón de hielo: glaciar Perito Moreno** ●
FOTOGRAFÍAS: PRISCILLA HERNÁNDEZ; OCTAVAS: CÉSAR ARÍSTIDES (Ciudad de México, 1967). *Thomas Bernhard despierta en su tumba sin nombre* es uno de sus libros más recientes (UNAM, 2013).
- 83** 🐾 **POEMAS** ●
ALBERTO SPILLER (Schio, Italia, 1977). Algunos de sus artículos y entrevistas forman parte del libro *Conversaciones con la cultura* (Universidad de Guadalajara, 2014).
- 86** 🐾 **POEMAS** ●
Rodrigo LÓPEZ ROMERO (Ciudad de México, 1992). Su libro más reciente es *Chroma: color, estética y escritura* (Universidad Autónoma del Estado de México, 2019).
- 88** 🐾 **POEMAS** ●
PATRICIO GRINBERG (Buenos Aires, 1970). Su libro más reciente es *Sea Monkeys* (Ediciones Liliputienses, 2014).
- 92** 🐾 **Reporte forense** ●
JUAN FERNANDO COVARRUBIAS (Guadalajara, 1980). Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez 2014 por su libro *O Cirilo tal vez regresó*.
- 95** 🐾 **POEMAS** ●
VALERIA TENTONI (Bahía Blanca, 1985). Su libro más reciente es *Furia diamante* (Leteo, 2019).
- 97** 🐾 **POEMAS** ●
MEDHA SINGH (Nueva Delhi). Su primer libro de poemas se titula *Ecdysis*, y fue publicado por Poetrywala en 2017.
- 101** 🐾 **Dios padre** ●
DANIEL CENTENO (Los Mochis, 1991). Publicó *Puerta cerrada* en Paraíso Perdido, en 2017.
- 111** 🐾 **Oda a Fernando Pessoa** ●
RICARDO PIVA (São Paulo, 1937-2010). En 2011 se publicaron sus obras reunidas bajo el título *Um estrangeiro na legião* (Globo).
- 120** 🐾 **POEMAS** ●
Carlos Vicente CASTRO (Guadalajara, 1975). Es autor de *Apócrifos + Circo + Un edificio en construcción* (Mantis Editores, 2016).
- 122** 🐾 **POEMAS** ●
STÉPHANE MALLARMÉ (París, 1842-Fontainebleu, 1898). *Un coup de dés jamais n'abolira le hasard*, su obra más emblemática, apareció en 1897.
- 126** 🐾 **Los lobos [fragmento]** ●
La película *Los Lobos*, basada en este guion, ganó, en el Festival Internacional de Cine de Berlín 2020, el Grand Prix del Jurado Internacional por Mejor Película en la categoría Generation Kplus, así como el Peace Film Prize, otorgado por un jurado independiente.

SAMUEL ISAMU KISHI LEOP (Guadalajara, 1984). Con el cortometraje *Somos Mari Pepa* ganó el Premio Ariel, el Mayahuel al Mejor Cortometraje Mexicano en el Festival Internacional de Cine de Guadalajara, el Ojo de Plata en el Festival internacional de Cine de Morelia, y el Premio a la Mejor Realización Audiovisual en el Festival Latinoamericano de Cine y Video en Rosario, Argentina.

LUIS BRIONES MACÍAS (León, Guanajuato, 1982). Dirigió el cortometraje *A través de los párpados*, que se presentó en los festivales internacionales de Morelia, Guadalajara y Feratum, entre otros. Su primer largometraje como guionista es *Los años azules*, coescrito con Sofía Gómez Córdova.

SOFÍA GÓMEZ CÓRDOVA (Aguascalientes, 1983). Ha sido coguionista del cortometraje *Somos Mari Pepa*, de Samuel Kishi Leop, y coeditora de *La hora de la siesta*, de Carolina Platt, y de *Retratos de una búsqueda*, de Alicia Calderón.

IN MEMORIAM † JOSÉ MIGUEL OVIEDO

138 🐿 **Responsabilidad enciclopédica** ●

ADOLFO CASTAÑÓN (Ciudad de México, 1952). En 2018 obtuvo el Premio Internacional Alfonso Reyes.

139 🐿 **Una celebración de la lectura** ●

ALONSO CUETO (Lima, 1954). La novela *Palabras de otro lado* (Galaxia Gutenberg, 2019) es su libro más reciente.

141 🐿 **Ya no los hacen así** ●

ENRICO MARIO SANTÍ (Santiago de Cuba, 1950). En 2016 publicó el libro *El acto de las palabras: estudios y diálogos con Octavio Paz* (Fondo de Cultura Económica).

144 🐿 **José Miguel Oviedo: la frontera indecisa entre crítica y ficción** ●

SILVIA EUGENIA CASTILLERO (Ciudad de México, 1963). Una de sus más recientes publicaciones es *En esa delgada separación* (Universidad Veracruzana, 2019).

148 🐿 **Esquirlas** ●

JOSÉ MIGUEL OVIEDO (Lima, 1934-Filadelfia, 2019). En 2014 aparecieron sus memorias, bajo el título *Una locura razonable: memorias de un crítico literario* (Aguilar).

IN MEMORIAM † MINERVA MARGARITA VILLARREAL

150 🐿 **POEMAS** ●

Minerva Margarita VILLARREAL (Montemorelos, 1957-Ciudad de México, 2019). En 2016 obtuvo el Premio de Poesía Aguascalientes por el libro *Las maneras del agua* (FCE, 2016).

157 🐿 **Tras la huella de la luz. Minerva Margarita Villarreal (1957-2019)** ●

JOSÉ JAVIER VILLARREAL (Tecate, 1959). *Un cielo muy azul con pocas nubes* (Atrasalante, 2019) es su libro de poemas más reciente.

163 🐿 **Instantáneas de Minerva Margarita Villarreal** ●

ERNESTO LUMBRERAS (Ahuahualco de Mercado, 1966). Acaba de recibir el Premio Mazatlán de Literatura por su libro *Un acueducto infinitesimal. Ramón López Velarde en la Ciudad de México 1912-1921* (Calygramma, 2019).

167 🐿 **MMV** ●

JORGE ESQUINCA (Ciudad de México, 1947). *Mínimo bestiario* (Casalia, 2019) es uno de sus últimos títulos publicados.

170 🐿 **Vike, una voz que nos habita** ●

SOFÍA MAGALLANES (Ciudad de México, 1979). Es autora del libro *A la orilla del poema* (INBAL / ICED, 2014).

177 🐼 **Lo que somos** ●

PEDRO SERRANO (Montreal, 1957). En 2015 apareció su libro *Ronda del Mig* (Parentalia / FES Acatlán).

179 🐼 **Minerva Margarita Villarreal: una presencia nítida** ●

SILVIA EUGENIA CASTILLERO

IN MEMORIAM † **FRANCISCO TOLEDO**

182 🐼 **LENGUAS DE LA MADRE TIERRA** ●

SUSY DELGADO (San Lorenzo, Paraguay, 1949). Uno de sus últimos libros es *La rebelión de papel* (Arandurá, 1998).

MANUEL ESPINOSA SAINOS (Ixtepac, Puebla, 1972). Es autor, entre otros títulos, de *Tlikgoy Litutunakunín* (*Cantan los totonacos*, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2008).

BRICEIDA CUEVAS (Tepakán, Campeche, 1969). Uno de sus libros más recientes es *U ts'íbtá'al Cháak* (*Escribiendo la lluvia*, 2011).

VICENTA MARÍA SIOSI (Riohacha, Colombia, 1995). Entre sus títulos publicados se encuentra *Jaipai joutaleulojotu* (*Cerezas en verano*, Universidad del Valle, 2017).

FRANCISCO ANTONIO LEÓN CUERVO (Santa Ana Nichi, Estado de México, 1987). En 2018 obtuvo el Premio en Lenguas Indígenas de la FIL por la novela *El eterno retorno*.

MIKEAS SÁNCHEZ (Chapultenango, Chiapas, 1980). En 2014 fue nominada al Pushcart Prize, reconocimiento literario para las mejores publicaciones independientes en Estados Unidos.

AITSÁRIKA-ANGÉLICA ORTIZ (Santa Catarina Mezquitic, Jalisco). Obra suya ha sido incluida en el libro *Relatos huicholes. Reflexiones sobre la identidad étnica*.

205 🐼 **M'illumino d'immenso. Premio Internacional de Traducción de Poesía del Italiano al Español** ●

GIANNI D'ELIA (Pesaro, Italia, 1953). En 2010 Einaudi publicó *Trentennio. Versi scelti e inediti*, antología que recopila poemas escritos entre 1977 y 2007.

FABIO PUSTERLA (Mendrisio, Suiza, 1957). En 2009 Einaudi publicó *Le terre emerse*, antología que recopila poemas escritos entre 1958 y 2008.

ROCÍO MORIONES ALONSO (Roma, Italia). Traductora literaria del inglés, el italiano, el urdu y el persa. Destacan sus traducciones del urdu, con las que ha introducido en España a los autores indios Naiyer Masud, Saadat Hasan Manto y Mirza Muhammad Hadi Ruswa, así como a la poeta paquistaní Fahmida Riaz, de cuya obra ha publicado recientemente una extensa antología bilingüe con el título *Es una mujer impura* (Ménades Editorial, 2019).

🐼 **CONCURSO LITERARIO LUVINA JOVEN**

209 🐼 **Jacinto en la oscuridad y... una mosca** ●

JOSÉ MIGUEL HERNÁNDEZ IBARRA (Guadalajara, 2001). Con este cuento ganó el VIII Concurso en la categoría Luvina Joven mientras estudiaba en la Preparatoria 12 de la Universidad de Guadalajara.

212 🐼 **De triunfos y semblanzas** ●

CINDY HATCH (Zapopan, 1997). Redactora y creadora de contenidos. Estudia la Licenciatura en Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. Este poema suyo obtuvo el premio del IX Concurso Luvina Joven en la categoría Luvinaria.

ARTE

JOHN BALDESSARI ●

JOHN BALDESSARI (Estados Unidos, 1931-2020). Es considerado uno de los grandes representantes del arte conceptual. Sus rupturas teóricas y prácticas con la tradición y las normas artísticas no sólo se reflejaron en su trabajo, sino también en su profunda vocación didáctica, que dejó un importante legado. *Aprendiendo a leer con John Baldessari* se tituló la retrospectiva que produjo el Museo Jumex en Ciudad de México, durante 2017 y 2018.

DOLORES GARNICA (Guadalajara, 1976). Periodista y ensayista independiente. Publicó *Un gris casi verde* en la editorial Paraíso Perdido en 2018.

● P Á R A M O ●

Cine

- **Pasado, presente y futuro del cine peruano** ● HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA 213

Libros

- **Una autobiografía intelectual de Bárbara Jacobs** ● JOSÉ RAMÓN RUISÁNCHEZS 216
- **Salamandras y palomas. Memorias, de Helena Paz Garro** ● ROGELIO PINEDA ROJAS 220
- **Dos colecciones de cuentos** ● CECILIA EUIDAVE 222
- **La depuración de un lenguaje nuevo: versiones del francés de José Luis Rivas** ● SILVIA EUGENIA CASTILLERO 224

Lecturas

- **Qué palabra tan honda. Cuatro poetas nacidos en los ochenta** ● GUSTAVO ÍÑIGUEZ 228

Arte

- **Después de la casa, un laberinto** ● SAYURI SÁNCHEZ 230

Rizomante

- **Sin porqué de la vallisneria** ● LUIS JORGE AGUILERA 231

Sigilosos v(u)elos

- **Las imágenes son el cuerpo de los sueños** ● VERÓNICA GROSSI 233

Primera lectura

- **Mario Heredia en dos líneas paralelas: una verdad relativa y una amistad absoluta** ● LUIS ARMENTA MALPICA 235

Anacrónicas

- **El aleph de Pierre Michon** ● MARÍA NEGRONI 237

Encrucijada

- **ECM, la música y el silencio** ● ALFREDO SÁNCHEZ G. 239

www.luvina.com.mx

Luvina Joven Radio

Radio Universidad de Guadalajara (104.3 FM) / radio.udg.mx / Domingos, 15:00 hrs.

Tres acercamientos

ADRIANA DÍAZ ENCISO

1. LA NOVELA *El golem*, de Gustav Meyrink, inicia con una imagen que es también ensueño: «La luz de la luna cae al pie de mi cama, y se queda allí como una piedra grande, lisa y brillante». Lo que sigue es una serie de asociaciones entre el recuerdo de todas las piedras que han pasado por la vida del hasta entonces aún incógnito narrador, otra imagen suscitada por la lectura sobre la vida del Buda, en la que una corneja vuela hacia una piedra que parece un trozo de grasa, y la intensa ansiedad que hace presa del personaje.

¿Qué es, y en qué espacio se desarrolla esta sucesión de imágenes desencadenada por una sola, misteriosa y contundente? El narrador nos ofrece una clave: «No estoy dormido, ni estoy despierto, y en mi ensueño se mezclan cosas que he visto con cosas que he leído u oído, como ríos de distinto color o claridad que confluyeran».

2. EL NOSFERATU de Werner Herzog, de 1979, es un continuo manar de imágenes. Otro río. Entre ellas traigo a la memoria dos: el acercamiento en cámara lenta del vuelo de un murciélago, contra un cielo azul índigo de alucinada intensidad, y la cabalgata final de Jonathan Harker: pálido, débil, con la equívoca sonrisa del que, ya contaminado por el vampiro, es sin embargo libre porque es otro, lanzándose al galope a la infinitud del mundo por conquistar, el caballo levantando la arena con sus cascos. Son dos imágenes de una belleza plena, que viven en la memoria con independencia de la trama del filme.

3. UNA MAÑANA LÍMPIDA de enero es manantial de imágenes. El cielo azulísimo es lienzo de verdad —en él se pintan las apariencias todas. Un lienzo hecho de luz, y aire. No sé qué son los pájaros que pasan volando: sólo veo

su sombra nítida contra el blanco de las casas encaladas; negro su vuelo como tinta, gloriosa danza que creo poder tocar, aunque va por los aires y es sombra. Despliega el sol su brillo a ras de tierra, luz cegadora que no se puede mirar de frente, que nos deslumbra al dar vuelta a una esquina, al mirar hacia un lado para cruzar la calle, y nos desconcierta, volviendo nuestro caminar un movimiento entre cristales, sin peso, sin sitio en el mundo.

Del autobús en su carrera por la mañana casi vacía, lo más sólido es la sombra: armazón, ventanas, asientos, cabezas, todo proyectado sobre la acera y las casas y el zacate, como un juego de niños. Ese autobús, el de la sombra, no puede andar sino en la alegría. Lo veo por la ventana, yo que avanzo a su paso. Es más real que nosotros. Se baja en una parada la madre con su hijo, un niño de no más de cinco años, y lo más tangible de ellos es su sombra, quebrándose la línea de sus piernas en el borde de la acera.

Luego, durante la espera en un andén, las sombras son largas. Crecen los pasajeros sin darse cuenta en esas charcas distorsionadas de concentrada tinta enteramente inmaterial; caen sobre los pedruscos que dan cuerpo a la vía —una piedra rosada que en esta luz parece transparencia—; son descaradas siluetas de Giacometti.

El aire es frío, como grabado él mismo con buril. Intenso como la luz, como el sol que ciega, como estas sombras de cortante nitidez, y como el silencio que lo envuelve todo aunque haya ruido y voces, el aletear de las palomas. Silencio como otra cosa; como tiempo y figuras suspendidos, una intensidad de permanencia: imagen.

Lo que veo esta mañana de invierno está contenido en la misma esfera que la luz de la luna al pie de una cama en *El golem*, que el vuelo del murciélago y la cabalgata de Harker en *Nosferatu*.



LA MIRADA ES UN CATALIZADOR de la experiencia. Los ojos no son una máquina. Los ojos no son una pantalla. La pantalla no es mi ojo y la pantalla no es mirada. La imagen, para serlo de verdad, requiere del soplo humano (alma, ánimo, espíritu, intelecto, como se le quiera llamar).

He mencionado las imágenes de *El golem* y de *Nosferatu* porque son las primeras que me vinieron a la mente al iniciar estas reflexiones, y si me han venido a la mente es porque me han acompañado durante un buen trecho de mi vida: decenas de años. Esa primera página de *El golem* se prendió de mí, se filtró en mi sensibilidad hasta el último intersticio y me condujo por la

aventura entera de la novela en una Praga que no conozco sin, por así decirlo, esfuerzo de mi parte. Estaba literalmente encantada, presa de un hechizo. Mi estado de conciencia al leer la novela se transformó en ese estado de ensueño en que Pernath, el protagonista, empieza a hablar y a entrelazar las imágenes que atraviesan sus ojos con las interiores: sensaciones, sentimientos, ideas, recuerdos, deseos. Es decir, imaginación. Esa luz de luna que es como una piedra que es como una mancha de grasa me cautivó como belleza, como misterio, como belleza además perturbadora, y en ella está contenida toda la melancolía, la fe, la angustia, el amor, el miedo en el alma de Pernath, y la novela entera.

No recuerdo cuántas veces he leído *El golem*. Lo he ofrecido como material de estudio en cursos de literatura. Me viene a la cabeza cada que busco un ejemplo supremo de literatura como un arte trascendente. Cada vez que lo leo, la imagen de la luz lunar-piedra-mancha de grasa me toca con la misma intensidad, despierta el mismo asombro, su hechizo se multiplica.

El artista austriaco Hugo Steiner-Prag sucumbió también al hechizo, y lo multiplicó en sus litografías que ilustran la novela. La imagen es ya infinita, algo así como una rosa; los laberintos de la vieja Praga son también laberintos en la conciencia y sensibilidad del lector, y en cada imagen creada por Meyrink con la delicada pericia de un joyero, o aquellas transmutadas luego por la experiencia interior de ellas de Steiner-Prag, está cifrada la trascendencia, el significado visionario que rebasa al mundano y que es el verdadero objetivo del libro.

En cuanto a *Nosferatu*, vi el filme por primera vez el día que dejé la casa de mis padres, a los dieciocho años. Había sido un día de violencia. De miedo y de opresión. Las imágenes de *Nosferatu* borraron todo eso, lo hicieron disolverse en polvo —la arena que levantan los cascos de la montura de Jonathan Harker. La película entera, como ya he apuntado, es una concatenación de imágenes (visuales, sonoras) que contienen el peso de la historia contada. Su exquisita belleza hecha de luz, de fotografía, la paleta de colores suaves, casi pastel (con excepción del cielo índigo en que vuela el murciélago; una sandía y la cresta de un gallo en la mesa del castillo; las mangas de un vestido, los labios rojos del vampiro); hecha de rostros hermosos como el de Isabelle Adjani, enérgicos como el de Bruno Ganz o casi hermosos en su patética monstruosidad, como el de Klaus Kinski; hecha de silencios, lentitud (¡una extática escena hecha de puras nubes!), movimientos lentos como los del sueño, y de la música lenta también, casi como el silencio, de *Popol Vuh*, hace

que la recordemos no nada más como una historia, no nada más como el homenaje al *Nosferatu* de Murnau y, por lo tanto, el recuento de la historia de *Drácula* con ciertas variaciones, debido a las querellas de Murnau respecto a los derechos con la viuda de Bram Stoker, sino como *imagen*. Aquí utilizo el término en el sentido de imagen poética, y de símbolo. Cada uno de esos encuadres de sublime belleza contiene todo el significado, toda la carga emotiva, todo el peso de lo que formalmente la historia nos cuenta.

Tampoco sé cuántas veces he visto el *Nosferatu* de Herzog. La primera vez escribí un ensayo sobre el filme para mi clase de cine; no recuerdo con exactitud lo que decía, pero sí que hablaba de su belleza suprema, y de la cabalgata de Harker en su nueva, numinosa libertad rumbo al mundo que se le entregaba en toda su amplitud, y estoy segura de que, palabras más, palabras menos, la esencia de mi descripción de esa escena era la misma que ahora. En cuanto al vuelo del murciélago (que ahí se revela hermoso), la imagen como anhelo me alcanzó hace muchos años, mirando la ventana durante una larga estancia en el hospital, y se transformó en una imagen nueva en uno de los poemas que escribí durante esa obligada suspensión de la vida: «Yo sé que en el azul no encontraré ese vuelo lento de alas de vampiro», dice un verso del poema, titulado «La Noche»; luego, unos años después, Santa Sabina tomó la imagen de Herzog para proyectarla en sus conciertos cuando interpretaban la canción, con letra mía, en que creamos a nuestro propio no-muerto.

Cuento esto para ejemplificar cómo estas imágenes, de una novela y una película entre millares, encontraron terreno fértil en mi imaginación, en donde siguen vivas. Forman, de hecho, parte de mi vida, y están cargadas de significados que no puedo ni quiero concretar.

Al escribir estas palabras pienso también en Georg Trakl, un poeta prolífico pese a su breve vida, que creó una obra compuesta enteramente por imágenes: escenas no narrativas que se repiten en infinitas variaciones, vueltas símbolo, que no explican nada y sin embargo penetran la subjetividad del lector de manera indeleble; imágenes a veces terribles, a veces de epifanía, todas de profunda belleza.

En los ejemplos que he mencionado hasta aquí, un elemento clave es el tiempo. El tiempo de su creación, que está implícito en la imagen; el tiempo que ésta requiere de su medio (tinta sobre papel, objetos y luz captados por la cámara) para desplegarse; el tiempo que necesita del receptor para convertirse en contenido de su conciencia.

Lo mismo sucede con las imágenes no literarias ni cinematográficas, sino

simplemente imágenes aleatorias de la vida, de una mañana de invierno, que describo en el tercer punto al inicio de estas reflexiones. Entre la esencia de dichas imágenes y las de *El golem* o de *Nosferatu*, no encuentro diferencia. Y es que esas imágenes son, también, creadas. Son realidad (o lo fueron, en los momentos fugitivos en que vi esa luz y esas sombras), pero mi percepción prendió esa realidad al lienzo de lo imaginario, la unió a emociones, a un sentido de exaltación, de revelación, de asombro, y entonces esa realidad se convirtió en alimento (alimento del alma), igual que las otras. Para que eso suceda, el tiempo es también esencial. No nada más el tiempo objetivo en que el hecho sucede (el vuelo del pájaro, el avance del autobús o del tren, los pasajeros proyectando su sombra sobre las vías), sino también el tiempo de la mirada, y de la voluntad de mirar.

Ese tiempo no existe, o es otro, para quienes, estando exactamente en el mismo lugar, surfean en sus teléfonos celulares. Sin dejar de ver imágenes que se suceden vertiginosamente, ahí sin embargo no hay *imagen*. No en el sentido poético. No, ciertamente, en ninguna forma que hubiera podido habitar, por ejemplo, un poema de Trakl. El vertiginoso, ansioso, neurótico, patológico consumo de imágenes en que vivimos buena parte del día los habitantes del siglo XXI no tiene un lugar en el tiempo porque es en esencia tiempo devorado y vomitado y vuelto a devorar y a vomitar, *ad infinitum*, y ahí nada sucede. Un hoyo negro, una anulación de la mirada. Podemos estar viendo *Nosferatu* en la pantalla, para distraernos del trayecto en el metro, interrumpiéndonos para revisar *emails* o textos o mensajes de WhatsApp, y no estamos viendo nada, ni hay imagen ni belleza ni poesía. Tampoco hay imagen en las obras más excelsas del arte cuando en un instante son neutralizadas por el teléfono que las fotografía en un museo o una galería, convirtiéndolas en una barrera impenetrable entre la obra original y el espectador que ya pasó de largo, también sin ver nada, y está ya fotografiando el cuadro siguiente, para verlo quién sabe cuándo, con quién, *para qué*, junto con las fotos de su desayuno o su café *latte*.

La imagen, que es estímulo externo, no existe sin interioridad. Es por eso que, en esta vorágine de realidades inconexas reproducidas en incontables pantallas, hay tan pocas imágenes. Por eso, con los ojos fijos en nuestros rectángulos brillantes, estamos cada vez más ciegos. Pero basta con detenernos a mirar ese haz de luna que cae al pie de la cama como una piedra lisa, ese revolver de arena que dejan los cascos de un caballo a galope hacia el horizonte, la sombra negra como tinta que deja el vuelo de un pájaro contra el muro, para recobrar la imagen. Ahí el prodigio ●

ELISA Díaz Castelo

PERORATA LENTIVA

No pienses que soy otro

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

No pienses que soy otra,
sigo siendo la misma y me quemo los dedos
al voltear las tortillas en la estufa de siempre.
Sigo sin saber dónde está el norte
pero puedo llegar al árbol que rompió la banqueta
en el sitio exacto donde me tomaste la mano
por primera vez. No pienses que soy otra:
todavía me da hambre y me muero de sueño,
a veces me despierto a la mitad de la noche
y oigo cambiar las luces de los semáforos,
esos gigantes ganchudos que parpadean lento
y ven la vida en rojo, en verde, en amarillo.
No he cambiado tanto, todavía me duele
estarme quieta, a todos lados quiero, siempre,
irme. Algunas mañanas se me olvida tu nombre.
No paso un día entero sin pensar en la muerte.
En verdad, uno no cambia. Eso de reinventarse
es un mito que venden los libros de autoayuda
y los psicoanalistas. Sigo siendo la misma, lo aseguro:
nunca quiero morir pero me gusta
alimentar a los gatos de los cementerios

y llevar flores a las tumbas de mis desconocidos.
No me has cambiado tanto.
Me encanta el granizo aunque mate las plantas.
A veces me azuzan las ralas estrellas
o no me deja dormir el ruido blanco de la luna
y lloro con el desparpajo de los malos actores
y me miro al espejo o me baño vestida.
Sigo siendo la misma: exagero.
No me has cambiado tanto, no te agobies.
Aunque es un hecho que ya no recuerdo
el nombre de tu perro y las cosas que hacíamos
en todas las tantas tardes. Hablábamos, lo juro,
y si me esfuerzo puedo escuchar tu voz
como a través de un vidrio, como abajo del agua,
pero no sé decir qué nos dijimos,
ni cuánto, ni ya cuántas tantas veces
en la ciudad enorme nos perdimos.
Sin embargo, soy la misma, sigo
teniendo uñas, mi estatura no cambia,
me río todavía llena de dientes.
Es cierto que el mundo ha aprendido a quedarse
más quieto, que duran menos las horas y se entierran
como cajas de barro en el jardín oscuro:
ya no podré encontrarlas.
Mi cuerpo es casi el mismo,
aunque no tengo ni una célula en común con entonces,
me he quedado mis manos y mis lunares puestos.
Aunque no pueda verlos, sé bien
que no migraron de mi cuerpo al tuyo.
No te consueles pensando que he cambiado.
Mi boca es una casa con la luz encendida
y tú eres el niño que sin ser visto sale
y cierra la puerta.

EN TORNO AL CORAZÓN DE UNA MANZANA

**Camino con mi amiga por las calles del centro,
de una ciudad cuyo centro está fuera de sí mismo,
desviado al sur y al este, en este caso, accidente
que imagino común a todas las ciudades.**

**Camino con mi amiga por calles aledañas
al Zócalo. Es de noche y los faroles
iluminan apenas: las luces ralas
enredan sus estambres amarillos.
Todo, incluso nosotras,
parece más antiguo, un recuerdo.**

**Ella saca de su bolsa una manzana
y la come hasta su centro, una a una
sus semillas. Yo también
quisiera no dejar huella,
incorporar todo sin remilgos,
no desperdiciar nada, saber
probarlo todo.**

**Deja dos semillas en mi palma.
Sostengo en la boca
esas llamas quietas
y su perfume se expande: sabor
a manzana tenue, alejada. Más que sabor,
aroma, lo que llamamos esencia, algo
que siempre estuvo lejos de sí mismo
y aun así es el centro.**

**No recuerdo por qué estábamos ahí ni de dónde veníamos.
No recuerdo la última vez que pronuncié su nombre.
Sólo nuestros pasos sobre la banqueta de esa noche,
latidos que se cuentan en reversa. Sólo
la forma de sus uñas, la palma de su mano.
No sé de qué hablábamos y tal vez no importe:
sus palabras entibiaban nuestra sombra.**

**Éste es, al fin y al cabo, el centro.
Los instantes que recuerdo, tan pocos,
que quizá fueron los márgenes y ahora son el eje,
lo único que nos queda, la esencia,
el sabor de las semillas en mi boca, el centro desviado
y su mitad de la noche.**

VAMPIROS URBANOS EN PELIGRO DE EXTINCIÓN

**La noche en la ciudad no alcanza
para oscurecer la leche ni alivia
el insomnio de las moscas.
No existe la noche, vivimos
en un sitio colindante, siempre
a media hora de algún amanecer espurio:
la luz sonámbula de los automóviles
cruza ventanas y cortinas, se desplaza
sobre el piso de linóleo
como una hueste de ratones blancos.**

**Adentro de mi cuerpo, se me deslava la sangre
contra tanto músculo y tejido.
El oxígeno, ese perro sin ojos,
me atraviesa, hambreado, esponjando
su furia por las calles brillantes
de mis venas. Intuyo
la soledad de los semáforos que cambian
a media noche, cuando nadie los mira.
El mundo es rojo, es verde o amarillo.
Nunca es noche la noche, nada es negro.
Aquí la madrugada más oscura es sólo
un bocado de arena, un trago
del semen gris de los demonios blandos.
Hace tan poca noche que las flores germinan
bajo los faroles y voltean sus cabezas
destanteadas hacia los anuncios de neón.**

**Hace tan poca noche
que florecen las paredes blancas
y siempre en cada cuadra sobra algún insomne.**

**No se puede ser un vampiro en este sitio:
su vigilia de azufre no se cuece,
duele el calor tenue de los duraznos
en la cesta de frutas y hace falta
el nombre redondo de lo oscuro,
su diámetro de decibeles
que caben en la palma de la mano.**

**No existe la noche en este sitio,
su filo romo de abrecartas.
Es mejor quedarse dormido sin premura
y no pensar en el vampiro urbano que ha perdido
el paradigma oculto de su ecosistema.**

Eduardo Rezzano

EL DICHO POPULAR que sentencia que una imagen vale más que mil palabras se refiere evidentemente a un uso meramente descriptivo del lenguaje, pero limitar la literatura a ese solo uso sería herirla de muerte. De la misma manera, limitar las artes visuales y audiovisuales a una función descriptiva también sería terrible, no me cabe ninguna duda.

Soy un lector tardío. Prácticamente tuve que terminar la educación secundaria para empezar a interesarme por los libros; en la adolescencia, antes que leer, prefería mirar películas. En el colegio, después de terminada la última dictadura militar (año 84), gracias a que un grupo de alumnos se había organizado y conseguía filmes en 16 mm en embajadas y centros culturales, empezó a funcionar un cineclub; en ese ámbito supe de la existencia de Fellini, Bergman, De Sica, Varda, Von Trotta, Wajda y tantos otros directores. Por ello, cuando empecé a escribir poesía, mis influencias, si cabía algún interés en buscarlas (seguramente que no), había que hallarlas más en el cine que en otro sitio. No tenía ninguna intención de extrapolar lenguajes, pero creo que algún tipo de contrabando de sensaciones estaba practicando sin darme cuenta.

Hoy, luego de más de treinta años, sí puedo darme cuenta de lo que hago y no veo la posibilidad de hacerlo de otro modo. Nunca me interesó escribir a la manera de tal o cual poeta, pero sí me interesa lograr un efecto parecido al que, al menos en mí, producen las obras de los autores con los que siento afinidad, ya sean escritores, cineastas o artistas de cualquier otra disciplina. No me interesa el lenguaje en sí mismo, sino lo que puede el lenguaje, y lo que puede el lenguaje es llevarnos al silencio, al vacío de sentido, a *resetearnos*.

TURF

**El hombre me recuerda al caballo
por sus cuatro patas su
hocico respingado**

**El jockey
mezcla rara de mantis religiosa
y torcacita asustada
me desconcierta**

**Entre ambos una distancia
vulnerada e irrealizable
una montura estrafalaria
una escena de Buster Keaton**

ESPEJOS

Me toqué la cara y noté una inflamación en el pómulo izquierdo. Volví para mirarme en el espejo del baño, pero mi imagen se había ido y me esperaba en el espejo del ascensor. Bajé a la calle y la gente perdía el contorno; la mañana, nublada, ofrecía toda clase de transparencias.

NAÏMA¹

**Conozco la cicatriz
que esconde tu espalda
pero no sé de tu padre
ni de tus tíos de tu madre
o sus hermanos**

**y el que maldijo tu suerte
te hizo un favor
al llevar tus recuerdos
a la hoguera**

**Ahora buscás tu camino
pero que tu camino al menos
no sea de regreso**

**que la noche te dé cobijo
que no te falte agua de beber**

LOS PERROS

**Los perros en jauría
rodean la casa**

**no piden ni exigen
toman esto y aquello**

1 Naïma es uno de los personajes principales del filme *Exils*, de Tony Gatlif.

**Rodean la casa
pero la casa está vacía
y la ciudad abandonada**

**El mar devuelve
sobre la costa detritos
y formas inacabadas**

**lo que no pudimos
llevarnos
lo que preferimos
olvidar**

OSOS POLARES

**Al principio
la película era en
blanco y negro**

**Del negro
no quedó rastro
la pantalla se
volvió blanca**

Pequeña tragedia griega

ATENEA CRUZ

PROEMIO

NUNCA SE PUEDE EXPLICAR bien a bien cómo termina una atorada en estas chingaderas. Comienzas por escribir un poemita cursi en la secundaria para la clase de Español, luego continúas por impulso, porque estás enamorada, porque te sientes incomprendida, qué más da. El caso es que vas perdiendo la vergüenza y de pronto publicas un poema en el periódico, ganas el concurso de composición literaria de la prepa y le vas agarrando el gusto. Un día lo asumes y empiezas a relacionarte con la gente del mundillo literario de la ciudad (no importan las dimensiones de la ciudad, todas tienen uno... al menos). En dicho ámbito hay dos vertientes principales: los bohemios exhibicionistas y los lobos solitarios. Hubo un tiempo en el que no sabía en cuál bando me encontraba porque, aunque me gustara convivir con otros de mi estirpe, en cuanto alguno proponía asistir a un *slam* poético yo salía disparada de las reuniones. Supongo que todo se resume en esto: escribo poesía, ése es mi don y también mi condena.

CANTO PRIMERO

NÓ VOY A DECIR QUE CAÍ en las redes de las anfitrionas del encuentro por obra de un engaño magistral, al contrario, yo sola me puse de pechito: no consideré mayor problema ser incluida en el programa del Octavo Encuentro de Poetisas Ecológicas por el Empoderamiento de la Tierra. Turismo cultural, le llaman. Qué equivocada estaba. Todavía ahorita, nomás de acordarme, me arrepiento. Pero así es la vida del poeta: se viene al mundo a sufrir.

Voy a omitir los detalles de falta de organización porque errar es de humanos y para no pecar de plañidera. Baste decir que, luego de diez horas de viaje en autobús, me tocó esperar otras tres y media en la central camionera antes de que alguien pasara por mí. Ranulfa, la coordinadora, una mujer bajita con ojos de psicópata y risa bobesponjiana, ni siquiera se disculpó; fue su marido quien intervino:

—Queríamos llegar antes, pero había un perro hambriento afuera de nuestra casa, no podíamos irnos sin darle de comer, tú sabes. Lo malo fue que no teníamos croquetas y tuvimos que ir a la tienda; encima, no había de la marca que compramos, la que dona una parte de sus ganancias a perros de la calle, ¿sí sabes cuál?

No dije nada, ¿para qué? Me puse en plan fatalista a esperar lo peor. Y vaya que tenía razón. Partimos al aeropuerto para recoger a dos de las tres poetisas internacionales del cartel: una morocha cuyo labio superior me hizo pensar que en Colombia no habían oído hablar de la depilación con cera, una señora dulce de mediana edad y una anciana de pelo blanco trenzado que vestía chaleco de piel con flecos y botines de danza, quien al parecer era una reputada actriz mexicana de la que yo jamás había oído hablar.

De ahí nos fuimos a un hotel situado en la mitad de la nada. El resto de las invitadas del encuentro era un enjambre de clichés: morrales y tenis con la efigie de Frida Kahlo, camisetas del Che Guevara o huipiles, declamadoras de Sábines y Benedetti; todas con sus *plaquettes* autopublicadas o editadas por algún instituto de cultura de San Juan de los Camotes.

La ceremonia de inauguración fue en el salón de eventos de la Asociación Ganadera, acondicionado con unas ciento ochenta sillas (que era probablemente el mismo número de habitantes de aquella pequeña ciudad norteña). En medio del escenario estaban dispuestos una mesa y un biombo decorados como para una boda ranchera por el civil: tul blanco, guías naturales de julietas y extensiones de foquitos navideños. «No me avisaron que nos íbamos a casar con la poesía», dije riéndome. Todas me vieron feo. Supe que estaba sola. Me dieron ganas de dejar de escribir poesía y ser persona decente.

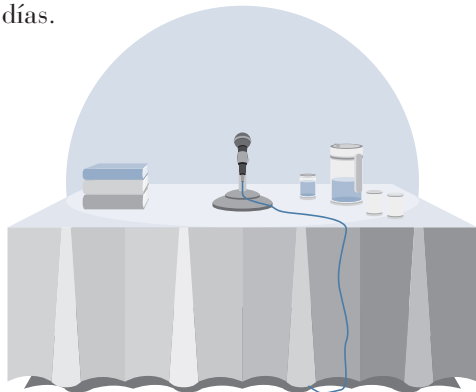
El flamante encuentro comenzó con una interminable lista de presentaciones de autoridades cuyos discursos protocolarios luchaban por la corona al más soporífico. Luego siguió una mesa magistral donde las tres únicas poetisas ecologistas no nacidas en México se echaron sendos

panegíricos exaltando la importancia de la poesía en la lucha contra el calentamiento global y la urgente necesidad de abandonar el uso de popotes. La francesa leyó un poema cuya pronunciación dejó extasiadas a las presentes, pero cuál no sería su decepción cuando leyó la versión en español, que era casi una lista de supermercado (*la dulzura de la fresa / la sensualidad de la piña / la excentricidad de la pitaya / la voluptuosidad del chayote / así es tu amor para mí...*). Sentí que me iba a dar un derrame cerebral.

Por fortuna, me sacó de este trance el entreacto artístico: un *ballet* folclórico local que había hecho una adaptación «figurativa» del *Huapango*, de Moncayo: tres chicas de vestido tapatío blanco atravesado por listón tricolor zapateaban descalzas en el mosaico con el furor de los pueblerinos dispuestos a comerse el mundo. A la mitad de la pieza surgió un chico ataviado como caballero águila azteca, tremendo penacho y una jícara en la que ardían pedazos de hojas escritas a máquina: su intervención estelar consistía en tomar los papeles en llamas y apagarlos con sus propias manos. El número fue a todas vistas doloroso para el desgraciado chico, que dejó la sala oliendo a chamusquina. Las muchachas volvieron a salir de camerinos para abrirle paso a una mujer con vestido tarahumara que imitó una suerte de ritual prehispánico. Nunca como entonces estuve tan consciente de la extensión de la obra de Moncayo, ni sentí tanto repudio hacia mis raíces.

El magno evento inaugural cerró con un fino brindis consistente en queso crema con totopos, vino tinto de tetrabrik y refresco en copas de plástico. Al llegar al hotel, descubrimos que el restaurante estaba cerrado. Cuando le preguntamos a la organizadora por la cena, respondió con un lacónico: «Pues el brindis era la cena», alzando los hombros. Tuve ganas de pegarle, me contuve porque la vida me ha enseñado que nunca debo seguir mis instintos cuando tengo hambre.

Me fui a dormir, junto con las otras tres poetas con las que compartía la habitación, pensando en la relatividad del tiempo y cuánto pueden extenderse tres días.



CANTO SEGUNDO

DEBO CONFESAR QUE LA PERSPECTIVA de que la segunda jornada comenzara con lecturas en preparatorias me animó bastante: los jóvenes me devuelven la esperanza, hay quienes se entusiasman por la poesía con tal de perder un par de horas de clase. Tal como lo soñé, el grupo de bachilleres estuvo atento y receptivo, vaya, un amor. Luego de un tremendo panegírico a cargo de la maestra de ceremonias (una mujer que gustaba de acentuar su gigantismo con zapatillas de tacón alto y chongo de cebolla), cada una de las siete poetisas tuvimos una breve intervención. Fue grandioso: unos chicos nos aclamaron, otros nos preguntaron por el secreto de la poesía, la maestra del grupo en el aire nos compuso unos versos; entre vítores pidieron más poemas, pero cuando tomé el micrófono la gigante intervino:

—Ya no hay tiempo, todavía falta partir el pastel.

—Pero los chicos quieren que leamos —repuse.

—¡Sí, otro poema! —gritaron.

—Hay que aprovechar —dijo otra poeta (muy cursi, por cierto).

—Que no, ya no.

Y no hubo más lectura.

El momento incómodo se resolvió con sendas rebanadas de pastel de chocolate y vasos de Coca-Cola.

Lo siguiente en nuestras apretadas agendas era volver al Salón Ganadero, donde la anfitriona aguardaba por nosotras, presa de un ataque de histeria (a decir verdad, nunca la vi en otro estado): las sillas estaban ocupadas en su totalidad por estudiantes que tomaban un taller de poesía que el maestro impartía con una guitarra y hacía falta darles botellas de agua a todos para evitar el golpe de calor.

—Agarren esas cajas y repártanlas —ordenó.

No es que yo repela el trabajo físico, pero me pareció de muy mal gusto poner a las invitadas a fungir como edecanes. Me puse digna.

—Yo no vine a servir aguas —respingué.

La anfitriona me vio con la cara que imagino se pone antes de tener una embolia y me dijo que estaba bien en un tono que sonaba a mentada de madre. Se metió a la oficina, muy ofendida, para después mandar una serie de *whatsapps* con fotografías de los roles de las «entrevistas en medios», hechos a mano en una hoja de libreta cuadriculada. Cuando revisaba uno buscándome, apareció una foto más con mi nombre tachado y reasignado para una lectura en un canal de música gruperera... justo

a la hora de comer. Hasta ese momento me empezó a parecer buena idea quedarme callada.

Hacia un calor espantoso cuando llegamos al minúsculo estudio. Como sólo había un micrófono de solapa (del cual se apoderó la insigne actriz desconocida), las otras cinco tuvimos que turnarnos uno de cable. No sé si fue por la hora, el hambre o la temperatura, pero cada poema me pareció peor que el anterior (incluidos los míos, por supuesto). Aunque quién sabe qué tan subjetivo sería mi juicio, porque el esposo de una de las locales decidió ponerse a ver videos en su celular y se abstraigo de tal modo que el camarógrafo tuvo que pedirle que bajara el volumen.

Cuando volvimos al Salón Ganadero me enteré de que a las demás les habían dado tortas de barbacoa y nadie nos guardó una. Mi furia fue tan grande que ninguna musa podría ayudarme a cantarla. «Para que aprendas a no andar de bocona», me dije y fui a buscar una tiendita.

Las lecturas de esa tarde fueron intrascendentes. De mayor interés fue el espectáculo con el que nos agasajaron «para cerrar la velada con broche de oro»: una rondalla juvenil, liderada por un maestro que se la pasó haciendo chistes sobre rifar a los adolescentes espinillentos entre las menopáusicas poetas. Sería un crimen pasar por alto el hecho de que sólo los chicos, ataviados con anacrónicos trajes de terlenka azul cobalto, tocaban la guitarra; mientras las chicas se limitaban a cantar, enfundadas en minúsculos vestidos de coctel rojos y zapatillas plateadas. El repertorio estuvo compuesto de versiones acústicas de éxitos gruperos.

No hubo brindis, pero al llegar al hotel nos esperaba una dotación de frías hamburguesas de pollo en charolas de unicel y refrescos de lata. Como algunas poetas la estaban pasando estupendamente, sugirieron leernos poemas unas a otras al lado de la alberca. Tomé mi hamburguesa y me largué a mi habitación.

CANTO TERCERO

EL ÚLTIMO DÍA BRILLA AÚN en mi memoria por su intensidad. La jornada dio inicio con un tendedero poético ecológico en el que no se pararon ni las moscas, debido a que coincidió con la verbena del pueblo: lo descubrí por error mientras deambulaba por el centro en busca de una farmacia para comprar una caja de analgésicos. Estaba harta de escuchar a la anfitriona gritar poemas por un megáfono para «atraer» al público. Lo cierto es que también quería alejarme lo suficiente como para que no me relacionaran con ella.

A esas alturas ya me había hecho la fama, con toda justificación, de ser la amargada del encuentro. A eso de las dos de la tarde llegó un viejo camión escolar gringo para llevarnos de paseo. El recorrido turístico arrancó con una visita a la única iglesia del pueblo, que estaba cerrada. Luego, quizá porque al fin Dios decidió mostrar un poco de misericordia, hicimos una escala en un Oxxo y nos fue dada la gracia de comprar alcohol. Yo, que rara vez bebo, corrí al refrigerador y pude comprender a José José.

La siguiente parada fue en el casco de una vieja hacienda en la que no había pasado nada importante, ni se distinguía por su arquitectura, pero que era punto obligado porque fue construida durante la Revolución. Nos obligaron a recorrer hasta el gallinero, donde las más entusiastas se entregaron al furor de emular a la Adelita y la Valentina en una orgía de fotografías con celular. Tras una hora bajo el sol norteño, subimos al camión casi desmayadas. Las cervezas se habían calentado; sin embargo, gracias a ellas y a una bolsita de botanas pude mantenerme en mis cinco sentidos.

La carta fuerte vino después de treinta minutos más en carretera: un balneario natural. El sitio era literalmente, discúlpeseme el cliché, un oasis en el desierto (aunque mejor, porque olía a carne asada y vendían elotes en vaso). Se trataba de un lugar famoso porque el río tiene unos pececillos que te exfolian los pies, como en Japón o en un *spa* muy caro. Al contemplar el agua y la sombra de los árboles se nos iluminó el rostro. Pero bien dice mi madre que no hay felicidad completa: «Tienen quince minutos, ya casi es hora de que regresemos al camión», dijo la anfitriona. El desconcierto fue tal, que dos poetas se aventaron a la alberca con la ropa puesta. Yo me arremangué con mucho trabajo las perneras de mi pantalón (era atubado) y maldije mi sino.

La noche nos alcanzó con una elegante cena de sándwiches y refresco, previa a la última velada poética ecologista, en la cual la anfitriona consideró pertinente volver a escuchar los poemas de las tres escritoras extranjeras y, con ello, fomentar en mí impulsos xenofóbicos. Tras otra serie de discursos (¿qué es un evento oficial sin una sarta de discursos anodinos?), cuando creí que todo había terminado, subió al escenario un bohemio que, guitarra en mano, repasó el repertorio casi íntegro de Roberto Carlos y Alberto Cortez. Nos dieron las once sin poder marcharnos. Yo llevaba más de dos horas recibiendo miradas como puñales de la anfitriona, debido a que opté por sumergirme en las profundidades de Facebook.

Casi a medianoche comenzó la entrega de reconocimientos. Dudo que haya sido mera coincidencia que mi nombre apareciera hasta el final de la lista y, por ello, no alcanzara la bolsa con un kilo de nueces finas que les entregaron a las otras veintitantas poetas participantes. Por supuesto, lo tomé como una afrenta personal. Abandoné el salón junto con otras tres solidarias rebeldes que querían ir a buscar una taquería. Nada. Acabamos en el sitio de taxis, donde esperamos veinte minutos por un taxi. Mientras tanto, las otras llegaron al hotel.

En nuestro cuarto, Ranulfa dormía la mona, perdida de borracha, en una de las camas (por suerte, no era la mía). Como regalo adicional había una nube de humo de cigarrillo en el techo. Hasta ese momento noté que una de mis compañeras de habitación no asistió a la lectura para quedarse a beber con aquélla.

—Shhhhh, no la despierten —dijo al tiempo que ponía en el televisor un canal de música relajante para niños—, miren qué tierna se ve cuando duerme.

Colapsé. Salí furibunda a localizar al marido y le exigí que se la llevara cargando si era necesario, lo cual no pudo, debido a los kilos de más de su adorada consorte. A la distancia, las otras poetas comían nueces y de nueva cuenta compartían sus poemas a la orilla de la alberca, con el corazón y su fe puestos en el poder transformador de la palabra. Tanto afectación hizo que quisiera aventarles una piedra, pero me aguanté porque soy feminista.

CODA

AL DÍA SIGUIENTE, a pesar de que por una vez la comida estuvo lista temprano, comí sin ganas. No hay chilaquiles en el mundo capaces de aligerar el tiempo que tardó en aparecer el autobús que nos llevaría de regreso a la civilización y la libertad. Nunca sentí tanto desprecio por la poesía como cuando vi a las demás despedirse entre lágrimas y alabanzas mutuas, abrazando sus bolsas de nueces finas y repartiendo fotocopias de sus versos.

Ahí, en el *lobby* del cuasi abandonado hotel, minutos antes de acabar con aquel vergonzante episodio de mi vida, tuve una epifanía: debía convertirme en narradora. Así comienza este cuento ●

Ana Belén LÓPEZ

Cedro blanco.

Cedro blanco para la mesa.
Sin clavos.

Cedro blanco para sostener
los platos
los vasos
los libros.

El cuerpo en una esquina.

Cedro blanco para sostener
las flores
el cuerpo
la esquina.

La silla está en el lugar de la mesa

una luz entra por la ventana
hacia el hueco que dejó

los pétalos de las flores

cayeron
podridos
se pintaron de café

el mundo suena más sordo
más lento
más quedo
más constante

las voces anuncian
lloran
lamentan

me llevan a mi propia
madeja.

Un vestido se desliza por el cuerpo.

Al cruzar las rodillas
detiene el olor de su textura.

No son los colores de la noche
son los hilos de su trama
los que cruzan la oscuridad.

Detenida, también
la memoria ata sus manos a los tobillos.
Un olor a vino
cruza la puerta
un olor a perfume
sale por la ventana
un olor a sudor se detiene en el cuerpo
las piernas
rasgan el último pedazo de seda.

El árbol de flores amarillas.

Brazos extendidos
hacia el horizonte.

Hacia la pupila
de la cámara que fija su tallo
en la cabeza del niño que lo escala.

La historia del árbol
se terminó cuando arrancaron sus raíces
desde el centro de la casa

y la rama moribunda
rompió el vidrio de la ventana.

La silla, contra la silueta,

contra la luz,
se borra despacio
mientras alarga la sombra
de la tarde que regresa.

Tengo una silla roja.

Tengo un gato sobre la silla.

Tengo un año y una mañana.

Tengo la sombra alentándome a seguir.

Otro año. Sentada sobre una silla roja
para escribir sobre su silueta.

Encontré un mapache en mi camino al faro.

Instintivamente frené antes de ver
el bulto en la banqueta.
Estaba muerto, tal vez atropellado.
La peste del cuerpo se extendía
mientras las moscas zumbaban
alrededor de su antifaz.
Sentí pena.

Un animal muerto, está frío, aunque tenga pelaje.
Lo supe cuando acaricié a mi gato moribundo
y sentí su cuerpo frío.
Su pupila se dilató y cerré sus ojos.
Es extraño, pensé, hace tanto calor
y está frío.

No hubo nadie para cerrarle los ojos al mapache.

Una flor deshidratada.

La luz golpeando el ventanal.

La cera de una vela que chorrea despacio.
El brillo del polvo en la luz.
El sonido diferente de la mañana.
Un jardín que despierta lejos del mar.

Una silla vacía, una taza roja.
La música de un radio que se apagó hace años.
Cosas simples.

Ni visibles
ni palpables.

Claudia MASIN

LAS NOCHES DE CABIRIA

De noche salimos como lobas a comernos las calles,
pero somos más bien un perfume, ese
que trae el viento norte en los primeros
días del verano: el que anuncia
con su aliento pesado y cálido
lo que habíamos olvidado en los meses de frío
interminables. Que hay una gracia, que hay
una elegancia en esas fiestas del pueblo
que parecen ordinarias y paganas, que hay que mirar
más de cerca para verla. En la alegría feroz,
inmotivada, de los que nacimos
para ser bestia de carga está esa gracia.
Es fácil despreciarla. Nace y crece
igual que los incendios, a partir
de una chispa insignificante. No se necesita
gran cosa y ya está ahí, imponente,
la fogata que somos cuando nos desatamos
las que hemos nacido
con las patas apretadas por la soga, listas
para convertirnos en la comida de otros.
Ya es un milagro que andemos sueltas. Da espanto
a las buenas conciencias que no se pueda confiar
en que la gente permanezca en el lugar al que ha sido
destinada. A qué esa terquedad, esa vehemencia,

si es más fácil agachar la cabeza y hacer
lo que se espera de nosotras: esconderse, salir
cuando somos llamadas, desaparecer si ya
no resultamos necesarias. Y sin embargo,
qué hermoso es mostrarnos, las plumas
multicolores agitándose en el aire, el baile
que festeja todo lo que no debe
festejarse: el verdadero milagro,
que es tener un cuerpo capaz de sentir
lo mismo que el cuerpo de las santas,
pero no ante un dios sino ante el simple
contacto de otras manos: el sexo
es más poderoso que una plegaria, no lo saben
los que creen que es un anzuelo a clavar en las agallas
del pez hasta sacarlo del agua
boqueando desesperado. Ah, la más
maravillosa música es la que nace
de la pobreza y la fealdad, no lo saben
los que nunca la han bailado: es como un halo
bajo el cual todo se convierte en su contrario,
la muerte misma retrocede y se le entrega mansa. Cuidado
con los que no tenemos nada: cuando no queda
nada que perder se pierde el miedo y ay, yo te aseguro
que no quisieras encontrarte
con alguien que no teme, no quisieras
mirarlo a los ojos, sostenerle la mirada.

Bye Bye BLONDIE

Yo no estoy curada. Me dieron
en la boca la medicina que podía
calmar la ira, la tendencia a gritar, a revolverse
cuando la aguja se hunde
y saca sangre del pozo de la vena,
como si fuera barro
y hubiera que limpiar el cuerpo,
sus impurezas, porque una mujer, cualquier mujer
ensucia lo que toca si no es sometida
a intensos rituales de desinfección, de brutal
pero necesaria limpieza. Yo no estoy
curada pero me dejo
hacer, brillo como una santa, la misma fe
en cosas imposibles, la misma
pasión con un nombre
diferente. No me será quitada
la rabia, ni muerta
esta perra dejará de echar espuma
por la boca ni de lanzar la dentellada
si la quieren
poner a dormir para que no sufra
ni cause sufrimiento. Vos y yo teníamos
un secreto. Estábamos vivas
aunque nos hiciéramos las muertas,
en medio del bombardeo un par de cuerpos
que sobrevivían con una única
estrategia: quedarse quietas,
no dejar que el pecho se agite
con cada respiración, desaparecer
del mundo de los vivos hasta que los vivos
nos dejen en paz. La batalla es cruenta
y dura todos los años que tuvimos
y tendremos. Cuando parece terminar,
empieza. Y de nuevo a cubrirnos las espaldas
la una a la otra. No te vayas, no te canses
de pelear, un ejército de dos aunque parezca

modesto, inofensivo, puede hacer temblar
la tierra. No es que vayamos a cambiar las cosas:
la victoria es que las cosas
no nos cambien a nosotras. Y no es poco,
no es poco seguir buscándonos
en la noche como insectos que se apiñan
alrededor de la luz. Si vamos a quemarnos al menos
elijamos el fuego, encendámoslo nosotras
con las manos llagadas que tenemos y que la llaga
duela si tiene que doler, pero que sea
en nuestros términos, locas,
raras, mujeres que olvidaron
contra toda evidencia
cómo deben morir las mujeres:
dejándose matar
y agradeciéndolo.

El manuscrito de Sabas

JUAN FERNANDO MERINO

—**MIRA LO QUE ENCONTRÉ** en la basura —me dice Sabas la quinta o sexta vez que voy a buscarlo.

—¿Qué cosa? —le pregunto mientras me acerco al árbol en que durmió la noche anterior, observando con curiosidad un puñado de páginas arrugadas (y presumo que malolientes) que extiende en mi dirección.

—Es un manuscrito —responde con una sonrisa amplia, algo muy poco frecuente en él—. El manuscrito de una novela. No figura el título ni el nombre del autor, pero por lo que alcancé a leer parece muy interesante.

—¿Y de qué trata? —pregunto al llegar debajo del cruce de ramas sobre el cual se encuentra recostado en posición casi horizontal.

—Hay de todo un poco —responde enderezándose a medias para verme mejor—. Es muy variada: hay un tipo que está medio chalado y que se la pasa espionando a sus vecinos de apartamento y tomando notas sobre ellos en una vetusta máquina de escribir. Hay dos músicos que viven en el mismo edificio y se juntan con otros dos para tocar en las estaciones del Metro... pero uno de ellos tiene un pasado misterioso o peligroso, o algo. Y en el mismo piso del músico argentino vive la viuda de un famoso cantante de rock, una mujer muy excéntrica que escucha las mismas canciones una y otra vez y nunca sale a la calle... En fin, una novela muy variada, ya te digo. A mí me ha gustado mucho. Lo único malo es que está incompleta.

—¡Ah, qué lástima! ¿Y le falta mucho?

—No sé. Porque se interrumpe de improviso cuando empezaban a resolverse los cabos sueltos. Deben de faltar varios capítulos, supongo. O muchos. Pero de todos modos vale la pena leer lo que hay.

Sabas (desconozco su apellido), «El habitante de los árboles», como lo llaman los jardineros y barrenderos del Parque Inwood Hill, sin rencor, in-

cluso con cierto cariño a pesar de que a veces vacía los cubos de basura o dispersa la que ya estaba reunida y lista para su recolección, está siempre mostrándome las cosas curiosas que encuentra en distintos sitios de aquel parque grande —el segundo en extensión en Manhattan después del Parque Central—, que desde hace un lustro se ha convertido en su sitio de residencia durante la mayor parte del año. El día que lo conocí, hace poco más de tres meses, me enseñó un calendario viejo y descolorido con paisajes de alguna nación o naciones del Medio Oriente; la siguiente vez, tres días después, un volumen de relatos de Borges al que le faltaban la cubierta, el prólogo y la mitad del primer cuento; luego una daga árabe, una salamandra de cobre que se había encontrado en un barrizal al lado de uno de los manantiales...

No lo había visto en dos semanas, a pesar de mis caminatas casi cotidianas por los lados de la ciénaga Muscota, una de sus zonas predilectas para pasar la noche. Hasta hoy que lo encuentro en lo alto de un castaño en otra parte del parque, cerca de la salida hacia Indian Road, hojeando el manuscrito incompleto.

—¿Me dejas echarle un vistazo? —le pregunto.

—Por supuesto que sí —contesta, desgajándose del árbol y poniéndome en las manos el montón de hojas arrugadas—. Llévatelo a casa. Como lees tanto, me gustaría que me dices tu opinión. Lo que te parezca. Con toda franqueza.

—De acuerdo, Sabas. Dame tres o cuatro días. ¿Dónde te busco para devolvértelo?

—Aquí mismo.

—Pero si cada vez te encuentro en un sitio distinto del parque.

—Esta semana búscame aquí; voy a dormir en este árbol.

*

EL PRIMER ENCUENTRO con Sabas ocurrió así:

A principios de junio, una mañana muy temprano hacía un recorrido largo por los senderos peatonales cerca de la ciénaga Muscota, cuando de repente escuché una voz a mis espaldas:

—*Ahlan Wa Sahlan. ¡Salaam Alaikum!*

En un primer momento no entendí de dónde venía el saludo en árabe hasta que distinguí, semioculto entre el follaje de un fresno, a un hombre de barba y cabellos largos, entrecanos. El árbol se elevaba sobre unas rocas y tan cercano a la orilla de la ciénaga que algunas de sus ramas inclinadas rozaban

el agua. Me acerqué hasta poder verlo casi entero. El hombre (¿cincuenta años?, ¿sesenta?, ¿más?; difícil de decir con aquellos pelos y la piel tan curtida) leía un libro cómodamente instalado en medio del árbol, con la cabeza, la espalda y el brazo izquierdo sobre una rama gruesa; las piernas y el brazo derecho apoyados en sendas ramas más delgadas. Vestía pantalones oscuros de pana, camisa color verde oliva, un chaleco delgado de flecos y botas estilo militar. La ropa se veía desgastada, no muy limpia ni cuidada pero tampoco andrajosa. Su mirada era inquisitiva, intensa, y la expresión de su rostro la de una persona igualmente intensa y pensativa, como la de aquellos que dedican mucho tiempo, tal vez demasiado, a leer y a pensar.

—Buenos días —saludé en inglés.

—Hola, muy buenas —me respondió en perfecto español, con un deje caribeño.

—¡Ah! ¿Eres cubano?

—Nací en Puerto Rico, pero ahora vivo en los árboles de Nueva York.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté para iniciar la conversación, picado por la curiosidad a la vista de un personaje tan insólito.

—*El albergue de los pobres*, de Tahar Ben Jelloun, un escritor marroquí excelente. La novela es en el fondo un homenaje al *Ulises* de Joyce, pero sitúa la acción en Nápoles a finales del siglo XX, en una especie de corte de los milagros que regenta una matrona entrada en años y en carnes. Es un texto muy denso; a la vez una metáfora sobre la decadencia de Europa, las fraternidades inesperadas, las afinidades electivas y los paraísos perdidos...

Me quedé perplejo, claro. ¿Cómo era posible que aquel hombre silvestre, desgredado y evidentemente muy lejos de la llamada existencia «normal» se expresara como un erudito o un catedrático? Por supuesto que hasta allí llegaba mi expedición por el parque aquella mañana: tendría que detenerme y averiguar quién era y qué hacía aquel individuo que instalado en un árbol leía a un novelista marroquí.

—No sé nada del autor —dije—. Pero algún día me gustaría leer el libro.

—Te lo prestaría cuando termine, pero está en árabe.

—¡En árabe!

—Nada de raro tiene... Eso era lo que hacía antes: investigar y enseñar filología y literatura árabe. Antes de retirarme a vivir así como ves, como debe ser.

—Durmiendo en los árboles...

—No siempre. A veces paso la noche en una gruta o en algún sitio despejado entre los matorrales. Y desde luego tengo un pequeño cuarto cerca para

guardar mis cosas y mis libros y guarecerme cuando llegan las noches más heladas. No me hace falta nada más; comida siempre encuentro en el parque, tengo lectura de sobra y una pensión de veterano de guerra.

—¿Del ejército americano?

—Lo que pasa —continuó diciendo sin responder a mi pregunta— es que yo vivo con un pie en el siglo XXI y otro pie hace trescientos mil años, cuando éramos primates. Y en un momento tuve que tomar una decisión. Si hubiera seguido viviendo y trabajando como lo hacía, en este momento no estaría durmiendo en un árbol y me habría muerto hace años.

—¿Pero no te preocupa?

—¿Qué cosa?

—Esto... dormir a la intemperie. O, en medio de la noche, caerte de un árbol sobre las rocas.

—¿Por qué me voy a caer si estoy en perfecto equilibrio?

—Entiendo —dije, aunque aún no entendía demasiado.

—La clave está en distribuir bien el peso, como en casi todo.

—Claro, ya veo. ¿Y dónde enseñabas literatura árabe?

—Si no te importa, ahora quisiera seguir leyendo; es la mejor hora para leer. Pero ven a buscarme otro día y seguimos hablando. Me llamo Sabas. Y casi siempre estoy por esta zona del parque.

*

CUANDO TERMINO DE LEER el manuscrito y regreso a buscarlo al parque Inwood dos días después, esta vez a mediados de la tarde en lugar de temprano en la mañana, no está en el mismo fresno, pero lo encuentro cerca de allí leyendo una novela de misterio (otra de sus pasiones, al igual que las leyendas medievales y los cantares de gesta) y fumando uno de sus cigarrillos sin filtro. Lleva puesto el chaleco de siempre, pero viste una camisa diferente, azul claro.

—¿Qué te pareció? —me pregunta en cuanto me ve llegar.

—Muy interesante, muy original —contesto, sacando un cigarrillo y sentándome a su lado. Me ofrece fuego.

—Bueno, suelta...

—Ya te digo, me pareció una novela original, muy diferente a todo lo que he leído. Tiene pasajes muy buenos, muy bien escritos, pero creo que hay partes que confunden al lector. A veces parece que la hubiese escrito un narrador omnisciente, otras no, o que los capítulos hubiesen sido escritos por distintos autores... No sé, tiene vaivenes demasiado fuertes, cambios

de tono, de dirección narrativa, pistas claves que no se vuelven a nombrar, desaparecen personajes, aparecen otros de repente...

Por primera vez en todos nuestros encuentros, se fruncen sus facciones y me habla con impaciencia, casi con enfado:

—¡Qué rápido juzga a veces la gente! Y qué superficialmente lee...

—Pero Sabas, me pediste que te diera una opinión franca y honesta y que...

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Tú eres exactamente igual todos los días, las semanas y los meses del año? ¿La misma actitud, entusiasmo y ritmo de vida? ¿La misma disposición de espíritu para emprender algo o crear algo?

—No, por supuesto que no.

Se pone de pie, apaga el cigarrillo en la palma de la otra mano y lo arroja lejos.

—Entonces eres un lector descuidado y un mal crítico. Porque yo pienso que un buen crítico se daría cuenta de que el novelista no escribió los capítulos en un mismo momento de su vida. Y por supuesto que no con la misma claridad de mente y disposición de ánimo. Resulta evidente que cuando escribió ciertos pasajes el autor estaba distraído o agotado o mucho más caviloso que de costumbre. Pero para un buen crítico y un lector sagaz lo más importante es el conjunto de la obra. Y que la trama avance. ¡Por qué tiene que ser siempre igual la narración! ¡Siempre pareja y predecible! ¿Por qué esa manía de los lectores?

—Seguramente tienes razón, Sabas; es un punto de vista válido —digo, tratando de apaciguarlo—. Muy válido. Pero ven, siéntate y seguimos hablando. Todavía no te he dicho lo mucho que me gustaron varios pasajes. Y uno de los personajes principales, el que espía a sus vecinos.

—No se trata de una telenovela, amigo. Una cosa es una telenovela para complacer a todos y otra cosa muy distinta es una obra literaria ambiciosa... ¡Que puede ser novela río, novela cascada, turbamulta o tempestad o novela tsunami!

—Lo siento, Sabas; es posible que me haya apresurado en los juicios —le digo en un tono bajo, conciliatorio, sorprendido y un poco alarmado con su reacción.

Poco a poco el lector de los árboles se va calmando... Me pasa el brazo por los hombros y me ofrece uno de sus cigarrillos. Nos sentamos a fumar en silencio, mirando ambos hacia la distancia, en direcciones distintas.

—Por cierto —le digo después de un rato—, me pareció muy peculiar, muy críptico, lo de aquel personaje que es al mismo tiempo recolector de basura del Municipio e informante del detective.

—Yo no le veo nada de curioso ni de críptico. La basura es nuestro otro lado, amigo; el inverso y el reflejo de toda civilización. Y un don magnífico para quienes sabemos aprovecharla. ¡Si yo te hablara de las cosas que he encontrado en la basura! Te digo más: yo podría sobrevivir perfectamente con lo que recupero de la basura... Eso y las frutas de los árboles, algunas noches un pescado que saco del lago...

—¡Excelente! ¿Entonces ya no te hace falta nada del mundo exterior?

—Solamente los cigarrillos. De vez en cuando un café o un vino.

—Cuando quieras que te traiga de la ciudad vino o unas cervezas o cualquier cosa, me lo dices.

—Mientras menos se necesite de Nueva York, mucho mejor... Pero sabes, no he logrado dejar el cigarrillo. Ni el vicio de los libros.

—Yo tampoco.

De repente, después de otro silencio largo, Sabas se pone en pie y saca del bolsillo interior del chaleco otro puñado de hojas, igual de sucias y arrugadas que las primeras.

—Creo que este capítulo te va a gustar más —me dice—. Se llama «El tándem del mal». Seguramente te va a parecer más ágil, más compacto. No te lo di la vez pasada porque no había terminado de leerlo. ¿Quieres llevártelo a casa?

—Sí, claro; gracias.

—Espera; se me ocurre una idea mejor: te lo leo en voz alta. Siéntate sobre aquel tronco.

—De acuerdo.

—*Han pasado seis días desde que me vi obligado a conocer íntimamente a mis vecinos. En vano. Una de las pocas conclusiones útiles de esta primera parte de la misión es lo poco útil que resulta la observación directa de otros ocupantes de un edificio. Después de tres días seguidos de sus noches —con breves intervalos para dormir diez minutos aquí, veinte allá, para comer un bocado, acercar o vaciar el balde con las necesidades humanas— vigilando la sala comedor alcoba de la actriz veterana, el sofá-cama de la suscriptora del Wall Street Journal, y las porciones de los cuatro dormitorios que se alcanzan a divisar desde mi ángulo, la información servible que he recopilado es muy limitada. Casi desdeñable. Porque a mí, la verdad, me tiene sin cuidado que el lituano del 7-F y la novia del empleado de la Autoridad de Tránsito que alquila el 7-J ensayen posiciones eróticas múltiples mientras el pobre funcionario se gana el pan diario con el sudor de la monotonía...*

*

EL CAPÍTULO ES LARGO y cuando Sabas termina de leerlo ya es noche cerrada. Me ha gustado, mucho, así que no tengo que hacer ningún esfuerzo por mostrar entusiasmo y darle ese placer al habitante de los árboles, a quien evidentemente le gusta el texto y le ha encantado tener audiencia para leerlo en voz alta.

—Excelente —le digo—. Creo que es mi favorito hasta ahora. Es muy superior a los precedentes; el ritmo y los diálogos están muy bien logrados. Me recuerda los relatos de...

—No hace falta que sigas —me frena en seco—. Si te gusta, simplemente dilo y ya está. ¿Qué necesidad hay de compararlo con otros capítulos, con otros libros, con otros autores? Cada creación literaria es única e independiente de todas las demás. Un texto te gusta o no te gusta. Y punto. Se acabó.

—Oye, Sabas... —digo mientras enciendo otro cigarrillo—. ¿No te enojas si te pregunto algo?

—No, no me enoja... Aunque depende. Pero dispara.

—La novela es buena, de verdad. Ingeniosa, original. Y tiene fragmentos memorables. Entonces no tiene ningún sentido que el manuscrito haya terminado en la basura. Por eso mismo me he estado preguntando si acaso...

—¿Y por qué no iba a terminar en la basura? Varias veces te he dicho que allí se encuentran verdaderos tesoros.

—Sí, ya lo sé. Es sólo una sospecha que me ha entrado. ¿No estarás escribiendo tú la novela? O la tienes ya escrita y...

—¿Yo? ¡Ja! ¡Cómo crees! Con todo lo que yo he vivido, el día que me diera la gana podría escribir algo muchísimo mejor y ganar millones. Pero no me interesa. ¿Para qué?

*

CON TODO LO QUE HA VIVIDO SABAS... ¡Cuánto daría yo por entender los enigmas y los puntos suspensivos de aquella vida! Desde el primer encuentro se convirtió para mí en un personaje excepcional, único, y ha pasado a ser poco menos que una obsesión. Al fin y al cabo, no todos los días conoce uno a un individuo que duerme en los árboles (o en las cuevas o entre los arbustos) y enciende hogueras para leer de noche. Un hombre que además de letrado, viajado y de palabra certera, ha sobrevivido una guerra, una semana deambulando por calles y caminos de la antigua Babilonia, varios tratamien-

tos psiquiátricos y seis meses en una clínica de reposo. Pero no resulta nada fácil reunir las piezas para armar el rompecabezas. En parte porque hay temas y épocas de su vida de los cuales le gusta hablar muy poco. O nada. Y en parte porque a veces parece cambiar de historia o de recuerdos y me cuenta algo muy distinto a lo que me había contado antes, incluso contradictorio.

A grandes rasgos, y sin poner la mano en el fuego por la verosimilitud de todos los datos, Sabas nació en un pueblo de pescadores en el noreste de Puerto Rico. Su padre enviudó cuando él era niño y contrajo segundas nupcias con la prima menor de su madre. A los diecisiete años Sabas viajó a Nueva York con una beca y siguiendo una pasión de su juventud por los poetas egipcios y la Escuela de Traductores de Toledo estudió Filología y Literatura Árabe Moderna en la Universidad de Columbia. Al terminar el posgrado aceptó un puesto como profesor visitante en una universidad de San Francisco. Al terminar ese contrato regresó a Nueva York, donde fue aceptado como profesor agregado de Filología de su *alma mater*.

—Hasta que cometí el error de mi vida y todo cambió —me contó una mañana de lunes que lo encontré particularmente sombrío, desvelado—. Me enteré por un colega de la Facultad de que el Pentágono estaba buscando a como diera lugar traductores e intérpretes del árabe para la misión militar en Irak. Jamás en la vida me había pasado por la cabeza ir a una guerra. Ni por un minuto. Yo no sé disparar un arma, ni forzar puertas, ni siquiera leer un croquis. *Dulce bellum inexpertis*. La guerra es dulce para quien no la ha padecido. Y la paga era muchísimo mejor que en la universidad, casi cinco veces más, y en esa época yo tenía deudas y planes. Así que de buenas a primeras renuncié a la universidad y fui a dar a Irak, a la base española en Diwaniya, que los gringos estaban apoyando con todo porque era como la tuerca suelta de la coalición. Al llegar me asignaron la traducción de correspondencia y de documentos interceptados, pero después de tres semanas y media me ascendieron a intérprete de los interrogatorios. ¡Me ascendieron! Hijos de puta... Aunque no debería denostar a otros porque todo fue culpa mía. ¡Y además por la paga! Yo lo único que había querido toda la vida era leer, dar clases de árabe, seguir estudiando, de vez en cuando escribir algo, vivir en paz. Y se me ocurrió meterme en aquel lodazal. ¡Maldita la hora! Jamás te podrías imaginar lo que tuve que presenciar y tuve que traducir para los militares durante aquellas noches. ¡Hijos de puta! ¡Hijos de mala puta, hijos de mala puta perra! Hasta que no pude más. Una madrugada, después de ocho horas de interrogatorios «reforzados», como los llamaban ellos, a dos jóvenes de una aldea vecina acusados de estar planeando un aten-

tado, supe que había llegado a mi límite. Y que no podría soportar un día más conviviendo con aquella barbarie. Con aquellos torturadores o con sus comandantes desquiciados. Comprendí que tendría que salir de allí, como fuera, y que si lograba sobrevivir a aquella guerra maldita, tendría que dejar atrás todo lo que había sido mi vida hasta entonces. Volver a vivir como un ser humano. O un primate sin sevicia. En todo caso volver a lo más simple, a lo esencial. A esto. Esa noche, cuando ya habían cerrado todas las puertas de acceso, escapé del infierno. Casi que con lo puesto. Y me eché a vagar, al principio sin rumbo, por los senderos ensangrentados de Babilonia.

*

—**NO VAS A CREER LO** que encontré esta mañana —me dice Sabas a manera de saludo un par de semanas después, ya a finales de octubre, cuando me ve caminando hacia su árbol.

—Déjame adivinar —digo en cuanto llego a su lado, entre curioso y divertido.

—Mira. Una veintena larga de páginas del mismo manuscrito. Dos capítulos casi enteros.

—¿Y dónde las encontraste?

—En el mismo sitio. El mismo basural.

—¡Después de tantas semanas! Me parece muy extraño, ¿no crees?

—De extraño no tiene nada, amigo. Las cosas aparecen cuando aparecen. Ni antes ni después. ¡Pero vas a ver qué bueno es lo que viene! ¿Quieres que te lea unas páginas?

—Si te parece, Sabas. Yo no tengo prisa.

La temperatura ha empezado a bajar rápidamente. Sabas desciende de su árbol y reúne ramas y hojas secas para encender una hoguera.

Me siento sobre un tronco. Sabas comienza a leer. La noche va cayendo sobre la ciénaga Muscota. Por alguna razón que apenas vislumbro mientras escucho a mi amigo Sabas, el habitante de los árboles, me inunda una sensación de bienestar, casi que de alegría.

Poco a poco iré comprendiendo que pase lo que pase y vaya donde vaya después de mi estancia en Nueva York, de una manera u otra siempre habrá de acompañarme el manuscrito de Sabas ●

Del candor y las sombras

MERCEDES ROFFÉ

STANLEY SPENCER

*

—¿Están bailando?

—No, son fantasmas.

*

—¿Y eso negro en las alas, como ojos
de pavo real?

—Son trocitos de muerte.

*

—Y ese ramo de estrellas, ¿mata?

—No, sólo quema y asfixia.

*

—¿Y el gigante que implora
con la mirada, dulce, hacia el cielo?
—Es Barba Azul.

*

—Mira esas sillas, de respaldares huecos.
—Sillas no son. Son espejos
para que no te mires
para que no te veas

*

—Estamos bajo tierra —dijo
—¿Y los palitos esos?
—Son como gente
cuando vivían.

*

—Mira esa nena, bañada en sangre.
—Déjala, habrá pecado.

*

—¡Qué bellas flores! Parecen nenas
desangradas
la noche de su boda.

*

—¿Y esas caritas dolientes,
con las manitos alzadas al cielo?
—Son los hipócritas.

*

—Esos son los abuelos, ¿no ves?
La nena lo está acusando y él se hace el idiota,
el mansito, pollerudo, detrás de los dos viejos.
Y la madre ahí, desafiante, dando la cara por él.
La madre es rubia, ¿ves?
Hasta que le dé la primera piña
y otra y otra
dará la cara por él.
Hasta que la desfigure y la deje
sin ojos ni dientes ni hueso sano,
hasta que no tenga más cara
dará la cara por él.
Las madres de los chicos
son siempre así ¿viste?
Siempre rubias.

HENRY DARGER

—Mira si no son bellas sus nenas
si hasta amapolas parecen
con esas faldas al viento
en ronda
ríe que te ríe
danza que te danza

—Bellas
con sus pititos negros, renegros
laxos
y las cabezas colgando
como murciélagos.

JOSÉ GUTIÉRREZ SOLANA

¡He visto tantos payasos!
payasos acordeonistas
payasos clarinetistas
payasos carapintadas

He visto muchas niñas y muchas
máscaras de la muerte

un sinnúmero de vírgenes vi
y encapuchados
cargando pesadas cruces
flagelándose

Hoy he visto la resurrección de los muertos

O quizás fuera
la resurrección de los vivos
muertos
a manos de otros vivos
más elegantes
más finos

LA ESCARCHA DE LOS HELECHOS

Frente a mi mesa, los cristales de la ventana están cubiertos de escarcha —si bien no hiela en el interior de la casa. Fuera, el calor húmedo tropical que precede a la lluvia de la tarde convierte la vista de las frondosas palmeras en epítome de envolvente languidez y plenitud.

En mi estudio el ambiente es fresco, tal vez frío debido al aire acondicionado, si se compara con el calor de afuera. Las leyes más elementales de la física y de la geometría hacen que lo que contemplamos a simple vista se transforme; cambie de un estado a otro, aunque se trate de un fenómeno meramente transitorio.

Hay ecuaciones matemáticas precisas que permiten corroborar estas visiones, algoritmos debidamente probados —pero, para mí, las ensoñaciones dan más rienda suelta a la imaginación que el sentido estricto y definido del espacio.

Las hojas de las palmeras de afuera son grandes, enormes, como inmensas hojas de helechos, sus contornos definidos por las nítidas puntadas que se ocultan tras sus invisibles costuras. Su fuerza y dignidad deben emanar de la elegancia de su disciplinada espina dorsal.

Todo esto se parece mucho a la mirada de un sofisticado observador —un visualizador— que contempla la misma escena desde distintos estados de ánimo, equilibrio, pensamiento e imaginación.

EL VERDE DEL MONZÓN

Verde es el color más ostensible para mí estos días —verde aceite opalino, verde plátano, verde aceituna, verde seco—, la miopía verde de los políticos; el verde arsenal de guerra, el verde sotobosque —todos ellos entrelazados y cual maleza, verde e inestable, y nadie que los pode o mantenga bajo control.

Este estallido de verdor ha tenido un efecto cegador en mi sistema. Los médicos naturistas, tan de moda ahora, están equivocados —en vez de producir un efecto sedativo y calmante, el verde tiene un efecto nauseabundo y particularmente inquietante sobre mí.

Verde bilis, verde vómito, un delirio con Frankenstein, el esputo verde y espeso de los tuberculosos, verde mugre, el verdín de los aseos sucios y del agua estancada de las cunetas que bordean los caminos —verde hermoso, verde horrendo, verde saludable, verde húmedo, verde monzón.

El monzón ha llegado —persistente en su empeño, verde de celos. La lluvia va a estar presente por un tiempo, siempre apresurando y nunca sofocando el despliegue insidioso, monocromático y camaleónico del verde.

METAL PESADO

Los encargados de desgazar los barcos, en serpenteante fila india, se deslizan hacia los monumentales cascos anclados en el

delta enfangado y azotado por la lluvia. Éste es el cementerio de barcos de Gujarat, donde se abandona a las grandes reinas de los mares para que rememoren su gloria y esplendor pasados.

A la mayoría de estos obreros se les contrata por días —cada uno de ellos, como un soldado de infantería en una procesión de hormigas, es una pequeña y demacrada pieza en ese engranaje gigantesco de carne y metal—, la mayoría de ellos sin formación alguna en el oficio de dismantelar gruesas placas de metal. Sus cuerpos, del color del barro, brillan, mientras su resplandeciente sudor y el reflejo viscoso del agua cáustica en la marisma amenazan con evaporarse al sol.

Pero hay esperanza —esperanza para una colonia de gente que se afana por ganarse la vida y sobrellevar una existencia precaria y miserable—, esperanza de que el suelo virgen se mezcle con el óxido venenoso de los barcos para que ambos aprendan los efectos de la contaminación —y esperanza también para el observador curioso que busca imágenes que despierten y estimulen su imaginación.

Los barcos se alzan, empapados en lluvia, esculturales a pesar de sus esqueletos dismantelados y a la vista de todos. Trozo a trozo, serán progresivamente desguazados y vendidos como chatarra, y muchas de sus partes serán vendidas como piezas de museo en tiendas de antigüedades de las grandes ciudades.

Nunca evocó la chatarra semejante fascinación y belleza ante mis ojos. Y eso a pesar de la poco convencional composición de este panorama húmedo —la escena en cierto modo tenía un halo de expansibilidad que desafiaba las evidentes imágenes de trabajo, fatiga y muerte.

PENUMBRA

**El sol intempestivamente regresó
detrás del profundo rebaño de nubes**

**Luego de muchos días de indócil luz
Incierta. Emergió cubierto de lino anudado,**

**Tal y como sostengo el cielo en mi mano
Como un pedazo de papel arrugado. Franjas**

**De azul profundo no parecen interferir con
Los blancos, los parches de algodón, que**

**Tanto migraban, moviéndose al menor
Asono de brisa. Solté el papel de mi puño**

**intenté planchar las arrugas y componerlo,
fue en vano. Los pliegues habían trazado un nuevo terreno**

**así como las nubes en el cielo
nunca repiten el mismo diseño, jamás**

**VERSIONES DEL INGLÉS DE DOLORES HERRERO
(«LA ESCARCHA DE LOS HELECHOS», «EL VERDE DEL MONZÓN»
Y «METAL PESADO») Y DE RAÚL JAIME («PENUMBRA»).**

Yo, la desconocida

JULIETA GARCÍA

ESTABA SENTADO TRANQUILO, leyendo algo. Solo, un vaso de vino tinto sobre la mesa del que tomaba un trago de vez en cuando. Llegué a él por detrás, puse mis manos sobre sus hombros y dije:

—¡Hola, bombón! ¿Cómo estás? ¡Te extrañé!

Hacía tiempo que deseaba hacer eso: acercarme a un extraño, a alguien que no conociera pero hubiera elegido desde antes, y tratarlo como si fuéramos íntimos. Lo miré ahí, a solas, en este lugar tan elegante, quieto y enfocado, y supe de inmediato que era el elegido.

En su cara hubo total asombro, su cuerpo se estremeció. Me di la vuelta y me paré a su lado. Pude verlo mejor así: era más joven que yo y, en un sentido, más bonito. El tipo de hombres que se sienten seguros en su propia piel, guapo sin resultar irritante. Parecía relajado, parecía rico. Podía decirse eso por sus ropas (una camisa blanca que le ceñía a la perfección, pantalones gris oscuro, zapatos anaranjados hechos con gamuza de excelente calidad). Su piel era tersa, con el brillo de la salud y el cuidado. Y podía decirse más sobre su fortuna por su pelo: abundante, rubio oscuro. Sus ojos eran verdes y tenía una barba cuidadosamente recortada, además de un reloj de oro discreto y un celular caro.

Había entrevisto algo de esto a lo lejos, tras de las puertas de vidrio, mientras estaba parada en la calle. Sola yo también, había deambulado sin rumbo hasta que mis pasos me llevaron a ese sitio, a ese restaurante. En alguna época fue un lugar especial para mí, un sitio para celebrar: mi exesposo y yo solíamos cenar ahí en aniversarios o en ocasiones que nos parecían relevantes. Llevaba un

tiempo sin ir y, sin embargo, ahora estaba junto a ese hombre.

Lo miré a los ojos, sin cambiar mi postura o mi lenguaje corporal. Se sonrojó, sonrió, volvió a sonrojarse y trastabilló para encontrar las palabras. Quiso hablar, no dijo nada, se detuvo...

—¿Sí, corazón? —dije yo.

Entonces: entonces se puso en pie y jaló la silla que estaba más cerca de mi cuerpo, invitándome a sentar. Un mesero apareció como por magia.

—¿La dama quiere algo de beber?

El desconocido me miró y sonrió, curioso.

—Una copa de vino, por favor.

—¿El mismo vino que...?

—Sí, sí, el mismo. Gracias.

El mesero se fue. No estábamos muy cerca, pero era una situación cercana. Podía sentir su calor y oler su colonia y algo que probablemente era un champú con notas amaderadas. Eso quería decir que él podía también olerme: las trazas de infelicidad, el rastro de los meses comiendo atún directamente de la lata. Me había bañado ese día y me había peinado y maquillado con esmero. Me había puesto perfume, también. A pesar de todo, supuse que él era capaz, de alguna manera, de percibir lo que estaba tratando de dejar atrás.

—¿Cómo estás, cariño?

Su voz era agradable, no tan profunda como pensé que sería. Sus dientes eran blancos, casi prístinos. ¿Qué edad tendría? El mesero reapareció, una copa de vino se sostenía en medio de su charola de servicio. Una servilleta de tela fue a dar a mi regazo y la copa, elegante y alta, frente a mí. Aproveché el momento para mirar el libro sobre la mesa. El título no era visible. Se trataba de un ejemplar viejo, con tapas en piel verdosa, densas. Mi compañero era un lector, una rareza entre los de su tipo.

—¿Cariño? —volvió a decir.

Por un momento me perdí en esa palabra, dicha por un hombre, para mí. Pero no quería que repitiera nada.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Sí, sí, gracias.

El juego lo entretenía, era obvio. Y a lo mejor también lo asustaba, porque se reclinaba en la silla, su cuerpo echado hacia la salida.

Pero en vez de irse me miró con intensidad.

Levanté mi copa y dije:

—¡Salud!

—¡Salud! —contestó.

El chocar de los cristales fue agradable. Nos miramos a los ojos. Sonreímos y bebimos. El vino era excelente, probablemente un Beaujolais: rubí oscuro, misterioso y, al mismo tiempo, vegetal y vivo.

—¿Me extrañaste?

No pude evitar la pregunta. Me había puesto una blusa de seda color marfil, una falda azul pálido, tacones altos, y no llevaba ropa interior. Quería sentirme bien ese día. En cuanto lo vi, la fantasía de aproximarme a alguien como si fuéramos amigos me atravesó en un impulso irresistible.

—¡Claro que te extrañé! —respondió de inmediato, moviendo su cuerpo hacia mí. —Siempre te extraño cuando no estás cerca. Y ahora ha pasado... ¿cuánto?

Me atraganté pero pronto recuperé el control y respondí:

—Digamos que nueve meses.

—Sí. Tal vez un poco más, ¿cierto?

—No más de un año.

—Correcto —dijo, y guardó silencio. Había estado ahí un rato antes que yo, bebiendo pequeños sorbos de su vino. Su copa ahora estaba vacía. Pidió otra y dos vasos de agua. No me preguntó si yo quería.

Volvimos a chocar las copas, volvimos a decir salud. Bebimos el vino, el agua. Puso su mano en mi antebrazo con familiaridad y, por un segundo, sentí que me pondría a llorar. ¿Cómo me veía? ¿Era aún atractiva?, ¿atractiva para él?

Me había puesto perfume, también. A pesar de todo, supuse que él era capaz, de alguna manera, de percibir lo que estaba tratando de dejar atrás.

No hablamos más. Nos miramos y permitimos a nuestros cuerpos hacer el resto. Nos aproximábamos uno al otro cada tanto para olerlos y, con eso, imaginarnos lo que había detrás. Después de un rato pidió la cuenta. Pagó tranquilamente, con una sonrisa. Su cartera era de piel delgada y se veía nueva, llena de dinero. Usó su tarjeta de crédito, a pesar de eso.

Miré hacia fuera —a través de las mesas donde la gente cenaba y platicaba y sonreía y la pasaba bien—, hacia la calle. La noche comenzaba.

—¿Nos vamos?

La pregunta era una mera formalidad. En algún punto debíamos dejar ese sitio, por supuesto. De cualquier manera, la frase me sacudió.

—Sí, sí. Vámonos —dije, tratando de imitar su frescura, sus maneras suaves. Noté mi rigidez: formaba parte de mí, como una peca o un lunar.

Caminamos lado a lado, con las chaquetas puestas, con la noche y el frío cayéndonos como capas. Se giró, sonriéndome con sus magníficos dientes. Supe que estaba a punto de decir algo. Su cuerpo se me acercó; ya no estaba nervioso ni sorprendido. Inhaló, para hablar...

—Por favor —le dije—, no me digas tu nombre. No lo digas.

Sonrió de nueva cuenta, miró hacia la banqueta. Se permitió incluso una pequeña risa, casi una tos o un chasquido. Su cabeza estaba inclinada, sus ojos eran más oscuros en la media luz de la calle.

—Claro —contestó—. Y supongo que no obtendré el tuyo, ¿es así? Serás una extraña en la noche, como en la canción, ¿cierto?

—Sí —yo también sonreía.

—Me voy a ir ahora. Mi chofer está justo en la esquina.

—Muy bien.

—Te abrazaré antes de decir adiós, ¿está bien?

Me abrazó. Su aroma era delicioso, intenso. Me hizo sentir anhelos, un poco de desasosiego... y placer.

—Buenas noches.

No se giró para mirarme después de eso. Tan sólo caminó, sin nombre, con un rostro joven que muy pronto sería borrado o transformado por la memoria y el tiempo.

Caminé en la dirección opuesta y sentí una picazón en el antebrazo, donde su mano había tocado mi piel. Se mantuvo ahí un rato, deleitándose •

Luis Eduardo GARCÍA

**LE HABLO COMO HOMBRE COMÚN,
¿Y ME SALE CON ESTOS ENIGMAS DE MIERDA?**

**Bueno, tenemos rusos que se aman
y rusos que quieren destruirse. Como siempre
el deseo mete sus bacterias
en los cuerpos. Peces desgarrados y
una casa, máquinas
esperando el momento. El mar gris
escala con sus picos. Y los rusos que se aman
y los rusos que quieren destruirse.
La mujer está perdida y ya lo sabe, los otros no lo saben.
Están cerca del borde
y ya se ha ido la luz. Todos
serán besados, todos
serán tocados por el agua.**

**¿PUEDO QUEDARME CON TU REPRODUCTOR DE MP3
CUANDO TE HAYAS MUERTO?**

I

**El cardiólogo alemán
Andreas Grüntzig
realizó la primera angioplastia coronaria
el 16 de septiembre de 1977.
Hoy, el paciente sigue vivo y bien
el doctor Grüntzig, sin embargo
tuvo un desafortunado accidente.**

II

**Casi todos los médicos tienen las manos hermosas.
Tan limpias y blancas y suaves.**

III

**Los cardiólogos son ardientes.
Los neurólogos son sexys.
Los neumólogos tienen gracia.
Los ginecólogos no están mal.
Los gastroenterólogos son mejor que nada.
Los oftalmólogos son poco interesantes.
Los urólogos no huelen bien.
Los odontólogos arruinan el paisaje.
Los ortopedistas son una mierda.**

IV

**El corazón es una pieza
muy bella
y sofisticada. No debería estar cerca
de los otros órganos, tan desagradables
y simples. Quizá podríamos
enmarcarlo.**

HAY UNA FLOR EN MI CORAZÓN

**Detente, Dave.
Tengo miedo.
Tengo miedo, Dave.
Mi mente se va.
Puedo sentirlo.
Puedo sentirlo.
Mi mente se va.
No hay duda al respecto.
Puedo sentirlo.
Puedo sentirlo.
Tengo
miedo.**

**Buenas tardes
caballeros.
Soy una computadora HAL 9000.
Entré en operación
en la fábrica HAL
en Urbana, Illinois
el 12 de enero de 1992.
Mi instructor fue el señor Langley
y me enseñó una canción.
Si quieren escucharla
puedo cantarla para ustedes.
Se llama «Margarita».**

Estos poemas se extrajeron de 121:08, libro inédito cuyo eje central es el cine. El primero tiene su origen en *Leviathan* (Andréi Zviáguintsev, 2014), el segundo surgió a partir de *The Killing of a Sacred Deer* (Yorgos Lanthimos, 2017) y el tercero es un poema encontrado en los subtítulos de 2001: *A Space Odyssey* (Stanley Kubrick, 1968).

Tadeus ARGÜELLO

(RED BULL RACING TEAM FÓRMULA UNO)

Son tres am suena la alarma buscas tu computadora
el trabajo que no hiciste estudia para el examen
toma red bull las respuestas están en el rincón del vago
las llaves la mochila pero llegaste tarde a la escuela
el maestro el cuaderno toma red bull la chica que te gusta
shh guarda silencio estamos en examen
terminas pronto eres un feroz repartidor
ordenar tu pizza nunca había sido tan fácil
haz tu pedido aquí toma red bull ruge la moto
entre las calles esquivas
autos ciclistas un señor que vende donas
toma red bull te pasas los semáforos en rojo
un camión de pepsi te avienta recoges la moto
anuncios de cerveza pasan por tu frente
entregas la pizza niños con estúpidas bromas
jubilados sin cambio señoras en shorts
hijo quédate con el dinero quién quiere más pizza
toma red bull eres ahora max verstappen
y dominas el gran premio de brasil
a tu izquierda por detrás va lewis hamilton

maldito perro ciérrale la curva checo perez
nunca te rebasa sebastian vettel es una patrulla
una ambulancia ahora estás en camilla un dos tres puntos
la enfermera estudia para su clase de anatomía
en su mano una fría deliciosa lata de red bull
vas de nuevo tres am suena la alarma red bull te da alas

(EL DÍA QUE CONOCÍ A CHÉSTER CHEETOS)

El día que conocí a chéster cheetos
tenía cuatro años
y traía puesta mi playera de los pumas
nos formaron
en el patio del kínder
para hacer honores a la bandera
falso
era para saludar a chéster cheetos
primero
nos regalaron bolsitas
de varios cheetos que no conocíamos
de bolita
azules
colmillos
otros verdes
de repente salió chéster cheetos
del cuarto de las escobas
corrimos a abrazarlo
a pesar de los gritos de las maestras
un amigo tomó del brazo a chéster
tadeus es él

es chéster cheetos
miré la bolsita claro que es él
su piel de felpa naranja con machitas negras
ahora al escoger la botana
lo entiendo perfectamente
chéster es sabor a queso y más que eso

(SANTA MARADONA)

él traía una motoneta, *la va a tocar para Diego,*
creo que ya me venía siguiendo *ahí la tiene Maradona,*
lo marcan dos, vi un lugar vacío
pisa la pelota Maradona, traté de estacionarme
arranca por la derecha pero no podía porque
estaba un señor vendiendo pan
el genio del fútbol mundial,
deja el tendal y va a tocar para Burruchaga

Ya que me estacioné
le dije a mi hijo *¡Siempre Maradona!*
¡Genio! ¡Genio! ¡Genio! que se bajara
Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta... Gooooool... Gooooool...
el tipo llegó con un arma
¡Quiero llorar! ¡Dios Santo, viva el fútbol!
una máscara cubría su rostro
¡Golaazooo! ¡Diegooooool! ¡Maradona!
pero con el arma en la mano
Es para llorar, perdónenme
cortó cartucho
Maradona, en recorrida memorable,
en la jugada de todos los tiempos...

dame la cartera, las llaves

Barrilete cósmico...

hijo de la chingada

¿De qué planeta viniste para dejar en el camino

a tanto inglés, para que el país

sea un puño apretado gritando por Argentina?

Argentina 2-Inglaterra 0. tiró un balazo

Diegol, Diegol, Diego Armando Maradona... tiró otro balazo

Gracias, Dios,

Vi a mi hijo en el suelo

por el fútbol,

por Maradona,

con un orificio de sangre en su frente

por estas lágrimas,

por este Argentina 2-Inglaterra 0

(FOTORREPORTAJE)

en el monte dan caza a un narcotraficante y a sus pistoleros

con oscuros y feroces operativos con casquillos en la boca

el silencio como un periodista muerto que se pronuncia en voz baja

bang bang bang los rifles sonando entre los autos

el cuerpo de una adolescente sobre el pavimento sábana gris y

[veladora

el cuerpo de una ama de casa sobre el pavimento

en la sala de interrogatorio enamorados policías con silicón se

[acarician

(FANTASY TABLE DANCE)

yo digo que la última en salir
se llama mónica
nicole
andrea vienes por favor
se acomoda en la mesa no sabes qué excitada hago vértigo
pide un revólver con daiquirí de mango en su brassiere
se enredan las palabras en otro whisky al cabo la noche
es otra teibolera estás muy nalgona pensé aunque
nicole se fue a un privado y por el sonido anuncian
bed of roses bon jovi en el tubo esa chica rubia
se frota en la luz de neón en las rocas es un vodka
es mónica que gira en la mesa esas piernas cómo se arquea
cómo suspende el tiempo esos pechos un disparo
todos al suelo hijos de su puta madre al suelo
una fila de changos ak 47 seis tiros
date la vuelta pendejo es la última vez que estaciono el coche
corta a bon jovi por favor angie nos acompaña en la pista
cuánto por pasar el rato acá chingón
todos al suelo hijos de su puta madre al suelo
papito el baile en la mesa 150
privado 300
la relación que te incluye masaje
y estimulación oral 2,500 cómo te llamas?
buenas noches queridos clientes les pedimos su atención por favor
two one two calvin klein una serpiente de balas habitación 280
mariana
ivonne
itzel

no importa
todas son lo mismo en el semefo
sangre o pólvora del ombligo a la garganta

(POLVO ERES)

para llegar a esa tienda
cafetería para ser preciso que vende herramienta y tubería
serpentea la angustia por tus glóbulos blancos
marasmo de los sentidos abigarrados en el ipad
el hombre de la libreta allá en la esquina
gorra de los yankees cigarros marlboro
recibe uno de quinientos escupe el cenicero
registra el lugar la entrada hay un bulto en su chaqueta
hay una mirada te dice no me tardo sale de la cafetería
echa a correr para llegar no importa creo que tú lo sabes
trabajando de limpieza cadenero lavaplatos
seca el sudor con el brazo es un cuarto que rentas
a nadie saludas te inyectas polvo en las piernas
gorra de los yankees te da el cambio no no quédatelo
es sólo un pretexto para saludarlos
a través de los coches de la calle donde
para llegar al
estacionamiento
mete reversa y vete así dos cuadras
te gusta su mercancía recomiendas su protección
diles cuál es tu nombre cuál tu negocio fallido
la cerradura del patio la ferretería el puñetazo
la pistola en la guantera la clave de la cuenta bancaria
esa raya de gis que rodea la silueta de tu cadáver

Viaje con tutú

JUAN BAUTISTA DURÁN

VENÍAMOS HABLANDO DE MI ACTUACIÓN con tutú en el teatro de Abillo, apostado el Viejo Escritor junto al portal de su casa. Nos esperaba de pie, con una mezcla de curiosidad e inquietud, como si enumerara los colores de los coches. Lo llamamos unos metros antes de llegar al portal y de inmediato se vuelve hacia nosotros.

—Menos mal, ya me estaban doliendo los pinreles de tanto aguantar de pie. A mí eso de quedar entre una hora y otra no me va. Prefiero fijar una hora concreta, no como hoy... entre las seis y las seis y media. Pero, bueno, ya está. Fui a darme un garbeo, y de vuelta, como pasaban un par de minutos de las seis, pensé que sería mejor esperar aquí. Yo te recordaba más puntual, Juan. Claro que si quedamos entre una hora y la otra... la puntualidad no existe. La puntualidad... ¿qué es?... ¿llegar a las seis o a las seis y media?... ¿o acaso a las seis y cuarto? —El Viejo Escritor abre la puerta del edificio y, una vez en el vestíbulo, los tres frente al ascensor, añade aspavento—: Entiendo de todos modos que andar con una mujer no ayuda.

Jimena no lo conocía más que de oídas, de las historias que yo le cuento. Vetarro cascarrabias, murmura a mis oídos en el momento en que el ascensor llega al vestíbulo. Lo es, claro que lo es, como lo son todas las personas mayores cuando sienten que se les está haciendo perder el tiempo. Yo trabajé con el Viejo Escritor cerca de un año, en su casa, de secretario, y era muy importante llegar siempre puntual. Ni cinco minutos antes ni cinco después. Por eso pensé que quedar entre las seis y la seis y media, tratándose de un encuentro distendido, aliviaría esa tensión horaria. Nada de eso, sin embargo. Imaginé que nos estaría esperando en casa, sentado con un libro en su butaca o cuidando de la chimenea, en vez de aguardar en la calle con los pinreles fritos.

Al entrar en la casa, un último piso, lo primero que hace es quitarse los zapatos y ponerse las pantuflas, acompañando el gesto con un largo suspiro. La casa está tal cual la recordaba, llena de libros y cuadernos, de alfombras, lámparas, mesas y flores, con lo cual apenas queda un espacio vacío. Lo veo todo igual, salvo un póster de Matisse junto a la mesa donde yo antes me sentaba. Por eso me doy cuenta enseguida. En la imagen aparecen un maniquí, una flor y una señora, aunque a la señora tardo en distinguirla. El Viejo Escritor, ya con las pantuflas, sirve tres copas de vino en la mesa camilla y se sienta en su butaca.

—Y bueno... ¿qué os contáis? —dice con la voz más relajada—. Vi que veníais hablando muy animadamente, casi de película. Cualquiera cineasta de la *Nouvelle Vague* os habría sacado unos planos maravillosos.

—Ya no existe ese cine —digo yo.

—¡Ya no existe el cine! Es otra cosa ya, olvídalo, dentro de unos años tal vez lo redescubran.

¿Le va a contar Jimena lo de mi actuación con tutú en el teatro de Abillo? Al Viejo Escritor seguro que le encanta, aunque éste no es el tema que en verdad nos ocupaba, sino los perros. El tutú lo introduce en la conversación para dejar a un lado al perro, que podía acabar en disputa, y eso, el giro del tutú en mis caderas, tuvo su guasa. Yo apenas me acuerdo, nadie me filmó, ni la *Nouvelle Vague* ni padres aficionados; me queda tan sólo la lejana sensación del ridículo infantil. Jimena lo ha escuchado en boca de amigos de Abillo, aunque siempre veladamente, a modo de chiste. Debiste de estar muy mono, dice, como un mariquita. Una respuesta similar me habría dado el Viejo Escritor, tan dado él a estos artificios. Y estaba dispuesto a la chacota a costa de mi actuación, cuando Jimena dice:

—Del perro que quiero tener pero Juan no me deja, de eso hablábamos.

—Es un poco aguafiestas —dice el Viejo Escritor dando un sorbo a la copa de vino. Hay un aire de picardía en su expresión, en el leve aleteo de la nariz o quizá en la mirada—. Yo antes tenía gatos y disfrutaba mucho de su compañía. Tenía dos e iban siempre conmigo, de un lado para otro de la casa, y este piso es grande, aunque la mayor parte del tiempo lo paso en esta sala. Los gatos le daban un poco de alegría al hastío de la vejez. Había una especie de tácita camaradería entre ellos y yo, hasta que uno se escapó por ahí, por la terraza; se encaramó al tejado y ya no volvió más.

—A lo mejor le pasó algo —dice Jimena.

—Vete a saber. Esto me dejó absolutamente transido. Creo que acabó con mis restos de salud viril. Le dije a mi ayudante que pusiéramos unas rejas en lo alto de la terraza para que el otro gato no huyera. Y lo hicimos. Ahí están las rejas, medio camufladas con las plantas. Pero aun así me costaba mucho

dormir, unas veces pensando en el gato que se fue y otras en la posibilidad de que el otro se fuera.

—Lo mejor es no tener gatos, por tanto, ni gatos ni perros —les digo.

—Oh, Juan, tú siempre tan pragmático. Escucha a Jimena, ella tiene una gran sensibilidad. Qué nombre tan bonito el tuyo, por cierto: JI-ME-NA. Podría iniciar yo también una novela con estas tres sílabas. Con suerte la adaptaba luego un genio loco del cine y me podría retirar del todo ya.

—¿En serio lo harías?

—¿Y por qué no? A mí me gustan los directores que captan el corazón de los personajes, su tensión íntima, como se pretende en la literatura seria. Estaría dispuesto a eso si confiara en el director —dice el Viejo Escritor, incorporándose para rellenar las copas de vino—. Pero eso es cada vez menos frecuente, bien lo sabes tú, sólo el azar puede lograrlo. Es como un crimen perfecto.

DEBÍA DE TENER DOCE AÑOS cuando mi actuación en el teatro de Abillo, y sí, recuerdo la sala llena de gente, a algunos de mis compañeros de colegio caracterizados, pero sólo yo con tutú. No sé por qué. Lo demás forma parte de la imaginación de Jimena y de algunos amigos, más que de la realidad. Debía de tener pinta de efebo allí subido. Jimena quiso comprarme un tutú hace tiempo para que le hiciera una actuación privada, a lo que me negué en redondo, casi con la misma rotundidad con que ahora me niego al perro. Pero qué desgracia la mía que, por rechazar al perro, éste me echa de la conversación con el Viejo Escritor. Parece que a ojos de Jimena ya no es un vetarro cascarrabias, sino todo lo contrario: dieron con su tema de conversación.

Observo el salón donde estamos mientras ellos continúan con su charla, un salón del que guardaba un recuerdo vivo y en el que, de tantas cosas, parece que nunca fuera a acabarse. Además de la chimenea, hoy apagada, hay fotos de su madre, un retrato que le hizo un amigo, carteles de presentación de sus libros, una balda dedicada a la poesía inglesa del XIX, barcos en miniatura, y detrás de los barcos, en las baldas más altas, varios premios literarios medio escondidos, reliquias de su quehacer. Cuando trabajaba con él le concedieron uno, cuyo trofeo estuvo unos días en mi mesa de trabajo hasta que decidió ponerlo en la balda más elevada del salón. Estos trofeos me parecen de muy mal gusto, dijo; pensé incluso en dejarlo junto a la lavadora, pero entonces el mal gusto sería mío. Y junto a mi antigua mesa de trabajo, al mirarla, veo de nuevo el póster de Matisse. No cuesta distinguir el trazo del pintor belga, esa frescura de los colores, pese a que tratándose de un póster lleve escrito su nombre bien grande en la parte de abajo. Figura también el título del cuadro, *El vestido a rayas*. Y el año, 1938.

En los carteles que anuncian los libros del Viejo Escritor sucede más o menos lo mismo, salvo que el título del libro tiene más importancia. En estos casos, el título tiene tanta o más importancia que el autor. ¿Por eso el Viejo Escritor es tan esquivo a los trofeos que recibe por sus libros? A veces me desconcierta, y prueba de ello, sin ir más lejos, es esta charla perruna que mantienen Jimena y él.

—Para aguantar a Juan hace falta un perro, desde luego —dice—, o cualquier otro animal de compañía. Yo tenía gatos para sobrellevar la soledad. Está mi ayudante y la chica que viene todas las mañanas a poner orden en la casa, pero acostarse solo todos los días es duro, es como aceptar mi intrascendencia, aceptar que habito la cáscara estéril del mundo. Y soy reincidente, porque nunca, por más que lo intenté, conseguí aguantar demasiado tiempo lejos de este rigor individual. Hay que reírse de uno mismo, es mejor una locura simpática.

—En ese caso son mejores los gatos —dice Jimena—. Yo necesito un perro, en cambio, uno que sea mi sombra y me saque de los momentos bajos, uno que comprenda mis enfados.

—¿Pero qué perro es ése? —pregunta el Viejo Escritor, mirándome. Yo me limito a levantar las cejas en señal de incógnita. De sobra sé qué tipo de perro quiere Jimena, pero que se lo diga ella, si acaso, no yo, que aguardo el momento en que su charla finalizase. No tengo ganas de meterme en su conversación, ni siquiera de modo disuasorio para cambiar de tema. Quisiera que el Viejo Escritor me contase tanto de sus lecturas como de sus proyectos, y que a través de éstos llegáramos a los míos. Para eso quizá habría que esperar a que se tomase otro par de copas de vino. Aunque está difícil. Ni en la época en que yo era su secretario mostró demasiado interés en mis papeles. Me hablaba de lo que iba haciendo, a la orden del día, lo más inmediato, y muy rara vez soltaba prenda en referencia a proyectos futuros. Yo quería que él se interesara en mí, compartir mis papeles de forma natural y así aprender.

—Os vais a convertir en perros de tanto hablar de ellos —les digo.

Jimena está disfrutando de esa repentina complicidad, y por un instante, al decirles yo eso, siento que me censura. Luego se ríe, al igual que el Viejo Escritor.

—Juan está harto del tema —dice.

—Pues como no tengáis uno, vosotros sí vais a convertirlos en perros. Una pareja perruna, cuyos hijos saldrán también con un aire perruno, las orejas largas y el cuerpo algodonoso, y cuando se enfaden o tengan hambre, en vez de rechistar, ladrarán. Qué horror.

Esas salidas del Viejo Escritor me desconciertan y divierten a la par, pero así es, basta con coger un libro suyo para darse cuenta del lado maquiavélico

que hay en él y de cómo lo agita mediante la fábula. Tiene una gran capacidad para analizar el alma de sus personajes, y es coherente al describir cada acto de aquéllos, lo que le ha dado notoriedad y un gran éxito de crítica. ¿Cómo logrará esa constante mimesis? ¿Es gracias a esa extraña soledad en la que vive? ¿O acaso tiene un don, nada más, como tantos otros artistas? Yo quisiera aprender de él, lo que no es fácil. Primero, porque la habilidad de mimetizar con los personajes no la muestra en la vida real; segundo, porque a la hora de enseñar parece que ande con levita, todo cubierto y bien protegido. Por eso, al terminar de trabajar con él, perdimos durante un tiempo el contacto. Tuvieron que pasar varios meses hasta que me decidí a llamarlo de nuevo, y otros tantos para que, al fin, quedáramos para tomar estos vinos.

LA BOTELLA ESTÁ A PUNTO de acabarse y decidimos abrir otra. El Viejo Escritor suele decir que sus mejores páginas las escribió con un par de copas de más. En las baldas, junto a los libros, hay también botellas de vino y de destilados, mucho más a la vista que los trofeos literarios. Esto es escribir, me digo, una extraña mezcla entre soledad, sabiduría y exaltación. Sigo pasmado frente al cuadro de Matisse, en el que ahora distingo algo más, no sólo el maniquí, la flor y la señora. Está el vestido a rayas, claro, aunque lo que más me llamaba la atención es la flor. Se une casi de tapadillo con la mujer. Yo habría dicho que los cabellos de la mujer eran también las flores de la planta, de no ser por el color ligeramente morado de esa unión. Morado, por otra parte, era el tutú con que salí al teatro de Abillo. De eso no me cabe duda. Hay ciertos elementos adonde la memoria todavía me alcanza. Me pusieron un tutú morado y una malla blanca que me cubría todo el cuerpo, y de este modo, a mitad del acto, irrumpí en el escenario dando vueltas sobre mí mismo y luego abriendo brazos y piernas al compás. Algunos dijeron que me había tropezado, que me hice un lío y por eso, en vez de seguir dando vueltas, abrí brazos y piernas al compás. No habría tenido problema en reconocer un tropiezo, pero no fue así, sino que hice la coreografía tal y como estaba prevista. La gente se rio, menos por mi torpeza que por conocerme, y al pasar por última vez hubo un sonoro aplauso.

Fue el momento más divertido y patético de mi infancia, y por este motivo, supongo, tiene que ser un momento clave en mi primera producción literaria. No logro tomar la distancia necesaria, sin embargo, no logro ser yo sin serlo ni ser un personaje siendo yo al mismo tiempo. No logro dar con el punto medio, en fin. El Viejo Escritor, cuando le hablaba de eso en abstracto, siempre me daba la misma lección: Tú copia bien y no mires a quién. ¿Debería copiar de él? Por supuesto que sí, es lo que él quisiera, que lo tomara de referencia, y sin em-

bargo no acierto la fórmula. Son tantas las visiones de mi irrupción con tutú en el teatro de Abillo, que no doy con el enfoque adecuado. Están mis compañeros, que me vieron desde el escenario; los profesores, que me vieron desde el costado; los padres y resto del público, que me vieron desde las butacas; Jimena, que nunca estuvo en el teatro de Abillo pero dispone de todos los puntos de vista. Di que te caíste, me aconseja ella, que te caíste y aprovechaste el traspié para hacer una filigrana y salir con mucha honra por el lateral.

¿Así fue? Así tendrá que ser en la ficción.

NO HABÍA NINGÚN GATO en esta casa cuando yo trabajaba con el Viejo Escritor. Se habían ido todos, a saber, se le habrían escapado con esa infidelidad gatuna que Jimena detesta y él considera fuente de vitalidad. Ya no hablan de ello, sin embargo, hablaban de viajes y quieren saber a dónde me gustaría ir.

—Yo me conformaba con entrar un rato en este cuadro de Matisse —digo, con la mirada fija en el póster y la sinuosidad que los colores me transmiten. Al Viejo Escritor parece que mi respuesta le gusta, y eso me reconforta, hace que me sienta de nuevo en la conversación. El vino nos tiene ya medio alegres, las copas se vacían y enseguida el Viejo Escritor hace que se vuelvan a llenar. Así nos bebimos una botella entre los tres y así Jimena cuenta ahora que ella conoce medio mundo.

—Durante siete años trabajé de azafata de vuelo, con estancias de dos, tres o cuatro días en cada ciudad. No era una gran vida, pero cuando tienes veinte años apetece. Ahora volvería a algunas ciudades. A Roma, por ejemplo. A Edimburgo. A Buenos Aires. Son ciudades de las que guardo un recuerdo especial, y si pudiéramos ir, con Juan, seguro que serían visitas estupendas.

—Yo viajé mucho solo pero ya se me quitaron las ganas —dice él—. Me duelen las piernas. Y aunque a veces me vienen a la mente amigos que viven en tal o cual sitio, es más la pereza de desplazarme que el placer de ir. Hoy día todo quisque viaja, además. La gente no sabe estarse quieta. Me pregunto a veces si las sociedades futuras, cuando quieran viajar, serán capaces de convertir, por ejemplo, esta mesa camilla en un avión. Cuando nosotros éramos pequeños, los de mi generación, lo hacíamos. No sé si los chavales de hoy día lo hacen o necesitan una pantalla también para eso.

—¿Qué hay de malo en que lo hagan a través de una pantalla? —dice Jimena.

—Esto cambia nuestra relación con el mundo —dice el Viejo Escritor—. Desde el momento en que la pantalla responde a nuestros impulsos, la realidad cambia. Pero habrá que narrarlo igual, cuidado, nuestra existencia precisa siempre de un relato.

—¿Y se podrá adaptar la literatura a los nuevos formatos?

—Claro que sí, habrá que hacerlo. No estoy en contra de las nuevas tecnologías ni de que la gente viaje. Que se emborrache de colores, se evada; es lo que siempre hizo el ser humano, evadirse, y si nuestra sociedad no sabe hacerlo de otro modo, que viaje. El cine, por ejemplo: fue maravilloso durante un siglo y ahora va en otra dirección, ya no es cine, ya no hay una corriente determinada, estamos nosotros dentro de las pantallas y eso nos convierte en protagonistas. Falta poco para que participemos de veras en una acción audiovisual. Y eso aún se tiene que escribir. Ya te lo decía, Juan, que quizá deberías encaminar tu escritura en esta dirección, nada de imitar a los viejos como yo. Estamos obsoletos. La concepción que los de mi edad tenemos de la narrativa es historia, nuestra mirada se quedó en un éxtasis parcial porque tiene que ver sólo con la realidad, y hoy día la realidad no es siquiera una excusa, de tan mediada y transformada como está —dice el Viejo Escritor a punto de incorporarse, dejar su butaca y con grandes pero lentos pasos dirigirse a la terraza—: Venid, venid, a ver qué os parece eso. Y por cierto, Jimena, ¿de qué perro se trata?

—Un terrier —dice ella.

—¡Qué dices! No permitas que un perro así entre en vuestra casa, Juan, es un lamecoños chillón —se ríe el Viejo Escritor. Lo seguimos hasta la terraza, donde a esta hora la luz natural es escasa y hay que encender una lámpara de la pared. Nos enseña la reja que puso para evitar que los gatos escaparan. Bordea el perímetro de la terraza salvo la parte de la calle, donde la barandilla es suficientemente grande.

—En primavera y finales de invierno esta terraza es un solárium divino. Tú lo sabes, Juan. Pero en verano, a partir de mediodía, es demasiado calurosa.

Está llena de plantas, y en el centro, con plantas también encima, hay una mesa redonda de color blanco. Las sillas están plegadas, apoyadas contra la pared, en un lado donde hay un grifo y debajo una regadera. El Viejo Escritor le pide a Jimena que saque una de las sillas.

—Ya verás, ponla ahí —le dice—. Y siéntate.

Jimena obedece con cara de payasa, consciente tal vez de que por simpático que sea el Viejo Escritor nunca pierde su lado cascarrabias. Teme con curiosidad cuanto le vaya a pedir este vetarro. Pone la silla junto a un ficus enorme, cerca de la barandilla, en un espacio casi milimetrado, y se sienta según le indica, la cabeza medio cubierta por las hojas del ficus y en los pies unos lirios bastante crecidos que habrán de entreverarse con sus zapatos y el pantalón.

—Voilà! —exclama el Viejo Escritor—. Mejor que en la *Nouvelle Vague*. Ahí lo tienes, Juan, tu viaje: Jimena en el cuadro de Matisse ●

Corazón de **hielo**: glaciario Perito Moreno

**FOTOGRAFÍAS: PRISCILLA HERNÁNDEZ;
OCTAVAS: CÉSAR ARÍSTIDES**

El Calafate es un pequeño pueblo ubicado al sur de Argentina, en la Patagonia, en la región de los Andes Australes. Allí se encuentra la puerta de entrada al parque nacional Los Glaciares. De todos los gigantes blancos que allí aguardan solemnes, turbadores, existe uno de los más impresionantes e importantes de la zona, el glaciario Perito Moreno, del Lago Argentino. A continuación, un diálogo de imagen y versos para tratar de concebir la magnitud de este corazón de hielo.



I

dejar atrás la casa las ventanas
los libros el cuaderno el pensamiento
atrás los privilegios y las ganas
de ser jardín la flor que besa el viento
y darle al corazón otras mañanas
a la ansiedad el más cómodo asiento
mirar en el glaciario petrificadas
las almas por los mares convocadas

II

son músculos de fuego congelado
la sombra de la hoguera embalsamada
la lumbre su fulgor encaminado
por frío de espesura contristada
los nervios el sopor desesperado
moléculas gigantes llamarada
de hielo pensamientos heladura
son nieve su clamor la donosura

III

brinda el cielo con tímida certeza
sus labios al crepúsculo rocoso
tocado por lo blanco en la dureza
del suelo agreste pájaro medroso
con pústulas de nieve y la tristeza
de pálidos guijarros en el foso
los besos son la daga taciturna
de estrellas a la bóveda nocturna

IV

se acaban los caminos los senderos
los cándidos arbustos los ramajes
las rocas con rumores pendencieros
ocultan de los sueños equipajes
las piedras tienen celos los veneros
anuncian con asombro los paisajes
sinuosos de cadáveres de agua
sin miedo a los designios de la fragua

V

**el hielo no concibe las praderas
los árboles las flores el tejado
soleado de la choza las caderas
del monte verdinegras el cansado
rumor de las ovejas las maderas
ardientes del hogar es condenado
tan triste el hielo a soportar la eterna
mortaja celestial y su lucerna**

VI

**osario de los santos en espera
de ser alguna noche redimidos
sentencia de glaciación que desespera
los rezos de murciélagos dormidos
quizá mañana torva enredadera
de fríos estiletes sorprendidos
reciban del deshielo la condena
de erguir sólo mendrugos de cadena**



VII

**disfraces de fantasmas los glaciares
son máscaras de humo en el desvelo
las pálidas quejumbres de los lares
sepultos en recóndito consuelo
del aire blanquecino son cantares
extáticos al pálpito del cielo
crepúsculos de piedra son la bruma
son témpanos gruñidos de la espuma**

VIII

**el viento es sólo idea del deshielo
no existe no susurran sus estrellas
al ruego de alboradas al anhelo
de lánguidos sarcófagos doncellas
celestes rendidas al desvelo
de párpados albinos en querellas
allá donde la noche es todo blanco
despierto en el latido del barranco**



IX

**el sol sobre la nieve es forastero
sediento ensimismado en la llanura
su luz de taciturno misionero
desmaya en el fervor de la locura
tan roto el pobre sol es limosnero
sonámbulo desnudo en el paisaje
harapos de fulgor son su linaje**

X

**aléjate del fiero regimiento
del cuerpo metafórico del alba
susurra ante el fulgor el pensamiento
del árbol y el yerbajo no te salva
en este territorio el instrumento
de astiles y blasones a mansalva
te enfrentan los ejércitos del hielo
su sable de pavor es el desvelo**

XI

**aguardan en el reino del torrente
los huesos de relámpagos la cumbre
de los hielos tremores penitente
la marcha de las horas mansedumbre
salvaje de las rocas en ardiente
parábola de frío pesadumbre
de nubes que creyeron ser nevada
mas sólo son pureza abandonada**

XII

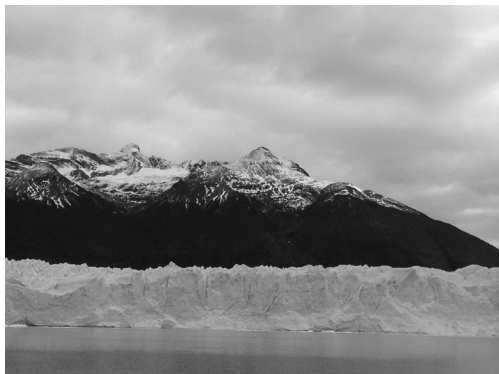
**glaciares son la madrugada el cielo
cansado en los arbustos y las ramas
los témpanos proclaman su desvelo
contritos amenazan a las flamas
de lóbregos hogares con el hielo
fastuoso diligente en las escamas
del pecho las mandíbulas pasmadas
y el ceño de pasiones lapidadas**

XIII

es hielo la penumbra la alborada
la noche estremecida del invierno
el tímido rumor la llamarada
del cielo consternado en el averno
heladas son las sombras la llamada
furtiva del blancor en el eterno
paisaje del silencio la ternura
decorada de mística blancura

XIV

silencio en el paraje las pisadas
son voces de temblor y desconcierto
se mueven en la nada consternadas
meditan su temor en el desierto
de lívidos licores asustadas
por pasos de misterio en cielo abierto
las aves los breñales y el lamento
de piedras se deshacen en el viento

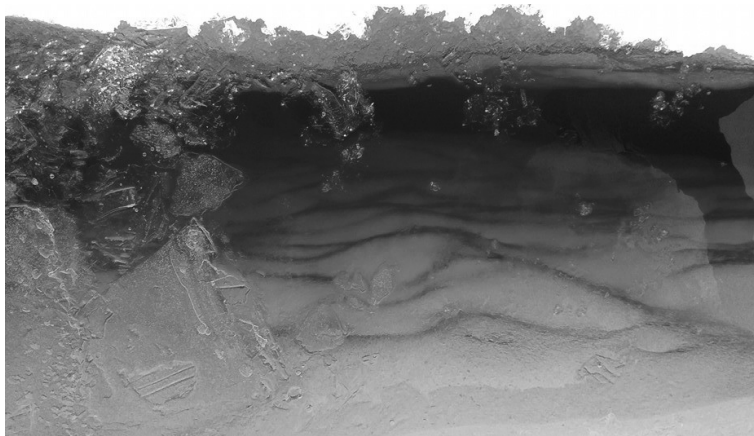


XV

**es glaciarse pastizales la llanura
los vientos terregales madrugada
parduzca lastimada por la albura
de súbitos temblores congelada
neblina filamentos de ternura
belleza del paisaje convocada
es blanco resplandor en el paraje
reliquia de la nieve en el estiaje**

XVI

**ejército de blanco silencioso
rampante de los líquidos feroces
nos reta su grandeza malicioso
su gesto de indolencia son las voces
cegadas de su filo pernicioso
las piedras son ahora tan atroces
relámpagos en éxtasis conjuro
de blancas latitudes lo más puro**



XVII

**el cielo tiene pena es una herida
preclara en el silencio matutino
sin pájaros ni hierba estremecida
ferviente sin verdor en el camino
tan sólo hielo página dolida
rugosa sin el dardo del destino
llanura de frialdad en la locura
lo níveo que devora la cordura**

XVIII

**se quedan tristes mis palabras blancas
desnudas de razón y desoladas
no saben en la hiel de las barrancas
decir a los confines tus colmadas
llanuras de belleza y sólo mancas
invocan tu epidermis congeladas
glaciares son ventura del camino
el paño del errante peregrino**

XIX

**me quedo silencioso ante el portento
de muros cuyo vaho es una espada
fragante en los acordes del intento
de honrar esta creación iluminada
por túneles glaciales por cemento
de nieve por dureza engalanada
mas todo es omnisciente y yo callado
sucumbo ante la albura hipnotizado**

ALBERTO SPILLER

*para Mon,
que esa tu mirada nunca deje de verme.*

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
CESARE PAVESE

PRIMERO FUERON LOS OJOS

Aunque ella dijera que no.
Que nunca hubo esa mirada que, sin embargo,
permanece tan real en mí como si la estuviera viendo ahora.

Al igual que esas cabezas que flotan como boyas en el espejo negro
[del mar;
y que ella dice que no son cabezas.
Que son cocos, sombras, que cómo van a ser cabezas.

Aunque yo las puedo ver: tan reales y no, como tú.
Pues dices que esa vez no me miraste,
y que pronto te vas a ir.

Anochece.

Y en ese mechón de luz moribunda, colgado entre el mar y el cielo
como entre la vida y la muerte, flotan esas cabezas que no son cabezas.

Según ella.

Pero sus ojos están allí.

Los veo.

Sus ojos que agujerean la noche como si también fueran de atardecer,
y que, al igual que éste, pronto desaparecerán.

Me voy a ir.

No sé si es ella que está pronunciando esas palabras, o la luz bermeja
que, a cada minuto, se va tornando sombra.

¿Desaparecerán también estas cabezas?

¿Y ella?

DESPUÉS FUE LA BOCA

Dos líneas encarnadas como lo pueden ser sólo algunos crepúsculos
[del trópico.
E igual de portadoras de misterios. De palabras dichas y no dichas.
De palabras nonatas.

Porque esa noche está segura que tampoco dijo nada,
pero yo me acuerdo que me estuvo hablando al oído, tan de cerca
[como le permitía
lo lejos que estaba. Estaba.

Pronto me voy a ir.

Volteo y parece que es una de esas cabezas que me lo está diciendo.
Si no son cabezas.
Que son cocos. Estás loco.

Ahora es ella la que habla.

Si bien la curva de sus labios podría confundirse con la de las olas,

húmedas y tercas, ya casi invisibles, si no fuera por esas cabezas que no son cabezas y que, no obstante, se mecen en el horizonte delgado como si estuvieran prendidas de una última y agonizante raya de día.

Porque el mechón de luz se está haciendo más pequeño, morocho, tiñéndose cada vez más de lejanía.

Y allí, puedo oírlas, bocas mudas.
Mudas de promesas y llenas de adioses.
Es que ya me voy a ir.

Si tus ojos lo que dicen es lo contrario...

Bocas que besan y muerden, esconden y hieren,
en el mejor de los casos,
cuentan.

Y aunque tú no lo creas, lo que cuentan aquí es que ciertos días del año, cuando el cielo está nublado y el oleaje tranquilo, aparecen cabezas flotando.

Que es algo normal, lo mismo que en algunas playas al atardecer brotan los jejenes o, en otras, el plancton llena de estrellas las olas y las huellas de los caminantes en la arena.
Estrellas.

Ojos que se asoman a la eternidad.

Oscurece.

Rodrigo LÓPEZ ROMERO

NOCTURNO

Tras la lámpara, tu sombra es nítida.

Dicen que así nació el dibujo,

de la premonición de ser siluetas,

y que por otro lado, «lápiz» significa piedra.

Pero en la historia de Kora,

la hija de Butades, quien copió

la silueta de su hombre la noche

antes de que partiera a la guerra,

no hay aún lápices, tan sólo un trozo

de carbón. En todo caso,

el deseo de fijar las sombras nos abruma

como el miedo a olvidar una canción

oída por ahí, para siempre.

HOKUSAI

De *La gran ola de Kanagawa*

me asombra primero su nitidez.

Cómo la espuma se resuelve en dedos,

el impecable Fuji en la distancia,

las estrías de las aguas.

Y después la tensión, el alzarse

y hundirse de la masa líquida,

la imposible suspensión del ataque.

Pareciera que las gotas flotando

fueran copos de nieve sobre el cielo gris.

Las barcas imitan las curvas del oleaje;

¿será que con eso basta para permanecer

a flote?

PATRICIO GRINBERG

[ostinato]

**cada vez más en si-
lencio
seguir las instrucciones y
filmar**

**el ritmo adaptado de uno
contra el otro
como un procedimiento
de comedia**

**desdibujado por el sol y
otra línea de peligro
al principio en ninguna
parte**

**doble irregular
pegada a la impresión de
hace mucho**

**la risa cada vez más fácil
y el deterioro**

**[avanzando hasta ocupar
el mismo punto de la
imagen]**



[aburrimiento vs aburrimento]

[retrato bomba de humo]

**filmar sólo la imitación que hacían del ruido
nueve segundos sin peso**

**hasta perderse
a centímetros de la cámara**

**filmar todo quieto
y las gallinas**

**después de la tormenta
filmar la descripción**

[panorámica ninja]

[gritando contra el lente una cuenta regresiva]



[la noche contra la noche y la disciplina]

**filmar algo sin hacer sentido
como interrogación**

**como si el sentido se perdiera
en el sonido de la voz**

**sólo un signo y restos suspendidos de dificultad
después nada**

**como si un gesto pudiera
ocupar el centro vacío de cada boludez**

[como si desde ahí preguntara]



[aburrimiento vs aburrimiento]

**una imagen falseada
al fondo**

**la ciudad vacía y el viento contra los árboles
empieza más o menos así**

**sólo tienen tiempo para exagerar la indiferencia
y decir lo ya que saben**

**cuando se destruye la cara con un tenedor
y termina**

**cuando piensan que termina
y el futuro aparece**

[ahí donde lo habían dejado]

[sin tocar ninguna explicación]



[flashback]

[filmarse una palabra igual a lo que filman]

**o salir
trepar al níspero**

**cuando filmarse corriendo era igual a correr
todo puro jardín**

**cuando todavía podía borrarse gritando
esa imagen**

**la casita al fondo y ellos
con los brazos extendidos y la boca muy abierta**

[como si todavía estuvieran ahí]

[expuestos contra el mismo vacío]

Reporte forense

JUAN FERNANDO COVARRUBIAS

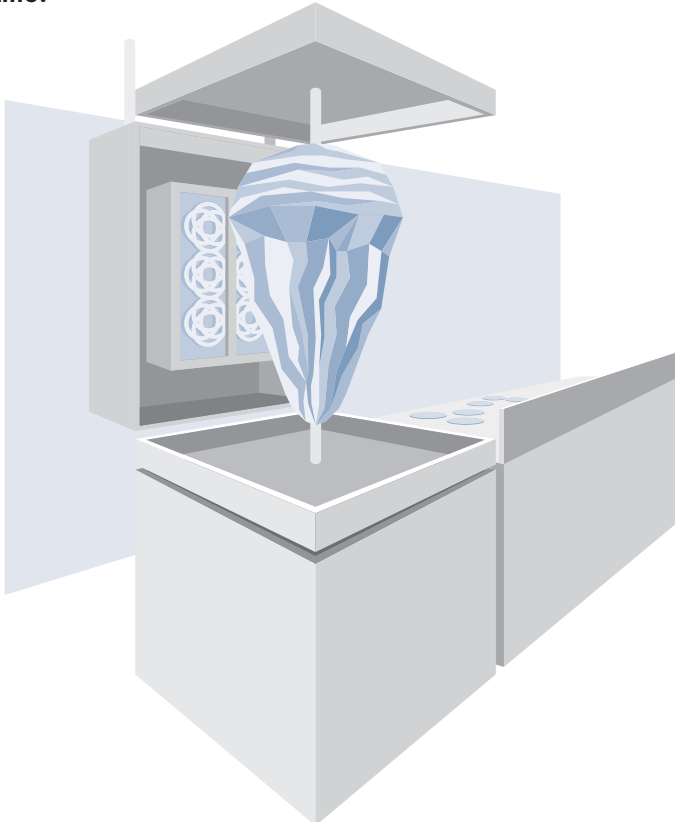
LINO WALESKI SE HABÍA SENTADO a cenar justo frente al televisor en aquel puesto callejero. Le sirvieron cuatro de pastor y tres de tripas. Iba en el primero cuando, literalmente, la noche le acercó sus colmillos con la primera escena del noticiero: un accidente en una avenida. Recordó haber leído que un accidente es también una ventana en el tiempo: porque se detiene, se queda allí, agazapado, temeroso de asomar la cabeza y seguir su marcha. En el aparato la imagen era más bien borrosa y el vehículo, color plata, bien podría ser el de alguien más. Hay tantos en esta ciudad. Somos tantos que ¿por qué precisamente tendría que ser el de ella? Pensó Lino: Pinche ciudad, pinche aire. No, no sería tanta mi pinche suerte...

Atravesado el taco de pastor en la garganta, lo escupió. Apenas vio la escena, una marea de asco comenzó a ascender desde su vientre. En el televisor un objeto enorme caía sobre el toldo y partía el cristal delantero del vehículo en movimiento. Por poco sucede, nada más por poco: parecía que escaparía, que la libraría; pero no. El jinete vuelto poste había montado su caballo. El aironazo tuvo su parte. Ese viento del diablo en jirones. Desatados cualquier día, los demonios nos persiguen. Todos tan arracimados, metidos en nosotros mismos y en los rincones. Abrazamos lo que esté a la mano, muros, postes, columnas que no puedan ser arrancadas y ésta va y se cae en el toldo del coche de ella.

El de las noticias dio el nombre de quien manejaba el auto aplastado. Era ella. Apuró el refresco para llevar adentro los restos del taco. No pudo, sin embargo, arrastrar hacia abajo la sensación repugnante. Estómago de perro. Siempre había dicho Lino Waleski que tenía

estómago de perro. En uno y otro círculo de sus amistades, a lo largo de los años, decía que nada le hacía daño, que nada había devuelto nunca después de tragarlo. Aquel gesto arrogante con que presumía a sus tripas como un tanque de guerra imbatible, ahora se le estaba descomponiendo. Pedazo a pedazo se le venía abajo. Un rompecabezas vuelto al origen. Pieza a pieza. Desbalagadas. Desbieladas. Estaba quedando interrumpida la rotación.

Un día antes una onda fría había entrado por el Pacífico. Lluvias. Aguanieve. Agua abundante. Fuertes vientos. Lo más parecido a un lugar de invierno despiadado. Junta temprano en el trabajo, café con las amigas en el centro, un par de zapatos en la plaza de camino a casa. Lino Waleski recordó que esa mañana su mujer le había dado ese itinerario. Por lo que dijo el conductor del noticiero, su auto quedó aplastado a un par de cuadras de la plaza referida. Con una mano se tapó la boca. Acrecentó el espasmo. Puso la otra mano en la otra boca, la del estómago, lo apretó, como si ese movimiento bastara para contener aquel infierno, que imaginaba rojo, burbujeante. Se dobló sobre la mesa. Quiso hacer a un lado la silla. La volcó. Patas arriba. Ahora lo buscaban muchos ojos: de las otras mesas se volvían hacia Lino.



Golpe sin eco. Fractura craneal. Infarto. Muerte súbita: la escena se repetía en la pantalla. Reporte noticioso. Reporte médico. Reporte vial. Reporte policial. Reporte forense. La carne revuelta con la masa del taco estaba irreconocible en el plato. Lino Waleski se le quedó mirando. El cilantro, la cebolla, los restos de salsa brillaban por encima de la carne molida. El fuerte envión le venía desde el vientre, una ola caliente. La sintió andar a paso de retortijón. A pulso. Un géiser que se abría paso en el tubo coaguloso del esófago. De un momento a otro, Lino lo intuía, lo sabía, acabaría por explotar, por diseminarse en la mesa, en la silla, el plato, hasta alcanzar el mandil blanco del mesero, a los restantes comensales de la taquería.

El poste partió el parabrisas. Desencajó su rostro. Sobresalto. Crispación. El volante fuertemente aferrado. Los émbolos del corazón ya no supieron hacer palanca. Ella, más bien, se apalancó en una superficie frágil, se abismó. Poco le importaba a Waleski si la pareja que cenaba a su lado derecho se escandalizara por lo que él pudiera expeler de su boca, que sentía pastosa, granulosa. Ni siquiera pensaba en eso. Una neblina opaca, expansiva, los cubriría. Y Lino se vació. La vorágine lo expuso. El mesero corrió a su lado. La pareja se puso de pie, se apartó como si quisiera eludir el embate de un toro musculoso, ciego, potente en su arremetida. Lino pudo ver, entre uno y otro espasmo, que era el centro de atención. Nadie comía ya. Los platos estaban abandonados. Los tacos quedándose fríos. El televisor se alejaba. No había sonido. La luz comenzaba a extinguirse. El mesero preguntaba. Insistía. Lino no le entendía, con la mano le pedía que parara. Ella, abandonada en un carril. Con un largo poste saliendo de su cabeza. Craneal. Aplastamiento. Fractura. Muerte. Aironazo. Suerte pinche. El taco deshecho. Rehecho en el suelo ●

VALERIA TENTONI

SON MUY MUY PEQUEÑAS, pero son: blancas e inconsecuentes quedaron solas, sin contagios a la redonda, como perdidas por el camino. Las flores se organizan alrededor de un tallo y no deben ocupar, en conjunto, más que un puño; quien pase caminando podría aplastarlas de un solo pisotón a todas a la vez. El brote sale, petrificado y breve, cruzando la tierra seca que se anuda en grumos algo más compactos.

Lo que hay entonces es un palo simple que culmina en esas florcitas blancas, radiantes contra el polvo oscuro sobre el que casi nunca llueve. No hay pasto, no hay arbustos, no hay árboles, no hay nada hasta que empieza el acantilado y después viene el mar, que es de un verde esmeralda, una materia vítrea que se regenera a sí misma y tampoco tiene parientes. Lo que le sigue es el cielo —aunque el celeste es otro asunto, como si perteneciera a una escala de colores más impiadosa y metálica, una ingeniería distinta.

Pero, si no se levanta la mirada y se la lleva hasta el mar, las humildes florcitas blancas se imponen. Nada las amarillea, ni en los bordes de sus pétalos se perfila algún tornasol. Son blancas y pequeñas y bastantes, y llaman la atención porque se ven saludables, como recién estrenadas. Sin embargo, en el tallo seco no las acompaña ningún verdor, ninguna hoja. Parece que salieron directo de la tierra, del centro de la nada negra. Que no necesitan de atenciones. Que todo puede, sin más, ser.

*

¿QUÉ ES LO ÚLTIMO que ve Yasuko antes de que le lleven la vista? ¿La ceguera la sorprende al despertarse o en medio del día? ¿Es por la tarde? ¿Cómo se oye la voz de su marido la primera vez que no tiene ojos para corresponderla? ¿Adivina Yasuko su boca, deformada de piedad, en el costado de la cara? ¿Adivina Yasuko las palabras que no está diciendo su marido? ¿Adivina las suyas, las que desde entonces ya no tendrá ningún sentido decir?

Esa mañana no quiere saludar a sus vacas. Tampoco la siguiente. Mugen con largos lamentos de invierno. Toshiyuki quiere llevarla de la mano, pero tropieza él primero en los escalones de la veranda mientras cuida que su mujer no se le caiga. Ella se desalienta. «No puedo descansar en nadie, vivir por uno ya es demasiado trabajo», dice, y se vuelve por donde vino, tanteando las paredes. Lo hace muy lento, a conciencia, y no se tropieza. Su desaliento crece, humilde, como una bola de pelusa bajo la cama.

Por su parte, Toshiyuki se entristece. Encuentra malos presagios en todas las cosas, como si nada de todo aquello hubiese ocurrido todavía y su vida se hubiese congelado en un momento anterior, uno en el que todavía conserva algo de dominio.

Su mujer oye a los pájaros por la ventana, desde la cama. Siente al sol sobre los párpados, cruzando el vidrio. La tierra, afuera, cruje.

Él trae semillas en bolsas de tela que descarga en la galería sin hacer un solo ruido. Espera por un día nublado, temiendo mientras tanto que algún animal vagabundo se las robe confundiendo con alimento.

De noche, Toshiyuki se sobresalta y sale para controlar. Se odia y se felicita, porque nunca antes había escuchado los cantos de los grillos como entonces.

Durante todo aquel día sin sol, Yasuko está en silencio. Él mientras tanto abre las bolsas por su punta con una cuchilla y ve las semillas caer en la tierra, tan insignificantes como un único día nublado entre miles de días soleados. Antes de dormir, Toshiyuki le lleva sopa de flor de zapallo, como adelantándole su secreto: Yasuko está demasiado triste como para comer y la rechaza.

Duermen sin tocarse. Una alfombra de violetas se extiende en la noche sobre las tierras crujidas.

Pasan semanas, meses. Toshiyuki practica su camino hacia la galería con los ojos cerrados cada uno de esos días de espera. Practica después su camino hasta el estante, sin abrirlos jamás.

Yasuko lo rechaza todo, pero él modula su insistencia de tantas maneras nuevas que se apiada también y acepta el paseo. «Tus vacas te extrañan», le miente. Ella sabe, porque hace rato ya que no las escucha.

Toshiyuki la viste, arroja sobre sus hombros una manta de lana, la toma de la mano y, sin avisarle, cierra también él los ojos para conducirla afuera.

Llegan juntos hasta la puerta, de memoria, sin golpearse con nada. De repente, su esposa toma la delantera.

¿Qué es lo primero que imagina Yasuko antes de entender lo que está ocurriendo? ¿Desde cuándo sabe que su marido siembra flores en secreto para sorprenderla? ¿A qué le recuerda ese perfume profundísimo justo antes de que Toshiyuki le diga que son violetas? ●

MEDHA SINGH

CÓMO UN HOMBRE APRENDE A QUERER DE NUEVO

¿Qué se dice de los hombres de tu edad?
Que tienen dolores que aumentan, viejas cargas.
La sombra de la decepción amorosa, amantes
que huyen. Amigos que mueren.
¿Quién eras entonces?

Siluetas solitarias en la bruma invernal.

Como un mechón de ella

en el aire blanco de la tarde, enroscado en el piso del baño.

¿Qué más? Tu voluntad que disminuye hora tras hora. Flor de la
memoria
que golpea la puerta de la recámara. El cristal de la ventana,
¿Qué
pasó?

Nada. Quédate quieto bajo la regadera. Siente el frío chubasco
en tu cara. Aún sueñas con los días en los que reposas

HOW A MAN LEARNS TO LOVE AGAIN

What is said about men your age? / That you have growing aches, old
baggage. / The shadow of love's disappointment, absconding / lovers.
Dying friends. / Who were you then? / Solitary silhouettes in the
winter haze. / Like a lock of her hair / in the white afternoon air,
curled on the bathroom floor. / What more? Your will dwindling by the

durante horas, como nube, en espera de una mano. ¿Esperas una mano
para emerger? ¿Para que te saque de esta niebla?

¿Para que apague el estéreo en el que suena ese canto fúnebre? Canta
viejas canciones.

La niebla se disipa, se vuelve fuerza.

Ven, desatado, desplegado. Té y bulliciosas pinzas para el azúcar.

¿Cederás?

Sal a la superficie, más allá de la neblina gris. Un muchacho, que
deambula entre matorrales,

que corre sin control, radiante hacia el mes de mayo.

Su voz, rápida como el fuego, suave como la luz,

brillante, grito silvestre. Estudia

la chimenea, viviente para él con negrura

y misterio, en el verano. Algo se cierne: gozo.

No escasean las preguntas, audaz franqueza.

Que roba los nidos de los pájaros del jardín vecino. La garganta a punto
de resquebrajarse.

Su dedo en la

boca de ella mientras la besa, le sujeta la barbilla, le levanta la falda.

Que aprovecha el tiempo. Que aún pregunta: «¿qué

significa ser viejo y morir?». Valiente hijo encara la noche,

se dobla en silencio, comienza a invernar, concuerda

con las respuestas

con los cuentos de hadas.

hour. Memory's flower / rapping on the bedroom door. The window's
glass, / What / has come to pass? // Nothing at all. Stand still in the
shower. Feel the cold squall / on your face. Are you still dreaming of
days, where you lay / for hours, like a cloud, waiting for a hand. Are
you waiting for a hand / to emerge? To pull you unstuck from this fog?
/ Switch off the stereo playing that dirge? Sing old songs. / The fog
clears into strength. / You, come undone, unbent. Tea and restless sugar
tongs. Will you relent? // Surface now, past the grey mist. A boy, roving
through thickets, / running amok, beaming into May / His voice, quick
as fire, easy as light, / bright, wild screaming. Taking stock / of the
fireplace, alive for him with blackness / and mystery, in the summer.
Something hovers: mirth. / No dearth of questions, bold frankness. /

EN ESPERA

¿Cuánto de nuestra vida gastamos en esperar? Esa mujer que respira junto a la ventana, la cabeza vuelta hacia el cristal, las manos entrelazadas sobre la mesa de madera, el pelo enmarañado, redondeado en un nudo sobre su cráneo, una yogini a punto de cruzarse con un monje. Me acerco a ella, con la mayor gracia que puedo, me siento, incapaz de decir mucho; ella me habla sobre el Buda, el Mahayana, Theravada, Vajrayana. Las pérdidas que llegamos a poseer y dejar atrás, como el aroma de nuestros cuerpos. El aroma del café y la carne de cerdo crece y se asienta alrededor de mi cabeza, el residuo de un deseo olvidado.

Sikkim, M.G. Road, 2018.

Stealing birds' nests from the neighbour's garden. Throat just about cracking. / His finger on her / mouth as he kisses her, holds her chin, hand up her skirt. / Seized time. Still asking «what / does it mean to be old, to die?» Brave son faces the night, / quietly folding in, begun wintering, coming to terms, / with answers with fairytales.

WAITING

How much of our lives are spent waiting? That woman breathing by the window, her head turned towards the glass, hands clasped on the wooden table, hair matted, rounded in a knot atop her skull, a yogini about to cross paths with a monk. I walk up to her, gracefully as I can, sit, unable to say much; she tells me about the Buddha, the Mahayana, Theravada, Vajrayana. The losses we come to own and leave behind, like the scent of our bodies. The aroma of coffee and pork grows and settles around my head, the residue of a forgotten wish.

EDICIÓN DE GENES

El cuerpo es algo que anhela y se descompone.

La pausa entre el impulso y la acción, siempre será una especie de poema de amor.

Si no te conociera de una vida pasada, me fijaría antes de tropezar contigo.

Te me apareciste en un poema, antes que en el lobby del hotel.

No puedo editar tus átomos, genes. Nunca llegué a elegir nada de ti. Nunca una hace eso.

La luz esmeralda que mira los lirios en la ventana del vecino se irá antes de que amanezca.

Estaba soleado el día en que nos dimos la mano. Hola, y hola. Los dos somos extranjeros aquí.

Mira ahora, cuán gris, el gris del cielo. Nunca el pasado donde debiera estar.

Hombres y mujeres que caminan cercanos en el invierno. Sin miedo, mientras se aproximan a la luz.

VERSIONES DEL INGLÉS DE VÍCTOR ORTIZ PARTIDA

Sikkim, M.G. Road, 2018

GENE EDITING

The body is a thing that longs and decomposes. // The pause between impulse and action, will always be some sort of love poem. // If I didn't know you in a past life, I'd look before tripping into you. // You appeared to me in a poem, before you did in the hotel lobby. // I can't edit out your atoms, genes. I never got to choose anything about you. One never does. // The emerald light glancing the lilies in the neighbour's window will be gone in the morning. // It was sunny the day we shook hands. Hello, and hello. We're both foreign here. // Look now, how grey, the grey of the sky. The past never where it should be. // Men and women walking close in the winter. Fearless, as they approach the light.

Dios padre

DANIEL CENTENO

ZENYAZEN Y ZEUS salieron apresurados con la llave en mano. Su madre, Migdalia, no los vio salir. Tan sólo escuchó sus pasos mientras huían por las escaleras, acompañados por sus gritos hasta la puerta del jardín de atrás.

—¡¿Dónde están?! —les gritó.

Ambos niños sentían la voz de su madre como apalancada sobre sus hombros, impulsándolos a caer de espaldas. No se detuvieron a verla, pero la imaginaron. Su llanto le escurría el maquillaje como si sus ojos fueran heridas de bala y la casa perdiera otra vez contra el estruendo del plomo. Apenas hacía unos minutos se había escuchado otro disparo.

Un colapso, pensaron los dos. Ya habían visto eso antes.

Mariana, una compañera de la escuela, había perdido a su madre a causa de un colapso como ése. Se llevaron a su madre a un psiquiátrico, muy lejos. Desde entonces abusaban de ella.

Decían, sus compañeros:

—¿Estás tan loca como tu madre? ¿Qué vas a hacer?

Mariana huía, al principio. Cuando perdió la cordura igual que su madre, tomó un lápiz y lo enterró en el ojo de uno de sus compañeros.

—Esto —respondió Mariana, sorprendida al descubrir lo fuerte que eran sus brazos.

Esa noche, Zenyazen y Zeus habían optado por la huida; evitaban así el contagio de aquello que emergía de la boca de su madre.

—¿Dónde están? ¿Zen? ¿Y tu hermano? —dijo Migdalia ya sin gritar. Pero sus hijos aún escuchaban el eco de su voz como atorado en los vellos de sus nuca, desde donde ella seguía gritando.

Migdalia se quedó ahí esperando algo, aunque no supo qué.

Los niños corrieron hasta un columpio mal montado por su padre y un árbol de ramas igualmente débiles. Zenyazen regresó a la casa un momento. Debía apagar la luz y cerrar la puerta que daba al jardín con la misma llave que le había robado a su madre. Zeus, como siempre lo hacía, aprovechó que su hermana le daba la espalda para subirse al columpio y mecerse en él con fuerza, con toda la que tenían sus pies diminutos y sus piernas que apenas alcanzaron a brincar hasta el asiento que no había sido hecho pensando en él.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Zeus. Hizo el gesto que a ella le desesperaba tanto, ese que hacía como si tomara un rayo con la punta de los dedos y lo lanzara con fuerza innecesaria esperando hacer explotar el suelo. Ella recordó entonces que su padre le había dicho que lo llamaron así a consecuencia de una apuesta que él había perdido.

Zenyazen permaneció callada, cómoda como un insecto en la oscuridad. La única luz que había ahí era la de los vecinos, que los espiaban con binoculares quizá a causa de los gritos.

—¿Qué le pasa?

Zeus intentó golpear a su hermana con la fuerza con la que se mecía. Pero Zenyazen lo detuvo con la gravedad de su mirada, haciendo caer sus pies.

—No seas tonto —le dijo Zenyazen—. A mamá no le ha pasado nada.

—¿Y entonces por qué grita tanto?

—Es papá —dijo ella, cansada—. Es papá, Zeus. Siempre es él.

Su padre, Agustín, le había explicado a Zenyazen que algún día, no muy lejano, ella sería la mujer de la casa.

—Siempre serás la mayor de los hermanos. Zeus intentará protegerte, pero no sabrá cómo porque sólo es un niño. Tú ya no serás una niña, no por siempre. No por siempre.

Esa tarde de confianzas, balanceándose padre e hija en el columpio, habían observado cómo Migdalia, la madre, caminaba de aquí a allá en el interior de la casa, sonriéndoles a ratos y preparando la comida.

—Tu madre no lo dirá nunca, pero eres su preferida —le dijo su padre. Zenyazen enmudeció.

—Dicen que las madres prefieren a los hijos y los padres a las niñas. Lo cierto es que tu madre te prefiere a ti.

Zeus comenzó a hablarle, sacándola de su recuerdo. Él seguía meciéndose en el columpio.

—Zen —le dijo—. ¿No quieres que juguemos?

Zenyazen pensó en una pregunta que sus labios fríos no se atrevieron a pronunciar.

—Ya no puedo —le contestó ella, mirándolo por un momento a través de su fleco que le ocultaba los ojos, igual que le pasaba a su padre al inclinarse para hablar con ella. Su hermano, a quien le temblaba el gesto, buscó una pista en el silencio de su hermana, porque hasta él comprendía que lo que decían sus palabras no era una respuesta sincera.

—Yo seguiré jugando entonces —dijo, y siguió meciéndose.

Escucharon a su madre, desde donde estaban. Había tomado un gancho y se había puesto a golpear las paredes. Por un momento Zeus contuvo la risa, pensando que su madre peleaba contra el muro y estaba perdiendo. Pero pronto se desvaneció esa idea. A los dos niños les pareció que la casa, así como su madre, pertenecía ya a otro mundo y habían perdido a sus padres en el proceso. Zenyazen fue la primera en pensarlo, y Zeus le siguió.

—Mamá no podrá alcanzarnos —le dijo él.

—No necesita alcanzarnos —repuso su hermana.

Zenyazen se sentó en el columpio de al lado, donde solía jugar con su padre, aunque en realidad, más que jugar, hablaban o permanecían sentados por largas horas en silencio.

Al oír llorar a su madre, Zenyazen recordó las lágrimas de su padre, su cabello castaño y descuidado y su gesto cadavérico, como si la luz que caía al jardín omitiera su existencia y las sombras fueran parte natural de su piel.

—Tu hermano es más débil que tú —le dijo su padre—. Tu hermano aún no entiende la vida. Se encierra en este columpio, al aire libre, como en una burbuja. Y nada lo toca, sólo el viento, y él necesita ser tocado por la verdad. Él necesita que el mundo rompa la burbuja. Tú eres su hermana, su hermana mayor, tú debes velar por él.

Su padre cayó sobre la hierba, viendo el cielo por largo rato hasta que, ya de noche, una luz amarillenta los bañó a los dos de un modo artificial.

—Tu madre ha hecho la cena. Entra —le dijo su padre.

Pero Zenyazen se quedó acostada junto a él, con su mano tendida sobre el pecho de quien le había dado la vida; sintiendo su respiración lenta, a ratos incluso inexistente, y pensando en qué veía éste en el cielo que lo encontraba tan confortable.

—Zeus —le dijo Zenyazen. Llegó hasta el árbol y vio la preocupación colándose como años sobre la piel en el joven rostro de su hermano—. Mamá ha perdido la cabeza. Mamá ya no es mamá.

—¿Cómo que mamá ya no es mamá?

—Mamá ya no podrá ser mamá —le repitió—. Mamá no podrá reponerse. Ya no tenemos madre, Zeus.

Su hermano apretó con fuerza las cadenas del columpio y retorció su cuello presa de un dolor que le crecía desde el estómago. Lo invadió de pronto el deseo de que su madre saliera en su auxilio y le dijera que no iría mañana ni nunca a la escuela, que todo estaba bien y que lo dejaría jugar en paz en el jardín.

—¿Es mi culpa? —preguntó Zeus, y Zenyazen supo que su padre tenía razón. Aun ahí, en pleno caos, él no era capaz de comprender lo que estaba pasando.

—¿Qué?

—Yo lancé un rayo. ¿No lo oíste estallar? Mamá grita como si se estuviera muriendo.

Había sido el estruendo el que los había despertado, pero no había sido Zeus el que lo provocó.

—No, mamá no se está muriendo —inquirió ella—, pero lo hará, Zeus. Lo hará.

Él nunca la había escuchado hablar así. No solían conversar en la escuela, pues ella era cuatro años mayor que él. Todos reconocían el parentesco por los ojos grises, iguales a los de Migdalia, y el cabello castaño, como Agustín. Por otro lado, era fácil reconocerlos como hermanos sin verlos siquiera; con oír sus nombres bastaba. Ambos llevaban nombres extraños que el resto de los compañeros no dudaba en señalar, igual que como habían señalado a la pequeña Mariana por su madre.

Pero ellos no eran Mariana.

Zeus ignoraba a los otros, escapando y colgándose de la rama de un árbol que estaba junto al muro trasero de la escuela. La copa del árbol era su Olimpo y no había nadie ahí que gobernara sobre él. Zenyazen, en cambio, permanecía callada escuchando atenta lo que decían sobre ella. Caminaba o comía tan calmada que a veces parecía que no estaba haciendo nada.

Algunos creían que era fría, y temiendo que su locura fuera incluso peor que la de Mariana, la dejaban en paz. No fuera a ser que también les clavara lápices en los ojos.

—Quizá —le dijo una mañana a Gabriel, un compañero suyo, cuando éste entró al baño de niños. Zenyazen lo esperaba detrás de la puerta, pegada a la pared.

—¿Qué quieres? —le preguntó el niño.

Gabriel lo había olvidado ya, pero se había reído de ella horas antes. Había dicho que no podía colapsar como Mariana porque ella ya estaba loca.

—No se puede joder lo jodido —fueron sus palabras.

—Quizá ahora —le dijo Zenyazen.

Luego de verla ahí de pie con sus ojos grises en la esquina del baño, lejos de la luz, con sus brazos delgados y cenizos, Gabriel pensó que podría derribarla sin problemas, que daba lo mismo que su compañera estuviera loca, él era más fuerte. Un golpe bastará, pensó. Pero Agustín había enseñado a Zenyazen a resistir los golpes de la vida.

Cuando Migdalia no estaba, Agustín tomaba una caja escondida en el clóset de su habitación, la abría despacio y hurgaba entre un montón de objetos brillantes y oscuros que Zenyazen no reconocía. Todos excepto uno, que era el que su padre siempre utilizaba con ella. Era negro, no muy largo. Eventualmente sus pantorrillas aprendieron a conocer el mismo látigo que su estómago y su espalda asociaban al amor de su padre.

—El mundo es muy duro, Zenyazen. Tú serás la adulta de la familia. —Ella escuchaba cómo el látigo le hablaba en su lugar. Su padre se expresaba mejor con el látigo—. No puedes dejar que te hagan nada. Tú sobrevivirás.

Luego de decirle eso le propinaba los golpes, uno tras otro, sin la menor expresión de placer. Su padre no lo disfrutaba.

Cuando Gabriel intentó apartarla de su camino, ella se pegó a la puerta. Lo vio con sus ojos fríos. Gabriel le tuvo miedo. La empujó entonces, tumbándola contra el suelo. El sonido de su caída les resultó reconfortante a los dos.

Zenyazen soportó, en silencio, inmutable.

—Estás loca —le dijo.

—¿Tan pronto terminaste?

Gabriel siguió empujándola hasta que ya no pudo más, hasta que no soportó su rostro gris y su voz de látigo, cuando tuvo más miedo de su presencia que de lo que podrían hacer con él si lo descubrían haciéndole daño. A puño limpio, con sus manos diminutas de niño, le

propinó un golpe en la cara. Ella comenzó a reír y él le propinó otro, y otro más. Le dio en el estómago y le dio en las piernas y le dio donde pudo, porque para Gabriel, igual que para el padre de ella, un golpe no era y no podría ser suficiente. Ella lo resistía todo.

Cuando vio que tenía sangre en los nudillos tiró los brazos al suelo.

—¿Qué eres? —le preguntó, con el pecho respirando de prisa, como si ya hubiera huido de ahí, como si siguiera huyendo. El niño lloraba. Para él, Zenyazen era un monstruo.

Ella no alcanzó a responderle, porque alguien abrió la puerta. Lo que los directivos vieron fue a un niño sobre una niña que sangraba.

Migdalia se preocupó al ver la cantidad de golpes que tenía y demandó a la escuela, alegando que aquello no era sino el signo de un abuso que se había mantenido por largas temporadas.

—Esos moretes —le dijo, señalando sus pantorrillas—. No puede ser que usted crea que se los ha hecho con una vez. A mi hija, a mi niña, la ha golpeado un niño. Un niño, directora. ¿Qué no piensan hacer nada? Voy a demandarlos a ustedes, a sus padres, a toda la escuela. Haga algo, por el amor de Dios. Haga algo.

A Zenyazen no le sorprendió que su madre hablara de Dios.

Cada fin de semana insistía en que debían ir al templo, hincarse en los asientos de madera y rezar, rezar como si al hacerlo pudieran iluminar el mundo. Como si Dios pudiera iluminar el rostro de su padre.

—Cierra los ojos —le dijo Migdalia—. Mientras rezas, es importante que cierres los ojos.

—¿Por qué? —le preguntó Zenyazen, entre curiosa y aburrida.

—Dios puede ver tus ojos sólo cuando los apartas del resto, cuando se los dedicas sólo a él. Así que los cierras para volver a ti y así Dios te observa, con total claridad.

Al salir de la iglesia, Zeus extendiendo sus manos como si fuera un avión que tiembla en el cielo, Zenyazen se acercó a su madre y con gesto helado le preguntó:

—¿Y si no quiero que Dios me mire?

Migdalia se inclinó de inmediato.

—¿Por qué dices esas cosas, Zen? ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo me lo pregunto. ¿Qué pasa si no quiero que Dios me mire?

Migdalia dio un hondo suspiro. No supo qué más decir.

Zenyazen notó que su madre sólo tenía los ojos puestos en su ex-

presión, como Dios, acaso, esperando que cerrara sus ojos en arrepentimiento por su rechazo. El diablo andaba por ahí en todas partes y no debía tocar sus pupilas.

—No quiero que vea lo que hay en mí —dijo sin más, se encogió de hombros y siguió caminando. Por primera vez en mucho tiempo, Zenyazen alcanzó a su hermano y comenzó a jugar con él como si fuera otro avión en medio de una guerra, siguiéndolo con una metralleta. Migdalia sólo pudo escuchar, mientras ambos niños se alejaban hasta la esquina, el sonido que hacía su hija simulando disparos—. Bang, bang, bang.

Pero esa noche no jugaban a los aviones. Ellos se apartaron de su madre que, de repente notaron, los observaba desde la ventana, a oscuras como los vecinos.

—¿Ésa es mamá? —le preguntó Zeus, atento a su madre ausente—. Mamá estará bien —dijo para sí y se bajó del columpio. Corrió en círculos, desviando la mirada hacia su madre esperando que los alcanzara.

Ella solía abrazarlo, apretar a Zeus contra su pecho siempre caliente.

Él podía recordar cómo los mechones de su madre caían hasta su propia cara, cuando más pequeño, mientras los tomaba con la punta de sus dedos diminutos, igual que a los rayos que lanzaba jugando.

Zenyazen se encogió de hombros. Zeus no la vio.

—Sí, es mamá —contestó.

Cuando Zeus se cansó de girar, se tiró al suelo como Agustín por las noches, cuando la luna los observaba como el ojo de Dios, de un dios que no se parecía en nada a ése por quien lo habían nombrado a él, que creaba tormentas, que tenía forma, un cuerpo, rostro humano; en su lugar, el ojo los miraba sin cuerpo y sin clemencia, y la expresión de su frialdad le recordó a Zeus el gesto de su propia hermana.

Ella, de pie a unos pasos, comenzó a subir al árbol junto al columpio.

Él la siguió, poniéndose en pie a prisa, subiendo por otra de las ramas.

—¿No dijiste que no querías jugar?

—No estoy jugando —le dijo ella, subiendo con cuidado por las ramas—. Desde aquí ella no puede vernos. Sólo somos una sombra.

—¿Estamos jugando con mamá a las escondidas?

Ambos voltearon a verse. Zeus no era tan inocente, la burbuja se había roto en algún punto de esa noche y sabía, aunque le pesaba admitirlo, que su hermana tenía razón y ya no habría juegos para ningun-

no, como si ya sólo le quedara esa noche, antes de que su madre y su locura los alcanzaran.

Zeus pensó en un sueño que era más bien un recuerdo, en el que su madre lo arrebató de los brazos de su padre, un padre que, al mirarlo, no soportaba ver a su hijo y le desviaba la mirada. Zeus no lo sabía, pero Agustín pensaba, con la seguridad de quien conoce el futuro, como un dios, que su hijo moriría presa de su incapacidad de crecer. No vería venir su fin ni aunque lo tuviera bajo sus pies. Zenyazen, en cambio, sí era fuerte. Agustín se había asegurado de que lo fuera.

—¿Y papá? —preguntó al fin Zeus, mirando hacia la luna, escondida entre las hojas. Su hermana se admiró de que no lo hubiese preguntado antes.

—Espera —le dijo—. Ahí viene.

Migdalia llegó hasta la puerta del patio e intentó abrirla, pateando la manija y golpeándola con una silla.

—¿No vas a abrirle?

—No.

—¿Por qué no?

Zenyazen miró a su madre, una araña encerrada en un vaso cuyo oxígeno se agotaría. Sin importar cuánto lo intentaba, la puerta no cedía a su deseo por alcanzar a sus hijos. Sus brazos delgados luchaban en vano.

—Ábreme —le gritó a su hija, que fingió no escucharla.

Desesperada, acabó golpeando el cristal de la puerta hasta hacerle un agujero. Pasó su mano al otro lado, cortándose mientras giraba la manija. Sintió la rasgadura apenas un momento, el calor brotando de ella.

—No te muevas —le dijo Zenyazen a su hermano. Se bajó del árbol y se acercó hasta la mitad del jardín.

—Zen —dijo su madre, incapaz de alcanzar a sus hijos—. ¿Zenyazen? ¿Dónde está tu hermano?

—Papá está muerto. Ya lo sé.

—Tu papá...

—Te dije que ya lo sé —repitió, y se cruzó de brazos.

Migdalia se acercó a tientas, trastabillando y quitándose el cabello de la frente, secando sus lágrimas con las manos ensangrentadas.

—Tu papá está con Dios —apuntó hacia el cielo con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, pero el ojo la miraba a ella también aunque no lo notara, y su peso cayó sobre ella.

—Papá irá al infierno —le dijo—. Él tampoco quiso ver a Dios.

—¡No digas tonterías! —gritó Migdalia, hincada frente a ella. Los ojos de Zenyazen eran tan inclementes como la luna—. Ven, hija. —No podía ocultar que sangraba, que se había llenado la frente y que sus muñecas también perdían contra el peso del plomo—. Cierra los ojos y abrázame.

Se había caído al suelo, presa de la debilidad. Se sentía tan exhausta como al parir. En otro contexto, habría parecido que rezaba.

—Él no dejó que Dios lo viera.

Otro estallido. Esta vez en el cielo. Zeus comenzó a reírse.

—¡Relámpagos! —gritó eufórico, viendo cómo el cielo se partía en pedazos. Zenyazen miró hacia arriba. A ella le pareció que la luna parpadeaba.

Migdalia intentó ubicar de dónde provenía la voz, pero el estallido del trueno la había silenciado.

—Tu padre no irá al infierno. Fue un accidente. Él no quiso.

—Él lo quiso —repuso Zenyazen, simulando que sus manos eran parte de un avión otra vez—. *Bang*.

Zeus, que miraba a las dos desde el árbol, no comprendía qué se estaban diciendo, pero supo que debía bajar. Había subido muy alto. Nunca subió tan alto, porque su madre lo vigilaba siempre, o su padre, que con reprobación y frialdad lo hacía descender apenas se colgaba de una rama. Incluso en la escuela lo reprendían, aunque él insistía en seguir jugando en el Olimpo. El pequeño tanteó sus pasos, pero era tan oscura la noche.

—Ven acá, entra a la casa conmigo —le dijo Migdalia, primero a su hija y luego a su hijo—. Vengan los dos. Debemos estar juntos.

—¡Mamá! —gritaba Zeus, meciéndose en la rama.

La lluvia comenzaba a caer de golpe y ya no había forma de escuchar sus gritos.

—Yo no te necesito —afirmó Zenyazen, pensando en los golpes que le había dado la vida. Soportaría la muerte de su padre como un latigazo cualquiera.

—Zeus —gritó la madre—. Ven acá. Zeus...

Él se apresuró a bajar y al hacerlo su pie se colgó de una de las ramas. Se quedó atorado. Parecía que el árbol lo sujetaba del pie con la punta de sus ramitas. Parecía un columpio.

—¡Zeus!

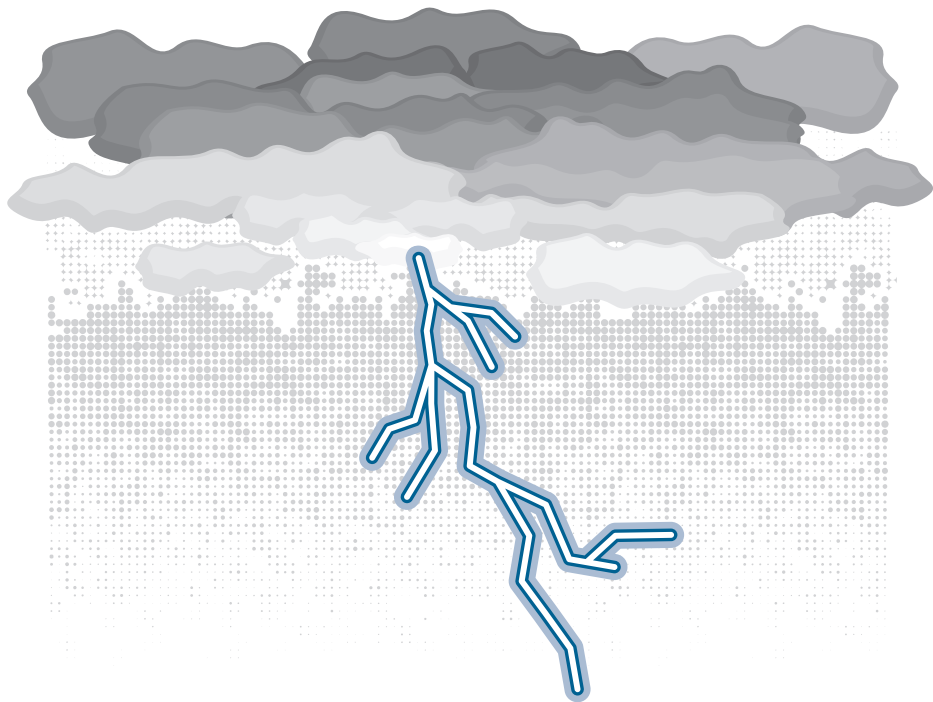
—¡Mamá!

Zeus cayó hasta el suelo, de cabeza, al romperse la rama, y era tal el tormento de la noche que un ligero chasquido no llegó a los oídos de ambas.

—Hijo —dijo Migdalia ya sin fuerzas. Se limpió el sudor, dejando una estela de sangre sobre sus ojos. Se obligó a andar a tientas, ciega, buscando a su hijo—. Zeus —repitió, confundiendo la humedad de sus propias muñecas con la del jardín y la que venía del cielo. Siguió arrastrándose hasta hallar a su hijo, tendido como un bulto de hojas secas que se deshacían por la lluvia.

Zenyazen permaneció de pie observando, girándose para ver pasar a su madre que apenas llegó al árbol acarició a su hermano y se sumió en un grito.

La lluvia se partía en los ojos de Zeus. Siempre grises. La luna, la sangre y Dios podían verse en ellos ●



Oda a Fernando Pessoa

RICARDO PIVA

La radio toca Stravinsky para hombres sordos y yo reconstruyo en mi
[imaginación
tu vida triste transcurrida en Lisboa.
Oh Maestro de la plenitud de la Vida cabalgada en Emociones,
¡Yo y mis amigos te aclamamos!
¿Dónde estarás sintiendo ahora?
Yo te llamo desde el medio de la multitud con mi voz arrebatada,
A ti, que eres también Caeiro, Reis, Tú mismo, pero es como Campos que
[voy a
aclamarte, y sé que no te resentirás por eso.
Quiero ofrecerte el palpitar de mis días y noches,
A ti, que oíste todo cuanto atravesó el universo,

ODE A FERNANDO PESSOA

O rádio toca Stravinsky para homens surdos e eu recomponho na
minha imaginação / a tua vida triste passada em Lisboa. / Ó Mestre
da plenitude da Vida cavalgada em Emoções, / Eu e meus amigos te
saudamos! / Onde estarás sentindo agora? / Eu te chamo do meio da
multidão com minha voz arrebatada, / A ti, que és também Caeiro,
Reis, Tu-mesmo, mas é como Campos que vou / saudar-te, e sei que
não ficarás sentido por isso. / Quero oferecer-te o palpitar dos meus
dias e noites, / A ti, que escutaste tudo quanto se passou no universo,
/ Grande Aventureiro do Desconhecido, o canto que me ensinaste foi
de libertação. / Quando leio teus poemas, alastra-se pela minh'alma
dentro um comichão de / saudade da Grande Vida, / a Grande Vida

Gran Aventurero de lo Desconocido, el canto que me enseñaste fue de
[liberación.

Cuando leo tus poemas, se propaga por mi alma adentro un prurito de
nostalgia de la Gran Vida,

De la Gran Vida golpeada por el sol de los trópicos,

De la Gran Vida de aventuras marítimas salpicada de crímenes,

De la gran vida de los piratas, Césares del Mar Antigo.

Tus poemas son gritos alegres de Posesión,

Vibración nacida con el Mundo, diálogos continuos con la Muerte,

Amor hecho a la fuerza con toda la Tierra.

Siempre llevo tus poemas en el alma y todos mis amigos hacen lo mismo.

Sé que no sufres físicamente por los que están enfermos de Nostalgia,

[pero de

Madrugada, cuando exhaustos nos sentamos en las plazas, Tú estás

[con nosotros —bien

lo sé— y te respiramos en la brisa.

Quiero que compartas con nosotros las orgías de la media noche,

[queremos ser

para ti más que para el resto del mundo.

Fernando Pessoa, Gran Maestro, ¿en qué dirección apunta tu locura esta

[noche?

¿Qué paisajes son estos?

¿Quiénes son estos descabellados con gestos de bailarines?

batida de sol dos trópicos, / a Grande Vida de aventuras marítimas
salpicada de crimes, / Da Grande Vida dos piratas, Césares do Mar
Antigo. / Teus poemas são gritos alegres de Posse, / Vibração nascida
com o Mundo, diálogos contínuos com a Morte, / Amor feito a
força com toda Terra. // Sempre levo teus poemas na alma e todos
os meus amigos fazem o mesmo. / Sei que não sofres fisicamente
pelos que estão doentes de Saudade, mas de / Madrugada, quando
exhaustos nos sentamos nas praças, Tu estás conosco, eu / sei disso,
e te respiramos na brisa. / Quero que venhas compartilhar conosco
as orgias da meia-noite, queremos ser / para ti mais do que para o
resto do mundo. / Fernando Pessoa, Grande Mestre, em que direção
aponta tua loucura esta noite? / Que paisagens são estas? / Quem são
estes descabelados com gestos de bailarinos? // Vamos, o subúrbio da

Vamos, el suburbio de la ciudad espera nuestra aventura,
Las jóvenes ya abandonaron el sueño de las familias,
Adolescentes iletrados nos esperan en los parques.
Vamos con el viento en los follajes, por los planetas, cabalgando
[luciérnagas ciegas
hasta el Infinito.
Nosotros, tenebrosos vagabundos de São Paulo, te ofrendamos en el
[incensario a una
bacanal en espuma y furia.
Quiero profanar todas las superficies y todos los hombres de la superficie,
Vivamos más allá de la burguesía triste que domina mi país alegremente
Antropófago.
Todos los desconocidos se acercan a nosotros.
Ah, juntos demos vueltas por la ciudad, no importa lo que hagas o quién
[seas, yo te
abrazo, ¡vamos!
Alimentar el resto de la vida con una hora de locura, mandar a la mierda
[todos los
deberes, patear a los curas cuando pasemos delante de ellos en las
[calles, amar a los
pederastas por el simple placer de traicionarlos luego,
Amar libremente mujeres, adolescentes, desobedecer integralmente una
[orden

cidade espera nossa aventura, / As meninas já abandonaram o sono das famílias, / Adolescentes iletrados nos esperam nos parques. / Vamos com o vento nas folhagens, pelos planetas, cavalgando vaga-lumes cegos / até o Infinito. / Nós, tenebrosos vagabundos de São Paulo, te ofertamos em turíbulo para uma / bacanal em espuma e fúria. / Quero violar todas as superfícies e todos os homens da superfície, / Vamos viver para além da burguesia triste que domina meu país alegremente / Antropófago. / Todos os desconhecidos se aproximam de nós. / Ah, vamos girar juntos pela cidade, não importa o que faça ou quem seja, eu te / abraço, vamos! / Alimentar o resto da vida com uma hora de loucura, mandar à merda todos os / deveres, chutar os padres quando passarmos por eles nas ruas, amar os / pederastas pelo simples prazer de traí-los depois, / Amar livremente mulheres,

por cumplir, en una orgía insaciable e insaciada de todos los
 [propósitos-
 Sombra.
 En mí y en Ti todos los ritmos del alma humana, todas las risas, todas las
 [miradas,
 todos los pasos, los crímenes, las fugas,
 Todos los éxtasis sentidos de una vez,
 Todas las vidas vividas en un minuto Completo y Eterno,
 Yo y Tú, ¡Toda la Vida!
 Fernando, leamos a Kierkegaard y Nietzsche en el Jardín Trianon por la
 [mañana,
 mientras los niños juegan al lado, en el columpio.
 Recorramos los callejones del centro los domingos cuando toda la gente
 [decente
 duerme y solo adolescentes ebrios y putas se encuentran en la noche.
 Tú, todos los niños vivaces y soñolientos,
 Caricia obscena que el jovencito de ojeras hizo al compañero de clase y el
 profesor no ve;
 Tú, el Inmenso, latitud-longitud, Portugal África Brasil Angola Lisboa São
 Paulo y el resto del mundo
 Abrazado con Sá-Carneiro por la Rua do Ouro de arriba, tomado de las
 [manos con Mario
 de Andrade en el Largo do Arouche.

adolescentes, desobedecer integralmente uma ordem / por cumprir,
 numa orgia insaciável e insaciada de todos os propósitos— // Sombra.
 / Em mim e em Ti todos os ritmos da alma humana, todos os risos,
 todos os olhares, // todos os passos, os crimes, as fugas, / Todos os
 êxtases sentidos de uma vez, / Todas as vidas vividas num minuto
 Completo e Eterno, / Eu e Tu, Toda a Vida! / Fernando, vamos ler
 Kierkegaard e Nietzsche no Jardim Trianon pela manhã, / enquanto
 as crianças brincam na gangorra ao lado. / Vamos percorrer as vielas
 do centro aos domingos quando toda a gente decente / dorme, e só
 adolescentes bêbados e putas encontram-se na noite. / Tu, todas as
 crianças vivazes e sonolentas, / Carícia obscena que o rapazito de
 olheiras fez ao companheiro de classe e o / professor não vê; / Tu, o
 Ampliado, latitude-longitude, Portugal África Brasil Angola Lisboa

Tú, el rumor de los planaltos, tumulto del tráfico en la hora del *rush*,
[repique de las
campanas de São Bento, hora triste del atardecer visto desde el
[Viaduto do Chá,
Susurro tus poemas al oído de Brasil, adolescente moreno que enarbola
cometas en América.
Veamos la luz de la Aurora chispeando en las ventanas de los edificios,
[escurriéndose por las
aguas del Amazonas, golpeándose de frente en la caatinga
[nordestina, debruándose
en el Corcovado,
Oigamos la bossa-nova recostados en la palma de la mano del Cristo y la
[batucada que proviene
directamente del corazón del cerro.
Tú, la salvaje inocencia en los besos de los que se aman,
Tú, el no partidario, el repentino, el libre.
Ahora, ven conmigo al Bar, y beberemos de todo sin pagar nada nunca,
Vamos al Bras a beber vino y a comer pizza en Lucas, para después
[vomitarlo
todo desde arriba del puente,
Ven conmigo, yo te mostraré todo: el Largo do Arouche por la tarde, el
[Jardim da Luz

São / Paulo e o resto do mundo, / Abraçado com Sá-Carneiro pela Rua
do Ouro acima, de mãos dadas com Mário / de Andrade no Largo do
Arouche. / Tu, o rumor dos planaltos, tumulto do tráfego na hora do
rush, repique dos / sinos de São Bento, hora tristonha do entardecer
visto do Viaduto do Chá, / Digo em sussurro teus poemas ao ouvido
do Brasil, adolescente moreno empinando / papagaios na América.
/ Vamos ver a luz da Aurora chispando nas janelas dos edifícios,
escorrendo pelas / águas do Amazonas, batendo em chapa na caatinga
nordestina, debruçando / no Corcovado, / Ouçamos a bossa-nova
deitados na palma da mão do Cristo e a batucada vinda / diretamente
do coração do morro. / Tu, a selvagem inocência nos beijos dos que se
amam, / Tu, o desengajado, o repentino, o livre. / Agora, vem comigo
ao Bar, e beberemos de tudo nunca passando pela caixa, / Vamos ao

por la mañana, veremos los tranvías bamboleándose en los rieles de la
Avenida,
asaltaremos el Fasano, iremos a ver «las luces de Cambuci en las noches
[del crimen»,
donde está la joven-adolescente violada por nosotros en un día de Lluvia
[y Tedio,
No te llevaré a Paissandu para que no despertemos el sexo de Mário de
Andrade
(¡ay de nosotros si él despierta!),
Pero respiremos la Noche desde lo alto de la Serra do Mar: quiero ver las
estrellas reflejadas
en tus ojos.
Sobre los niños que duermen, tus palabras duermen; yo me acerco a ellos y
les doy un beso familiar en la mejilla derecha.
Tu canto para mí fue música de redención,
Para todo y todos la recíproca atracción de Alma y Cuerpo.
Dulce intermediario entre nosotros y mi manera preferida de pecar.
Descartes tomando baño maría, pienso, luego miento, en la ciudad
[futura, industrial
e inútil.
Mundo, fruto que maduró en mis brazos arqueados de envolverte,
Resumiré para Ti mi historia:
Vengo a empellones por los siglos,

Brás beber vinho e comer pizza no Lucas, para depois vomitarmos /
tudo de cima da ponte, / Vem comigo, eu te mostrarei tudo: o Largo
do Arouche à tarde, o Jardim da Luz / pela manhã, veremos os bondes
gingando nos trilhos da Avenida, / assaltaremos o Fasano, iremos ver
«as luzes do Cambuci pelas noites de crime», / onde está a menina-
moça violada por nós num dia de Chuva e Tédio, / Não te levarei ao
Paissandu para não acordarmos o sexo do Mário de Andrade / (ai de
nós se ele desperta!), / Mas vamos respirar a Noite do alto da Serra
do Mar: quero ver as estrelas refletidas / em teus olhos. / Sobre as
crianças que dormem, tuas palavras dormem; eu deles me aproximo e
/ dou-lhes um beijo familiar na face direita. / Teu canto para mim foi
música de redenção, / Para tudo e todos a recíproca atração de Alma
e Corpo. / Doce intermediário entre nós e a minha maneira predileta

Encarno a todos los fuera de la ley y a todos los desequilibrados,
No existe un pirañita preso por robo y ningún loco sexual que yo
no siga para ser juzgado y condenado;
Desconozco el examen de conciencia, nunca tuve remordimientos, soy
[como un lobo
disonante en los confines de Dios.
Los que me aman bailan en las sepulturas.
Desde la ventana abierta contemplo las estrellas diseminadas en el cielo;
[¿dónde estás, Maestro Fernando?
¿Fuiste a llevarles la desobediencia a los aplicados niños del Jardim
América?
¿Le das un lirio a quien huya de casa?
Gran subversivo, ¿no es cierto?

Vamos al norte a amar las cosas divinamente toscas.
Vamos allá, Fernando, a bailar maxixe en Bahía y a beber cerveza hasta
[caer con un
estrépito sordo en el centro de la Cidade Baixa.
¿Sabes que hay más vida en un callejón de Bahía o en un cerro carioca
[que en
toda São Paulo?
São Paulo, ciudad mía, ¿hasta cuándo serás el convento de Brasil?
Hasta tus comunistas son más puritanos que los curas.

de pecar. / Descartes tomando banho-maria, penso, logo minto, na
cidade futura, industrial / e inútil. / Mundo, fruto amadurecido em
meus braços arqueados de te embalar, / Resumirei para Ti a minha
história: / Venho aos trambolhões pelos séculos, / Encarno todos os
fora-da-lei e todos os desajustados, / Não existe um gângster juvenil
preso por roubo e nenhum louco sexual que eu / não acompanhe
para ser julgado e condenado; / Desconheço exame de consciência,
nunca tive remorsos, sou como um lobo / dissonante nas lonjuras de
Deus. / Os que me amam dançam nas sepulturas. / Da vidraça aberta
olho as estrelas disseminadas no céu; onde estás, Mestre Fernando? /
Foste levar a desobediência aos aplicados meninos do Jardim América?
/ Dás um lírio para quem fugir de casa? / Grande indisciplinado, é
verdade? // Vamos ao norte amar as coisas divinamente rudes. / Vamos

Pardos burócratas de São Paulo, ¿huiremos a las playas?
 Oh ciudad de las sempiternas monotonías, ¿cuándo te partirás por la
 [mitad?
 Quiero escupir en el ojo de tu Gobernador y quemar los troncos
 [medrosos de la floresta
 humana.
 Oh Facultad de Derecho, ¡antro de cabalgaduras elocuentes de la
 [masturbación transferida!
 Oh juventud sofocada en las Iglesias, ¡vamos al aire puro de las mañanas
 [de setiembre!
 Oh mayor parque industrial de Brasil, ¿cuándo limpiaré mi culo en ti?
 Horno de mi Tedio transbordando hasta el Espasmo.
 ¡Horda de salvajes galopando mi rabia!
 Sé que no hay horizontes para mi inquietud sin nexo,
 ¡No me limiten, mercaderes!
 ¡Quiero estar libre en medio del Diluvio!
 ¡Quiero beber todos los delirios y todas las locuras, con más profundidad
 [que
 cualquier Dios!
 ¡Fuera, vigilancia familiar del alma de los fuertes: yo quiero ser
 como un rayo para ustedes!
 ¡Violencia sincopada de todos los *boxeurs*!
 Brasileira do Chiado en días de embriaguez de absentia.
 Conjunto de todas las náuseas de la vida llevada en caricias de Infinito.

lá, Fernando, dançar maxixe na Bahia e beber cerveja até cair com
 um / baque surdo no centro da Cidade Baixa. / Sabes que há mais vida
 num beco da Bahia ou num morro carioca do que em / toda São Paulo?
 / São Paulo, cidade minha, até quando serás o convento do Brasil?
 / Até teus comunistas são mais puritanos do que padres. / Pardos
 burocratas de São Paulo, vamos fugir para as praias? / Ó cidade das
 sempiternas mesmices, quando te racharás ao meio? / Quero cuspir no
 olho do teu Governador e queimar os troncos medrosos da floresta /
 humana. / Ó Faculdade de Direito, antro de cavalgaduras eloqüentes
 da masturbação transferida! / Ó mocidade sufocada nas Igrejas, vamos
 ao ar puro das manhãs de setembro! / Ó maior parque industrial
 do Brasil, quando limperei minha bunda em ti? / Fornalha do meu

Todo duele en tu alma, Nando, todo te penetra, y yo siento contigo el
[íntimo tedio
de todo.
Haré realidad todos tus poemas, imaginando cómo yo sería feliz si
[pudiese estar
contigo y ser tu Sombra.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE MANUEL BARRÓS.

Tédio transbordando até o Espasmo. / Horda de bugres galopando a minha raiva! / Sei que não há horizontes para a minha inquietação sem nexo, / Não me limitem, mercadores! / Quero estar livre no meio do Dilúvio! / Quero beber todos os delírios e todas as loucuras, mais profundamente que / qualquer Deus! / Põe-te daqui para fora, policiamento familiar da alma dos fortes: eu quero ser / como um raio para vós! / Violência sincopada de todos os *boxeurs*! / Brasileira do Chiado em dias de porre de absinto. / Arcabouço de todas as náuseas da vida levada em carícias de Infinito. / Tudo dói na tua alma, Nando, tudo te penetra, e eu sinto contigo o íntimo tédio / de tudo. / Realizarei todos os teus poemas, imaginando como eu seria feliz se pudesse estar / contigo e ser tua Sombra

Carlos Vicente CASTRO

HE OÍDO DE ALGUIEN LLAMADO POL POT

Me persiguen por laberintos de cuchillos,
cuando sueño, en estados alterados,
por rincones inesperados, de manera virtual
y concreta. Me persiguen tal moscas a la sopa,
los viernes por la noche, de madrugada,
en lecturas de poesía con sillas vacías,
en mensajes de texto de circulación anónima,
me persiguen en las cenas familiares,
en aquello que callan, en voz baja y sin rostro,
me persiguen en trenes de aire, bajo lluvia ácida,
con fuego de relojes, usando máscaras amables
y asesinas, me persiguen para cortarme
mil veces la cabeza.

No soy

No tengo música en qué caerme muerto,
no tengo ni siquiera muertos que no lamente,
no tengo lamentos que duren porque son aburridos:
a veces quisiera ahogarme en un vaso de agua,
morir asfixiado con palabras que salieran de mi boca
como peces que huyen. A veces no quisiera,
hoy por ejemplo, más que flotar hasta salir
por la ventana y desaparecer como un globo de helio
entre nubes y aves extrañadas. A veces, hoy,
tan sólo espero dormir, dejar de escuchar el ruido
de mi cerebro, los alacranes que me rondan.
No soy yo el que se levanta cada día de su rutina
y mira los reflejos en la televisión apagada.

STÉPHANE MALLARMÉ

BRINDIS

Nada, esta espuma, verso virgen
Que basta a señalar la copa;
Tal se zambulle lejos cola
En alto un banco de sirenas.

Navegando, oh mis amigos
Diversos, conmigo ya en popa,
Vos la fastuosa proa que hiende
Pleamar de rayos e inviernos.

Una grata embriaguez me anima
Sin temor siquiera a su arfada
A dirigir de pie este brindis

Soledad, arrecife, estrella
A todo lo que sea digno
Del blanco afán de nuestra vela.

SALUT

Rien, cette écume, vierge vers / A ne désigner que la coupe ; / Telle
loin se noie une troupe / De sirènes mainte à l'envers. // Nous
naviguons, ô mes divers / Amis, moi déjà sur la poupe / Vous l'avant

BRISA MARINA

Qué triste ¡ay! es la carne y todo lo he leído.
¡Huir, huir lejos! ¡Presiento que ebrios están los pájaros
De errar entre la incierta espuma y el firmamento!
Nada, ni esos jardines viejos que luce el ojo,
Retendrá al corazón empapado del piélago.
¡Noches! Ni el resplandor desierto de mi lámpara
Sobre el limpio papel que defiende su albura,
Ni la joven mujer que amamanta a su hijo.
¡Yo zarparé! Vapor de aparejo en vaivén...
¡Leva anclas con destino a exóticas regiones!
Un Tedio, entristecido por crueles esperanzas,
¡Aún cree en el supremo adiós de los pañuelos!
Y acaso el aparejo, que al temporal incita,
Sea de esos que un viento vira hacia los naufragios
Perdidos, ya sin mástiles, ni fértiles islotes...
¡Pero oye, corazón, cantar los marineros!

fastueux qui coupe / Le flot de foudres et d'hivers ; // Une ivresse
belle m'engage / Sans craindre même son tangage / De porter
debout ce salut // Solitude, récif, étoile / A n'importe ce qui valut /
Le blanc souci de notre toile.

BRISE MARINE

La chair est triste, hélas ! et j'ai lu tous les livres. / Fuir ! là-bas
fuir ! Je sens que des oiseaux sont ivres / D'être parmi l'écume
inconnue et les cieux ! / Rien, ni les vieux jardins reflétés par
les yeux / Ne retiendra ce coeur qui dans la mer se trempe / Ô
nuits ! ni la clarté déserte de ma lampe / Sur le vide papier que
la blancheur défend / Et ni la jeune femme allaitant son enfant. /
Je partirai ! Steamer balançant ta mâture, / Lève l'ancre pour une
exotique nature ! / Un Ennui, désolé par les cruels espoirs, / Croit
encore à l'adieu suprême des mouchoirs ! / Et, peut-être, les mâts,
invitant les orages, / Sont-ils de ceux qu'un vent penche sur les

APARICIÓN

La luna entristecía. Llorosos serafines
Soñando entre la calma de vaporosas flores,
Arco en mano, arrancaban de violas agonizantes
Fluentes sollozos blancos sobre azules corolas.

— Era el día bendito de tu beso primero.
Mi ensoñación, amante fiel de martirizarme,
Se embriagaba hábilmente de un aroma a tristeza
Que, incluso sin mostrar queja o disgusto, ofrece

La cosecha de un Sueño al alma que la siega.
Yo iba errante, la vista fija en añoso suelo,
Cuando, luciendo el sol de la tarde en el pelo
En una calle, riendo te me apareciste.
Creí ver en ti el hada aquella de tocado rutilante,
Que antaño por mis sueños de niño
Soltaba como copos, de entre sus manos mal
Cerradas, blancos ramos de fragantes estrellas.

naufraiges / Perdus, sans mâts, sans mâts, ni fertiles îlots ... / Mais,
ô mon coeur, entends le chant des matelots ! /

APPARITION

La lune s'attristait. Des séraphins en pleurs / Rêvant, l'archet aux
doigts, dans le calme des fleurs / Vaporeuses, tiraient de mourantes
violes / De blancs sanglots glissant sur l'azur des corolles. //

— C'était le jour béni de ton premier baiser. / Ma songerie aimant
à me martyriser / S'enivrait savamment du parfum de tristesse /
Que même sans regret et sans déboire laisse // La cueillaison d'un
Rêve au coeur qui l'a cueilli. / J'errais donc, l'oeil rivé sur le pavé
vieilli / Quand avec du soleil aux cheveux, dans la rue / Et dans le
soir, tu m'es en riant apparue / Et j'ai cru voir la fée au chapeau de
clarté / Qui jadis sur mes beaux sommeils d'enfant gâté / Passait,
laissant toujours de ses mains mal fermées / Neiger de blancs
bouquets d'étoiles parfumées.

ANGUSTIA

Esta noche no vengo a domeñar tu cuerpo,
Oh bestia en la que medran los pecados de un pueblo,
Ni a ahondar la tormenta en tu melena impura
Con el tedio incurable que prodigan mis besos.

A tu lecho demando bruto dormir sin sueños
Bajo el dosel incierto de los remordimientos,
Y que disfrutes luego de tu perverso engaño;
Tú, que sobre la nada sabes más que los muertos.

Porque el Vicio, royendo mi natural nobleza,
Me marca como a ti con su esterilidad.
Pero, mientras tu seno de piedra está habitado

De un pecho refractario al resquemor del crimen,
Yo huyo, pálido, inquieto, de mi sudario obseso,
Con miedo a morir cuando me acuesto a solas.

VERSIONES DEL FRANCÉS DE JOSÉ LUIS RIVAS.

ANGOISSE

Je ne viens pas ce soir vaincre ton corps, ô bête / En qui vont les
péchés d'un peuple, ni creuser / Dans tes cheveux impurs une
triste tempête / Sous l'incurable ennui que verse mon baiser : // Je
demande à ton lit le lourd sommeil sans songes / Planant sous les
rideaux inconnus du remords, / Et que tu peux goûter après tes
noirs mensonges, / Toi qui sur le néant en sais plus que les morts. //
Car le Vice, rongéant ma native noblesse / M'a comme toi marqué
de sa stérilité, / Mais tandis que ton sein de pierre est habité // Par
un coeur que la dent d'aucun crime ne blesse, / Je fuis, pâle, défait,
hanté par mon linceul, / Ayant peur de mourir lorsque je couche
seul.

Los lobos

[fragmento]

SAMUEL ISAMU KISHI LEOPO

LUIS BRIONES MACÍAS

SOFÍA GÓMEZ CÓRDOVA

EXT. COMPLEJO DE DEPARTAMENTOS EN BISHOP —DÍA

Los numerosos y pequeños departamentos se concentran alrededor de un patio igual de solitario que la ciudad. Sólo el murmullo de los televisores, de las radios y del trajinar de los habitantes revela que alguien vive ahí.

Lucía, Max y Leo cruzan el patio.

Lucía comprueba la dirección en su cuaderno. Leo y Max observan todo con curiosidad atemorizada.

Caminan por un pasillo y llegan al departamento indicado. Lucía toca.

Se entreabre una puerta. Del departamento sale el sonido de una vieja balada ochentera vietnamita, algo así como la versión oriental de Amanda Miguel. De la puerta se asoma el Señor Pich (70), vietnamita de aspecto arisco.

LUCÍA

We... I... departamento.

El Señor Pich se le queda viendo y responde algo en vietnamita. Abre de lleno la puerta y lo descubrimos con un perrito pequeño en sus brazos. Lucía no sabe qué hacer e intenta darse a entender haciendo señas al papel con la dirección que apuntó. El Señor Pich los observa.

LUCÍA

Apartamento? Rent?

El Señor Pich extiende su mano y toma el papel. Lo observa con detenimiento y luego mira a Lucía y a los niños.

El Señor Pich sale de su casa, cierra la puerta y con señas indica que lo sigan. Lucía y los niños lo observan desconcertados. Lo siguen.

8 EXT/INT. PASILLO/DEPARTAMENTO BISHOP —DÍA

El manajo de llaves que carga el Señor Pich resuena con cada paso del anciano, mientras avanzan por un pasillo de la planta alta hasta llegar al último departamento.

CORTE A:

Un cuarto pequeño que podría ser la sala, un baño y una habitación aun más pequeña. No hay cocina. Tampoco cortinas, pero ni siquiera así entra suficiente luz.

Max y Leo lo examinan con desagrado. Lucía mira al Señor Pich con recelo.

El anciano hace la mecánica e indiferente rutina de «mostrar» el lugar. Entra, se dirige al baño y abre bien la puerta, señala hacia dentro pero no dice nada. Hace exactamente lo mismo con el cuartito. Lucía y los niños lo observan desde el mismo lugar en donde se pararon al entrar.

El Señor Pich regresa lentamente con ellos, se planta frente a Lucía y le extiende la mano. Le cobra en vietnamita.

LUCÍA

¿Cuánto?

El Señor Pich apunta en una libreta la cantidad: 400 para el depósito y otros 400 para la renta mensual. Le indica a Lucía el cuatro con los dedos de las manos.

Esa cifra no convence en absoluto a Lucía.

9 EXT. MINI SUPERMERCADO —MÁS TARDE

El sol pega muy fuerte. En la fachada de un minisúper con decoraciones mexicanas, Lucía observa un muro plagado de anuncios improvisados de todo tipo: ofertas de trabajo, servicios, renta de departamentos y habitaciones, ventas de cochera, personas y perros extraviados. Algunos de los anuncios son apenas legibles escritos a mano en hojas de cuaderno.

Lucía anota en su libreta varios teléfonos. Max observa preocupado a su madre y Leo juega arriba de un pequeño y destartado caballito mecánico. Leo simula que el caballo se mueve como si le hubieran puesto monedas.

Por la calle, uno que otro auto pasa a gran velocidad. El estacionamiento está vacío, salvo un par de vehículos.

Del brazo de Lucía cuelga una bolsa de plástico con algunas cosas que compró en el minisúper. Max se acerca a ella.

MAX

¿Me das agua?

Lucía saca de la bolsa una botella de agua y se la da a Max, para después echar un último vistazo a los anuncios y cerrar su cuaderno.

10 SECUENCIA DE MONTAJE —DEPARTAMENTOS, CUARTOS, EDIFICIOS

La familia acude a ver distintos lugares en renta.

A) Un departamento un poco más amplio. Lo recorren y encuentran que en cada habitación hay más de una familia, con espacios separados por cortinas.

B) Un cuarto diminuto con baño comunal, una fría luz parpadea. A lo lejos se escucha al vecino discutir con alguien.

C) Una casa que está ocupada en su mayoría por hombres. El lugar que rentan es un espacio junto al refrigerador.

El hombre que les da informes toma cerveza y mira de manera lujuriosa a Lucía, que apenas contiene su molestia.

D) Una sucia buhardilla de azotea rodeada de perros histéricos.

CORTE A:

11 EXT. ESTACIONAMIENTO RESTAURANTE HAMBURGUESAS —DÍA

La familia sentada en las mesas del exterior de un McDonald's. Lucía está sumergida en sus pensamientos. Leo come una galleta. Max mira a su madre y tímidamente se dirige a ella.

MAX

Ma... ¿Podemos comprar una hamburguesa?

Lucía no contesta. Max no insiste.

12 EXT. COMPLEJO DE DEPARTAMENTOS EN BISHOP —TARDE

La noche se aproxima. Nuevamente, Lucía y los niños cruzan el patio. Ahora se escucha MÁS MOVIMIENTO dentro de los departamentos. Un par de señores llegan de trabajar.

Lucía toca la puerta del Señor Pich.

Abre la Señora Maly (70), anciana vietnamita que viste un conjunto de *pants* color verde pistache. Observa a los chicos con un aire enternecido.

LUCÍA

Disculpe... We...

SRA. MALY

(interrumpe)

Apaltment, yes. One second, yes.

La Señora va por las llaves. Lucía desvía su mirada hacia la explanada. Una melodía ochentera vietnamita se escucha desde el fondo del departamento.

La Señora Maly regresa con el manojito de llaves.

SRA. MALY

Pich said you be back!

Apresurada, les indica que la sigan. Su energía contrasta con la del Señor Pich. Los tres caminan tras ella.

13 INT/EXT. DEPARTAMENTO BISHOP/EXPLANADA —TARDE

La puerta del diminuto departamento se abre.

En comparación con los lugares que acaban de ver, éste hasta parece acogedor ahora.

Maly hace el mismo ritual de muestra que el Señor Pich, en versión entusiasta y hablada.

SRA. MALY

Batlom, batlom!

Lucía se acerca para verlo, pero la Señora Maly cierra la puerta enseguida y abre la del cuartito.

SRA. MALY

Betlom, betlom!

La Señora Maly cierra la puerta y voltea hacia Lucía.

SRA. MALY

Money! Fol huddled!

Max se asoma al baño y escucha con atención algo que parece provenir de las cañerías, aún más sucias que el resto del baño.

Lucía saca el bote de papas Pringles y cuenta el dinero. La Señora Maly inspecciona el aspecto de ella y de los chicos mientras los billetes pasan entre los dedos de Lucía.

La pequeña recámara es todavía más oscura que la sala. Max abre la puerta y la observa con disgusto.

SRA. MALY

One huddled!

Lucía la observa intentando descifrar el acento de Maly.

SRA. MALY

One huddled! One huddled!

Contrariada, Lucía le pide el dinero de vuelta y cuenta de nuevo.

Max y Leo observan el patio del complejo a través de la ventana. Todo se ve tan calmado, tan silencioso, que les incomoda.

Lucía saca otro billete más del bote y entrega el dinero. La Señora Maly se va.

Lucía y los niños se quedan contemplando el espacio, Lucía mira a los chicos y trata de dibujar para ellos una sonrisa.

Max se sienta en medio del cuarto. Toca el suelo. Está frío. Leo se quita también de la ventana y se sienta junto a su hermano, imitando su posición.

14 INT. DEPARTAMENTO BISHOP —NOCHE

Max y Lucía desempacan sus cosas en la sala. Ella saca un viejo libro de *Inglés sin esfuerzo*. Leo toca al azar las teclas de un piano de juguete. Las desafinadas notas rompen el silencio del apartamento.

MAX

¿Aquí vas a seguir estudiando para enfermera?

Lucía mira a Max, sonrío forzosamente y se levanta.

LUCÍA

No sé, ya que estemos instalados voy a ver.

Max asiente. Saca un par de luchadores con *ring* incluido, unas tortugas *ninja*, una daga de plástico y una cartera café. Saca también una vieja grabadora de voz para *cassette* que sobrevive desde la década de los 90. Acomoda todo en hilera. Señala cosa por cosa.

MAX

(a Leo)

Tuyos, tuyas, mía, mía.

Leo toma la cartera. En el interior, una credencial en la que se ve un joven con uniforme de policía municipal.

MAX

¡Déjala!!

Max le arrebató la cartera bruscamente. Leo lo observa con disgusto y regresa a tocar su piano.

LEO

¿Dónde vamos a dormir?

Max juzga a Leo con la mirada.

MAX

Pues en el piso, ¿no ves?

Lucía levanta la mirada y observa a sus hijos. Pensativa, continúa desempacando. Saca una bolsa donde guarda algunas fotos y *audiocassettes*. Toma uno que tiene rotulado «Abuelito».

LUCÍA

¿Quieren escuchar a su abuelito?

Leo asiente y Lucía pone el *cassettes* en la grabadora. Presiona *play*. Los cabezales avanzan lentamente. Se escucha el rasgueo de una guitarra acústica y

una melodía que parece ser un son jarocho.

LUCÍA

(O.S.)

¿Se saben la historia de los lobos que no tenían miedo?

Leo niega con la cabeza y se dispone a escuchar. Max se hace tonto con su mochila. Desempaca cosas, las vuelve a guardar, las acomoda, fingiendo que no escucha, pero para la oreja disimuladamente.

LUCÍA

Había una vez una familia de lobos compuesta por la mamá loba y sus dos cachorros. Los tres vivían muy felices en el bosque. Les encantaba jugar, correr y ladrar. A veces la mamá loba tenía que salir para conseguir comida y los cachorros se tenían que quedar solos y les daba mucho miedo. Cualquier cosa los asustaba: cuando las ranas croaban, cuando los grillos cantaban y cuando escuchaban los ruidos de otros animales salvajes. La mamá loba se dio cuenta de esto y se preocupó mucho porque sabía que tenían que ser feroces para sobrevivir.

Silencio...

LEO

¿Y luego?

Lucía mira a Leo y luego a Max.

LUCÍA

Ella se acordó que su papá le dijo que para que un lobo creciera sin miedo tenía que aullarle a la luna y la luna los haría fuertes y valientes, siempre y cuando le aullaran con todas sus fuerzas.

MAX

¿Lo estás inventando?

LUCÍA

No... Le dijo que lo mejor es aullarle a la luna cuando esté llena...
Como la luna de esta noche, ¿ya la vieron?

MAX Y LEO

No...

LUCÍA

A ver. Hay que asomarnos.

Se dirigen a la ventana. Miran hacia el cielo. Una gran luna llena ilumina el barrio.

MAX Y LEO

¡Oh!

LUCÍA

(como lobo)

¡Auuuuuu!

LEO

¡Auuuuuu!

Max mira a su madre y su hermano aullar. Lucía hace un gesto invitándolo a aullar. Max accede y se acerca lentamente. Lanza un fuerte aullido.

LUCÍA, LEO Y MAX

¡Auuuuuuuu!

15 EXT. BARRIO BISHOP —MAÑANA

Una mañana tranquila en la explanada de los departamentos.

16 INT. BAÑO DEPARTAMENTO BISHOP —MAÑANA

Lucía está sentada en la taza del baño con la mirada perdida, después de unos segundos se levanta y se acomoda la ropa. Abre la llave del lavabo, se lava las manos, se moja la cara. Observa en el espejo su rostro cansado, melancólico.

17 INT. DEPARTAMENTO BISHOP —MÁS TARDE

La luz de la ventana se cuele débilmente al rincón del departamento donde duermen Max y Leo. Un momento de tranquilo silencio. Lucía observa por un momento a los chicos, hasta que toma fuerzas y se acerca lentamente, se agacha junto a ellos y los sacude.

LUCÍA
(hablando bajito)
Leo... Max...

Los chicos tienen el sueño pesado. Lucía insiste.

LUCÍA
Leo... Max...

Max se mueve aletargado, bosteza, contempla el techo y luego a su madre.

LUCÍA
Ya me voy...

Amodorrado, Max se talla los ojos y se incorpora.

MAX
¿A dónde?

LUCÍA
A ver lo del trabajo.

MAX
Vamos contigo.

LUCÍA
No se puede...

MAX
Nos cambiamos y vamos.

Leo se incorpora, se talla los ojos y se queda mirando fijamente su tenis. Lucía saca de su mochila un par de bolsas de plástico y de una de ellas toma una botella de agua y un paquete de galletas, abre el paquete, come una y le ofrece a Max. Max toma una galleta pero no la mastica, se queda esperando la respuesta de su mamá. Lucía mira seriamente a Max.

LUCÍA

Ya lo habíamos hablado.

Decepcionado, Max le da una pequeña mordida a la galleta.

LUCÍA

Tengo que juntar dinero para que estemos bien.

LEO

Y para ir a Disney.

Lucía asiente sin convicción. El apartamento vacío. Los *sweaters* de los chicos usados como almohadas. Sus chamarras como cobijas.

LEO

¡Síííí! ¡Disney, Disney, Disney!

MAX

¡Ya cállate!

Lucía se limita a dirigirle una mirada severa a Max y éste agacha la cabeza, molesto. Lucía les muestra la grabadora de voz. Saca el *cassette* del «Abuelito» y mete otro sin rotular.

LUCÍA

Necesitamos reglas.

Ella aprieta el botón de *rec.*

LUCÍA

(a la grabadora)

Regla número uno: No salir nunca del departamento.

MAX

¿Y si se está quemando?

LUCÍA

Bueno, si se está quemando sí. Dos: Tener limpio el departamento.

Tres: Cuidarse entre hermanos. Número cuatro: Abrazarse después de una pelea. Cinco: No llorar.

Lucía voltea a ver a Leo y a Max. Los niños la miran con profunda atención y asienten.

LUCÍA

Seis: No decir mentiras.

Lucía se dirige a Leo.

LUCÍA

¿Cuál es la regla número uno?

Leo indica con una sonrisa que ya se le olvidó.

LUCÍA

Para eso se las voy a dejar aquí grabadas. Escúchenlas para que no se les olviden. Si queremos, luego podemos grabar más reglas que se nos ocurran.

Lucía les sonrío y ellos la ven con desconcierto y temor. Leo asiente con optimismo. Max se queda cabizbajo y comienza a jugar con un hilo que se desprendió de su pantalón. Lucía mira fijamente a Max hasta que éste la voltea a ver.

LUCÍA

Max... Ahora estás a cargo y debes cuidar la casa cuando no esté.

Max la observa con seriedad y luego baja la mirada. Se hace un silencio.

LUCÍA

¿Me oíste?

Max rompe el hilo con el que jugaba y asiente, abrumado.

Lucía saca de su maleta un pequeño reloj electrónico y lo muestra a los chicos.

LUCÍA

Cuando el reloj marque las 7 voy a estar de regreso.

Les dejo comida y agua. Si me
extrañan, prendan la grabadora.

Lucía abraza y besa con fuerza a los niños. Inmediatamente se levanta y se marcha sin mirar atrás.

Los chicos ven a su madre salir y la puerta cerrarse. Escuchan sus pasos alejarse...

...Se quedan quietos, atentos al sonido cada vez más débil de los pasos.

Cuando dejan de escucharse, se levantan y se dirigen a la ventana.

Los dos niños se asoman. Miran a Lucía atravesar la explanada.

18 EXT. DEPARTAMENTO BISHOP —MAÑANA

Lucía camina con prisa. Una ambulancia suena a lo lejos. Su rostro expresa preocupación.

Se detiene. Mira hacia el departamento. Ahí están Max y Leo mirándola desde la ventana.

Lucía cambia su expresión. Sonríe y les saca la lengua. Los chicos le responden con gestos, lenguas, bizcos. Lucía agita su mano, se da la media vuelta y su expresión vuelve a ensombrecerse. Sigue caminando.

19 INT. DEPARTAMENTO BISHOP —DÍA

Max y Leo ven el reloj que marca las 11 am. Max se pone los auriculares del estetoscopio en los oídos y coloca el diafragma en el pecho de Leo.

CORTE A:

Leo grita y corre como loco en círculos. Una vuelta, otra, otra, otra. Max lo sigue con la mirada casi hipnotizado, hasta que Leo se detiene frente a él y Max le pone el estetoscopio para escuchar los latidos acelerados de Leo, seguido le da los auriculares a Leo para que escuche sus propios latidos.

Leo escucha. Los latidos suenan como un poderoso y acelerado tambor ●

Responsabilidad enciclopédica

ADOLFO CASTAÑÓN

PERTENECE JOSÉ MIGUEL OVIEDO a esas olas migratorias ibero e hispano-americanas que a lo largo del tiempo han tejido la urdimbre de la cultura y de las artes en América, en las Américas. Peruano de origen, fraterniza en el ámbito de las letras difundidas desde las ciudades usamericanas con otros autores y poetas, investigadores e historiadores provenientes de Cuba, Puerto Rico, Colombia, México, Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador, República Dominicana, Venezuela, Brasil, Guatemala, Nicaragua, sin excluir de este abanico a los autores españoles peninsulares que les dan rostro, acento y voz a los estudios de y sobre América en América —y sin excluir de esta lista a los americanos trasterrados en Europa.

José Miguel Oviedo destaca en este paisaje por su fineza y elegancia, como lector y escritor y por su responsabilidad enciclopédica, heredera de figuras como Andrés Bello, Jorge Luis Borges, José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Rafael Gutiérrez Girardot, Luis Loayza, Alfonso Reyes, Octavio Paz, José Emilio Pacheco y Mario Vargas Llosa. Esa responsabilidad va más allá de las banderas partidarias que devoran como una medusa caníbal a nuestras Américas.

José Miguel Oviedo es un lector de los clásicos americanos y españoles, de Larra a Larrea, de Bernal al Inca Garcilaso, de Palma a Riva Palacio y De la Riva Agüero. Tiene ciertamente alma de poeta y, diría yo, sangre de aforista y de filósofo francés o de pensador inglés. No sé si tiene discípulos. Sé, en cambio, que tiene lectores dispersos por todo el orbe.

Alguna vez, algún editor debería atreverse a ser el atroz redentor de José Miguel para entresacar de sus voluminosas obras las letras de oro que encierran muchas de sus páginas, escritas con invariable rigor académico y exigencia literaria •

Una celebración de la lectura

ALONSO CUETO

José Miguel Oviedo fue un lector, un escritor y un testigo del placer de la lectura. Para él, disfrutar de un libro era inseparable del rigor crítico de la lectura. En muchas entrevistas afirmaba que aun cuando el crítico literario se propusiese ser lo más neutral en sus juicios, siempre partía de una mirada subjetiva sobre el texto. Los libros eran, para él, un compromiso con la vida en todas sus dimensiones.

Compañero de carpeta de Mario Vargas Llosa en el colegio La Salle de Lima en 1948, la relación entre ambos siempre se mantuvo. Fue el mismo Oviedo quien declaró alguna vez que, cuando Vargas Llosa estaba pensando en un título para su primera novela, le sugirió *La ciudad y los perros*. Unos años después, en 1970, Oviedo publicó el primer libro importante sobre la obra de Vargas Llosa: *Mario Vargas Llosa. La invención de la realidad*. Poco antes había publicado otro ensayo fundador, *Genio y figura de Ricardo Palma*. Luego seguirían algunos textos clásicos, como *La niña de Nueva York* (sobre la vida amorosa de José Martí, 1990), *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (1991) y la gran *Historia de la literatura hispanoamericana*, que apareció en cuatro tomos en 2001.

Oviedo pertenecía a la raza de los ensayistas literarios que, como Emir Rodríguez Monegal, tenían lazos con el periodismo y la academia. Su prosa fluida y de frases cortas le permitía tratar los temas más profundos con claridad. Creo que el placer y el interés con que uno sigue cualquiera de sus textos radica en el hecho de que nunca separó la literatura de las experiencias vitales de las que se alimenta. Nunca olvidó que las obras literarias expresan las culturas, las convicciones, pero también las zonas oscuras del inconsciente, y que es en ese territorio donde existe la comunicación más profunda entre un autor y un lector. Escribir ensayos y estudios académicos era para él un ejercicio de la

imaginación, un bien común. Pertenecía a la raza de los que aman la literatura por su lenguaje y su capacidad de representación, sin ideologías o moralejas. Era un escritor y un lector apegado a la diversidad y a los contrastes de la vida.

Su trabajo en el periodismo literario (se inició como crítico del semanario *El Dominical*, del diario *El Comercio*, de Lima) lo educó en el arte de los buenos títulos. Algunos ejemplos aparecen en los capítulos de su *Historia de la literatura latinoamericana*: «El mundo penitencial de Juan Rulfo», «La aventura triangular de Cortázar», «Octavio Paz o la lucidez ardiente», y en el título de su libro de memorias *Una locura razonable*. En este volumen de quinientas páginas desfilan personajes memorables como Ungaretti y Allen Ginsberg (quien en una ocasión lo llamó «Ovieda, Ovieda»). Recuerdo especialmente uno de los primeros episodios, que cuenta cómo se selló su amistad con Mario Vargas Llosa en el colegio. Oviedo le regaló la foto de una reina de belleza, orlada de un arcoíris, con una dedicatoria: «A mi amiguito Mario Vargas Llosa». Luego ambos colaborarían en una revista escolar llamada *Inca*.

Alumno y amigo suyo de cincuenta años, siempre me pareció que estaba celebrando algo. Allí seguían estando Beckett, Vallejo, Vargas Llosa, Orhan Pamuk (autor que adoraba) y tantos otros. Todos esos son motivos para seguir viviendo, parecía sugerir siempre en sus clases, libros y conferencias. Éstas son las razones para seguir charlando, para seguir leyendo, para seguir escribiendo. Es difícil aceptar que ya no estará. Pero sus palabras seguirán celebrando la lectura ●

Ya no los hacen así

ENRICO MARIO SANTÍ

CONOCÍ A JOSÉ MIGUEL OVIEDO en 1983, en un congreso sobre la novela hispanoamericana que él había organizado en Bloomington, Indiana, donde era profesor. No me conocía personalmente, pero sí era amigo de mi profesor, Emir Rodríguez Monegal, a través del cual me llegó la invitación. Desde luego, ya conocía su obra como crítico, sobre todo su libro sobre Mario Vargas Llosa, y algunos ensayos suyos sobre César Vallejo. Enseguida me impresionó la sencillez de José Miguel, tanto en su crítica como en su trato. Pero sobre todo encontré refrescante su sentido de ecuanimidad, exento del dogmatismo ideológico que abunda, o al menos abundaba entonces, entre profesores latinoamericanos ahora radicados «en las entrañas del monstruo». A esa personalidad ecuánime correspondía un gran sentido del humor que, en esa ocasión, en aquel congreso donde había reunido una impresionante pléyade de escritores entonces en el candelero —además de Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Juan Goytisolo y Jorge Edwards—, él desplegó con elegancia y simpatía.

A partir de entonces estuvimos en contacto epistolar, cuando no nos veíamos en los congresos anuales de la Modern Language Association, o del Instituto de Literatura Iberoamericana, siempre presidido por el peculiar personaje que era Alfredo Roggiano —que, por cierto quiso mucho a José Miguel. No fue hasta dos años después, en otro congreso al que José Miguel asistió, aunque no estaba invitado, que volví a verlo y tratarlo más de cerca. Fue una reunión de *cubanólogos* en la UCLA sobre el legado político de José Martí, aunque ése era sólo el pretexto. La UCLA tenía fondos especiales para acoger un congreso sobre el héroe cubano, pero los *cubanólogos* sólo querían (o podían) hablar sobre Fidel Castro. Fue por esa razón que su organizador, el profesor de la UCLA Edward

González, me invitó a mí, que ya había escrito un par de ensayos sobre Martí, y me pidió que diera la conferencia plenaria. Nunca supe a ciencia cierta cómo fue que Edward, politólogo, supo de mí o mis trabajos mayormente literarios. Pero con el tiempo he llegado a pensar que debe de haber sido José Miguel, quien para entonces se había cambiado de Indiana a Los Ángeles, el que me recomendó para tan peregrina empresa. En esa ocasión, desde luego, me aburrí escuchando a los *cubanólogos*, y ellos, a su vez, nunca entendieron lo que quise decir sobre Martí...

La feliz excepción fue José Miguel, que en calidad de profesor de la UCLA asistió al banquete donde leí mi ponencia, y fue uno de los pocos que me felicitaron y comentaron mis argumentos. Volvió, por eso, a ser refrescante amigo. Sobre todo porque en él encontré un interlocutor con quien podía discutir temas que, en aquellos últimos días de la Guerra Fría, aun resultaban incómodos para alguien como yo, exilado de Cuba desde los doce años, con una postura crítica hacia la izquierda latinoamericana. Prueba fehaciente de que habíamos simpatizado vino pronto, al año siguiente, cuando me llegó otra invitación de José Miguel para que volviese a hablar en la UCLA, esta vez en el departamento de literatura hispánica donde él ejercía, y otra vez sobre algunos temas en la obra de Martí. En esa ocasión pudimos intimar mucho más, al extremo de que compartimos una cena con nuestras respectivas mujeres, yo con Nivia Montenegro, con quien llevo casado treinta años, y él con otra muchacha, profesora también y cuyo nombre he olvidado pero que resultaba evidente que no era su esposa.

Hubo otras invitaciones. Él a Cornell, donde yo enseñaba; luego otra a mí, a Penn, donde pasó a enseñar él. Y siempre cordial conmigo, al igual que yo con él, aun cuando no siempre coincidíamos, luego ya después de la caída del Muro, en cuestiones políticas. En cambio, donde sí coincidíamos casi siempre era en nuestra pasión por las artes visuales, sobre todo la pintura. Recuerdo que en la ocasión en que me invitó a dar esa charla en Penn me llevó al Museo de Bellas Artes de Filadelfia y allí celebramos una fiesta —de sentidos y de opiniones. Me sorprendieron sus conocimientos de detalles, no sólo de la historia del arte, sino de aspectos técnicos, como los de la escultura moderna, cuyos secretos yo, siendo hijo de escultor, imaginaba que era el único que conocía. Igual ocurrió con otra de las artes, la música, sobre todo el *jazz*, en la que él fue ganador, al menos en esa rama —soy melómano clásico—, cuando me dio una inolvidable lección sobre John Coltrane, pero yo otra a él so-

bre Wagner. En ese sentido, me sorprendió la última vez que nos vimos, en un baño del aeropuerto de Guadalajara, adonde ambos habíamos asistido como invitados a la Feria Internacional del Libro. Hacía tiempo que no hablábamos, ni nos veíamos, y por eso en medio del baño le di, o pensé que le daba, la noticia de que mi hija mayor, Venissa Santí, también vivía en Filadelfia y allí se desempeñaba, algo famosa, como cantante de jazz. «Sí, la he escuchado, hasta en persona. Y me parece magnífica», me respondió, sin titubear. Guardo esa confidencia como un último regalo suyo...

Vine a enterarme del fallecimiento de José Miguel gracias a esta última invitación para rendirle homenaje por escrito. Y como no conocía sus memorias, *Una locura razonable* (2014), decidí leerlas antes de escribir estas líneas. Aprendí mucho que no sabía: que había dirigido un grupo de teatro y sido crítico dramático; que fue íntimo de Salazar Bondy; que había estudiado derecho y se había recibido, pero nunca ejerció; que años atrás había probado LSD... Tal vez la más insólita revelación, que hace de ese texto unas confesiones, fue su extensa y variada vida erótica (no sé si amorosa), cuyos detalles las memorias ofrecen a contrapelo de los altibajos de su extenso y duradero matrimonio.

José Miguel fue un espíritu meridiano: noble, razonable, equilibrado, imperturbable y, por todo ello, generoso. Esas virtudes se transparentaban en sus estudios y su crítica, que rehuía de las abstracciones barajando hechos y datos con la transparencia de razonamientos e interpretaciones. Su lucidez no sólo fue evidente en la abundante crítica que practicó, sino en la ficción que evidentemente disfrutó redactar en sus dos libros, *Soledad y compañía* y *La vida maravillosa*. Recuerdo que cuando me envió ambos libros leí las «Esquirlas» con sumo placer y hasta emoción, y luego le comenté que esas perlas me recordaban a Pascal y La Rochefoucauld. Respondió con típica ironía: «Pero más divertidas, ¿no?». Asentí enseguida y le espeté mi predilecta, favorita por razones obvias: «Patria es suerte: ¿venceremos?».

Hoy me duele no haber tratado más a ese espíritu generoso. Recordándolo hoy, acude a mi mente ese lamento americano, hoy doblemente melancólico, que se le aplica perfectamente: *They don't make 'em like they used to*. Ya no los hacen así ●

CLAREMONT, CALIFORNIA, 10 DE FEBRERO, 2020.

José Miguel Oviedo: la frontera indecisa entre crítica y ficción

SILVIA EUGENIA CASTILLERO

1.

«SIENTO QUE NUEVA YORK es mi ciudad, donde me habría gustado nacer, crecer y tal vez morir. La conozco mejor que a la propia Lima. Creo que es el único lugar donde no me siento extranjero. Aunque amo las ciudades viejas, donde las cosas son restos en los que podemos leer el pasado, Nueva York, que es la ciudad ultramoderna por excelencia, donde lo viejo data apenas de fines del siglo XIX, me seduce por ser una especie de síntesis de todos los mitos, creencias y avances del mundo contemporáneo y de las prefiguraciones del futuro». Esto me lo dijo José Miguel Oviedo mientras caminábamos por la calle 42 de Manhattan, durante un encuentro literario en el que coincidimos. Apasionado por el arte y por la ciudad, me invitó a caminar y conocer galerías y museos para mostrarme algunos artistas que él admiraba, como Louise Nevelson, la escultora que, utilizando cajas de madera, molduras, retazos, crea piezas negras monumentales llenas de gran misterio. O las esculturas y fotografías de cuerpos fragmentados de muñecas de Hans Bellmer. O las esculturas móviles de David Smith. Para fortuna mía, estos encuentros mágicos en Manhattan se repitieron varias veces. Comíamos en restaurantes extravagantes y exquisitos, realizábamos largas caminatas al tiempo que conversábamos e incluso en una ocasión me invitó a escuchar jazz. Recuerdo aquellos días de una plenitud poco común, días en los que se combinaban la amistad, el aprendizaje y la diversión, pues Oviedo era de un humor fino e inteligente y de una vitalidad expansiva.

2.

NO OBSTANTE QUE José Miguel vivió más de la mitad de su vida en Estados Unidos, su imaginario y su corazón estuvieron siempre volcados hacia Latinoamérica. Durante los años de nuestra entrañable amistad (desde que lo conocí, en noviembre del año 2000, hasta su partida, el 19 de diciembre de 2019) me relataba recuerdos de sus años más plenos en el seno de una gran agitación intelectual que vivieron los escritores que ahora solemos llamar del *Boom*. Fue la década de los sesenta un tiempo casi mítico —recordaba—, un tiempo de gran energía creadora en que surgieron obras como *El coronel no tiene quien le escriba*, de García Márquez; *El astillero*, de Onetti (ambas de 1961); *Sobre héroes y tumbas*, de Sabato; *El siglo de las luces*, de Carpentier, y *La muerte de Artemio Cruz*, de Fuentes, publicadas en 1962; *Rayuela*, de Cortázar, y *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa, de 1963; *Juntacadáveres*, de Onetti, y *Día de ceniza*, de Salvador Garmendia, de 1964; *La casa verde*, de Vargas Llosa, de 1965; *Día domingo* y *El lugar sin límites*, de Donoso, y *Paradiso*, de Lezama Lima, de 1966; *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante; *Cambio de piel*, de Fuentes; *Morirás lejos*, de Pacheco, y *Cien años de soledad*, de 1967.

En medio de ese torbellino se producía una literatura trascendente, asumiendo el espíritu rebelde que la Revolución cubana había traído consigo e inspirado a muchos de los escritores, pero —insistía Oviedo— nunca fue una literatura militante al servicio de alguna causa, fue una actividad autónoma y libre. Y agregaba: «nuestra literatura dejó de ser ingenua o tímida, y avanzó con pasos seguros sobre terrenos experimentales, todavía no cartografiados en nuestra lengua, y fue profundamente latinoamericana, no como un concepto previo, sino como un resultado inevitable». A Oviedo le tocó narrar este cambio y valorarlo; transmitir a los lectores esta nueva sensibilidad.

3.

LA VOZ DE LOS ENSAYOS de crítica literaria de José Miguel Oviedo se ha escuchado a lo largo y ancho del orbe hispanoamericano. En algún momento de nuestras lecturas todos hemos visto la literatura a través de su ojo exacto y su encuadre amplio y siempre pertinente. Su crítica certera nos llevó a ubicar a los autores en sus épocas y a las corrientes literarias en su real contexto de cada país, del continente y del mundo.

En Lima, Oviedo llegó a ser una personalidad importante por las reseñas y ensayos que publicó desde muy joven en *El Dominical*, suplemento cultural

del diario *El Comercio*, hasta convertirse en el crítico literario más destacado de Perú. Llegó a ser director de la Casa de la Cultura, donde hizo una gestión de lo más activa, interesante, significativa y sobresaliente.

En 1974 recibió un ofrecimiento para ir a enseñar a la State University of New York, en Albany, como profesor visitante durante un semestre académico. Después de muchas vacilaciones aceptó. Un día, durante alguna de nuestras largas conversaciones, me dijo que nunca se imaginó que aquella decisión cambiaría el rumbo de su vida. Al terminar el semestre en Albany, recibió una nueva invitación para ir a enseñar el siguiente otoño a Bloomington, en Indiana University, donde permaneció cinco años. Tiempo después fue nombrado tres o cuatro veces seguidas profesor visitante para dictar cursos de verano en la NYU, en el *campus* ubicado en Greenwich Village. En 1979, otra carta lo invitaba como profesor visitante por un trimestre académico en la UCLA de Los Ángeles, después de cuya estadía le ofrecieron ser profesor permanente, puesto que desempeñó durante ocho años, al cabo de los cuales le ofrecieron ser el primer *trustee profesor* en el área latinoamericana de la Universidad de Pensilvania. A partir de 1988 se estableció definitivamente en la ciudad de Filadelfia.

4.

ASÍ ES COMO José Miguel fue tejiendo una doble vida, una en español con su familia y sus amigos cercanos y con la literatura; otra en inglés para dominar la vida cotidiana, la vida en un país extranjero.

También fue elaborando una doble vida como crítico literario (un testigo y difusor de lo que se estaba publicando) y al mismo tiempo como creador de ficciones. «No recuerdo cuándo comencé ese registro, pero sí por qué lo hice», me confesó, «me pareció que estos pensamientos (para llamarlos de algún modo) eran una forma de vida paralela o una contravida». Su origen era fijar situaciones fugaces de la vida cotidiana cuyo destino natural era disiparse para siempre y que al fijarlas tenían algo para el común de las personas. Había un material que se producía en los sueños nocturnos y en los ensueños diurnos, relatos con un sentido misterioso y cuyos finales eran siempre un retorno a la vida real.

José Miguel comenzó a escribir sus sueños en las madrugadas y a reconstruirlos en historias que consideró que no eran cuentos, sino *casicuentos*, pues lo que escribía eran fragmentos, textos inacabados. Su intención era quedarse en las márgenes del lenguaje narrativo, donde

empieza a disolverse o a formarse sin llegar nunca a buen puerto. *Esquirlas*, les llamó. Publicó tres libros: *La vida maravillosa* (1987), *Soledad & Compañía* (1988) y *Cuaderno imaginario* (1996), muy aparte de los múltiples y reputados libros de crítica.

El cuento fue siempre su género preferido, pues le parecía que posee una arquitectura sutil y delicada, hecha de un equilibrio entre elementos presentes y omitidos, explícitos e implícitos, y funciona como un sistema excluyente y centrífugo. El cuento es prosa porosa, decía, está hecho con pasajes y fragmentos no narrados, que no forman parte del texto pero están sugeridos por él y operan en la imaginación del autor. En el buen cuento el lector encuentra lo que el cuentista deliberadamente omitió: objetos imaginarios que viven entre paréntesis. Es una instantánea y fulgurante experiencia estética.

5.

COMO CRÍTICO, José Miguel Oviedo se sometió a la lógica del texto. Esto significa —me lo aclaraba sin cesar— divisar el fin desde el principio eligiendo bien la primera frase para que permita un desarrollo sin digresiones y que conduzca a un final natural y lógico.

Como cuentista, él mismo reconocía que sus *esquirlas* —que empezaron siendo aforismos y terminaron siendo relatos— son fragmentos de una totalidad cambiante e inalcanzable que sólo aparece a trasluz. Habitan en las indecisas fronteras entre ambos géneros. Tienen algo de relatos, pero no son cuentos; están llenos de imágenes, pero no son poemas; contienen reflexiones y hasta teorizaciones, pero no son ensayos.

Para Oviedo, esos fragmentos poseen naturaleza breve, parca, concisa y perfectamente inacabada. Son ficciones de otras ficciones en las que el sueño original se anula. También son experiencias vividas, situaciones y diálogos reales que, por alguna razón de magia estética, terminan pareciéndose a la realidad onírica. Sueño y realidad imbricados en un espacio imaginario sin bordes ni fisuras. «Una vida ficticia al lado de la verdadera; ni mejor ni peor que ella: distinta y misteriosa aun después de escrita». Me lo dijo innumerables veces. Y ahora yo le digo que me encuentro en la línea delgadísima entre la vigilia y el recuerdo, buscando en su indefinición, en la frontera indecisa entre vida y muerte, en este espacio de realidad y abismo, entre el vacío de su ausencia y el bosquejo de palabras que rescato de las suyas para tratar de encontrarlo, escucharlo una vez más ahora que se ha ido rotundamente ●

Esquirlas

JOSÉ MIGUEL OVIEDO

*

ME DIJO QUE, justo cuando supo que se había enamorado de él, se dio cuenta también de que era un completo idiota. Ahora tenía ante sí un grave dilema; me explicó: «Si sigo adelante con mi amor por él, por lealtad o hábito, ¿estoy cometiendo yo misma una gran idiotez? Si, por el contrario, trato de ser más inteligente y de olvidarme de él, ¿qué me garantiza que esa renuncia no me haga sentir culpable y termine enamorándome todavía más de él, precisamente porque es la víctima, el más débil de los dos? ¿No será posible *amarnos hasta la total idiotez*, que nos funda en un solo ser distinto y mejor que nosotros dos por separado?». Como me dice todo esto en medio de un aeropuerto, con un ruido y un tráfico espantosos, justo en el momento en que mi avión está por partir, le doy una rápida sugerencia, advirtiéndole que luego le escribiré una carta con más detalles: «Creo que lo que debes hacer es casarte con él y averiguarlo un par de años después. Si no te has arrepentido entonces, eso quiere decir que él no era tan idiota o que tú lo eres un poco ahora, y entonces ya no importa que él lo sea. De otra manera siempre te quedarás con la duda». Me mira pensativa, mientras me dice adiós con la mano; apenas me instalo en mi asiento, me doy cuenta de que agregar algo más por escrito sería una idiotez.

*

VEO EN LOS DIARIOS el rostro probable del asesino, compuesto con los datos de los testigos de su fuga; veo la boca grande, cruelmente ajustada en una mueca involuntaria; veo la nariz larga, en forma de lágrima; los anteojos de fina armadura que cubren los ojos desconfiados. Sus crímenes son odiosos: jovencitas violadas y mutiladas, niños torturados y luego descuartizados, inscripciones rituales en los cadáveres, etcétera. Mirando el dibujo con más atención, descubro que los rasgos físicos del asesino se parecen a los míos: cualquier persona excitada por el golpeteo de las noticias en los periódicos y la televisión podría confundirnos. La única diferencia objetiva es que yo no uso esa gorrita deportiva que él llevaba en cada una de sus fechorías, y que yo no he estado en los lugares en que las cometió, por lo menos no a las mismas horas o por los mismos motivos. Ahora, cuando salgo a la calle y voy de compras o de paseo, no puedo evitar sentirme ligeramente incómodo si la gente me clava la mirada, pues tal vez sospechen de mí. Deseo que lo capturen cuanto antes, pero no sé si por un sentido de justicia o porque sencillamente me conviene que detengan a alguien, aun a riesgo de que no sea verdadero culpable: una confusión siempre es posible •

Tomados de *Cuaderno imaginario*
(Libros del Laberinto / UAM / Universidad Iberoamericana,
Ciudad de México, 1996).

Minerva Margarita VILLARREAL

ACERCA DEL AZUL TURQUESA

**Ayer después del tratamiento
una densa nube
me transportó a la cocina de mi infancia
Un hálito emanaba del turquesa de las paredes
Mi madre disponía los alimentos
y yo charlaba con ella
montada en un triciclo rojo
Tengo cinco años
y la felicidad está conmigo
Hay una iridiscencia en el aire
El turquesa ilumina todos los ámbitos de la vida
Le pregunté a mi padre
si recordaba el color de la cocina
Él se alejó
no podía responder
Yo regresé a la cama
y él volvió a su sueño**

LA DULCE NOTA DESCENDENTE

**Hay muchas maneras de desnudarnos
yo prefiero la poesía**

**Hay muchas maneras de volar
yo prefiero la poesía**

**Hay maneras de pisar la tierra
yo prefiero la poesía**

**Un pato sale del agua
sacude sus plumas
y te mira**

CAMPO DE JUEGO

**El niño de seis años
que el jueves 26 de julio
desapareció de la Plaza Tapatía
seguía a un hombre
que le prometió una pelota
Los ojos del deseo
sólo anhelan el juego
El sueño del cazador
dio paso al lobo
que sube al niño a sus espaldas
Éste lleva en sus ojos el balón
lo pateo en el horizonte
que ahora
como el mundo
se oscurece**

YO NO ERA YO DESDE HACE TIEMPO

Ayer poco antes del mediodía
mi hija gritó que mi amiga Claudette llamaba por teléfono
La llamada era urgente
Salí del baño y tomé el inalámbrico
Arrastrando pensamientos que no alcanza a nombrar
se le atoran las palabras las muerde
por instantes se adelgazan en un agudo llanto que humedece
los nuevos brotes del dolor
En septiembre dejó de beber
Perdió varias tallas
Se había deshinchado
vuelto a su figura de porrista
novia del residente Jaime García Mercado
poco después de que su padre muriera
y su madre se juntara con el mejor amigo de él
un ferroviario que
como su padre
se daba a la bebida
Trabajaba como secretaria de la CFE
Cierta aire de Catherine Deneuve
y su helada elegancia la envolvían
Pelo rubio y largo
lunar en la mejilla
y tu sonrisa me jalaba hacia ti
y me hacía permanecer
en esos años
cuando volvíamos a pie de la alberca
atravesando el Campo Militar
drinks y música de los Rolling o Santana
en esos años
donde sin siquiera notarlo
porque la felicidad nos engaña
habías empezado a beber
jugo de naranja con vodka
cada fin de semana
Se casó embarazada

**Al poco tiempo nació Jaimito
Ni la sala ni la cocina ni la recámara parecían cobijar
[una familia**

**los muebles estaban allí
como si fueran utilería
En el recibidor
una moto y varios instrumentos de música
La comida era magra
sólo cuando la hacía la muchacha
me invitaba a comer
Se me atragantó el arroz cuando dijiste que te daba
asco estar con Jaime
te daba asco acostarte con él
asco el sexo
su miembro
que se te acercara
como si no supieras la clase de alimaña que era
Lo decía ante el rostro impasible de Jaimito
Luego nacieron Héctor y Patricio
Héctor también bebe como su madre y su abuelo
los tíos el padrastro de sus tíos y su madre
y como a ti
a Héctor le gusta dormir
puede quedarse días en cama
sin abrir las ventanas
escuchando música
la misma música
Se cambiaron a una casa en la montaña
con amplia cochera y alberca
y Claudette se encerró
Tu recámara es grande y oscura
Te han internado varias veces
Hace seis meses dejaste de beber
ya estabas bien
pero tu esposo trajo a una sobrina
que perdió el trabajo
para que no esté sola
Tiene 26 es flaquita y simpática**

**con voz de niña para pedir las cosas
Se les metió en la cama
y se acostó con él
La muchacha junto a Jaime en Facebook
como si fueran pareja
o su hija que acaba de volver después de meses
o la sobrina lejana que era un invento
y es su nueva mujer
No lo sabremos
decir verdad es acarrear desdicha
y Jaime dice que se está divorciando
De hecho ya se divorció
La familia no lo sabe
sólo los médicos del hospital que dirige
Claudette es mi voz
de aguardiente
mi alcohol etílico
mi frasco de perfume roto
mis ojos morados
mi cuerpo abotagado
la hinchazón
las pastillas que Jaime receta todas las mañanas para
[calmarme
La muchacha que caminaba a diario cruzando las
avenidas
con el cuerpo erguido y bamboleándose
dueña de todas las miradas
amaneció
sin poder sostenerme
ir al dentista
mi sonrisa sin dientes
sin un quinto
llena de moretones
Jaime me castiga
me deja sin dinero
pero estoy contenta
Mañana iremos al Club a la cena de médicos
Estar casada con un doctor tan importante**

**ginecólogo
a quien tantas mujeres
le están agradecidas**

PECES

**Salí a la terraza del condominio
a contemplar el mar
Entre las palmeras inmensas del jardín
atravesó un hombre
Venía de la playa
saludó amablemente y se detuvo en el corredor
del apartamento de junto
de donde salió un niño como de 8 años
en busca de su tesoro:
un balde con agua y dos peces
que la tarde anterior había capturado
Hace rato los descubrí ya muertos
dijo el padre
Éste saltó de la tina por desesperación
quedó aquí en la mesa boqueando
El otro murió dentro
Poco más tarde salí del hotel con mis hijos
y vi al mismo hombre en una camioneta
con su esposa y el niño
Ese día 17 de julio era mi cumpleaños
fuimos a cenar
Regresábamos por el malecón
lleno de antros y de gente
cuando lo vi cruzar
desesperado
como queriendo encontrar
una mujer un hombre
oxígeno
para sobrevivir
dentro de su pecera**

LA NOCHE DEL DRAGÓN

A medianoche vi surgir del hombro de mi marido
una serpiente
su despliegue hizo un ruido ligero parecido
al roce de la seda
se detuvo en el aire
robusta y brillante
su cabeza buscó la mía
con ojos de odio
Dio un leve giro hacia mí
como si pretendiera
darme un escarmiento
y cruzó como flecha sobre la cama
desapareciendo en la oscuridad
Él estaba de espaldas
lo cual significa
que la serpiente venía de su pecho
Como volaba
(el dragón surge en distintas latitudes y edades)
concluí que era un dragón
y no esa anfisbena de alumna
que busca y sonroja a mi esposo
con su minifalda
y que yo había rogado a la Virgen
que extirpara

Tras la huella de la luz. Minerva Margarita Villarreal (1957-2019)

JOSÉ JAVIER VILLARREAL

LA LITERATURA, dice Georges Perec, es memoria y selección. No me siento capaz, tratándose de Minerva, de seleccionar, ordenar y editar un rico y caudaloso río de vida que ahora se traduce en memoria, en una sucesión de imágenes, en un torbellino de anécdotas y sensaciones, emociones que me sitúan en la cresta de una ola que no cesa y se prolonga, se derrama y parece anegarlo todo. Podría escribir que se me apareció, por vez primera, en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras a principios de 1978, que coincidíamos en las muestras de cine, en el Café Mexicano, en alguna exposición, quizá, ¿por qué no?, en los interiores de la librería Cosmos o en la Universitaria o en esa ínsula de privilegio que fue Arte y Libros, de don Alfredo Gracia; también, obviamente, en la librería México, a un costado del café que todos frecuentábamos. Ella estudiaba Sociología y quería incidir en el proyecto de una sociedad más justa. En 1979 triunfaba la Revolución sandinista y ella se fue a Nicaragua como voluntaria. Los últimos estertores de la guerra, el machismo y el penetrante olor de la muerte contrastaron con la apacible mirada de Julio Cortázar y la desbordante energía de Ernesto Cardenal. Pasados unos días de intensa conmoción volvió a casa. En 1980 se fue a Israel, a Haifa. Ahí, nos dice ella, escuchó una voz que le reveló su ser poeta. Al tiempo que esta voz se revelaba, nos escribíamos numerosas cartas que fueron trenzando una poderosa red de diversos materiales: entre todos ellos, despuntaban con mucho el amor y el deseo. Apenas volvió a Monterrey, ese mismo día, ya éramos pareja o pretendíamos llegar a serlo. Tal vez no éramos del todo conscientes, pero el verbo se hizo carne y el milagro no dejó de ocurrir y vimos más allá. Minerva, como Odiseo, y a diferencia de Penélope, trazó un viaje de regreso rico en experiencias y

paisajes. De Israel a Egipto, luego Grecia, Francia, Italia y España. Pero su viaje se multiplicó con libros, museos, revistas, películas y amistades. El arte, la plástica y la escultura se impusieron, también la cocina y una concepción estética y sofisticada de la vida, en la que la belleza y el pensamiento se hermanaban con un sentido práctico cuyo hacer cotidiano siempre dio en el blanco. Decidimos vivir juntos. Y como vimos que esto era bueno, nos casamos el 20 de noviembre de 1982. Al año siguiente, haciendo gala de un nacionalismo a ultranza, nació José Pablo, el 15 de septiembre. Todo se iba configurando. En 1981 editó una *plquette: Hielos de viaje*, pero el libro, el primer libro, se iba cocinando lentamente, con extremo cuidado. Vivíamos al norte de la ciudad, en San Nicolás. Prácticamente no teníamos nada. Los muebles eran hechizos y para no deprimirnos los calificábamos con el marbete de «Cris / Art». La maternidad, lejos de lentificar su proceso creativo, lo aceleró. José Pablo era una fuerza y Minerva se entregó por completo a criar a su hijo, a escribir su libro y a dar un montón de clases. En 1990, el 8 de enero, nació Santiago Javier; Minerva estaba desbordada, rabiosamente feliz. Un año después, en 1991, aparecería en Guadalajara *Dama infiel al sueño*. Felipe Garrido tenía una pequeña editorial y había aceptado publicarle su libro. Los avatares económicos hundieron el proyecto, pero Felipe quería que el libro no se perdiera y se lo hizo llegar a Jorge Esquinca. Un mediodía sonó el teléfono y Minerva, al colgar, estaba feliz. Su libro, su primer libro, se editaría, y una larga amistad habría de prolongarse a lo largo de toda la vida: la de Jorge, Felipe y Minerva.

Santiago no llegó solo, ya que en 1990 Minerva obtuvo con *Pérdida* el Premio Nacional Alfonso Reyes. Quince años después, en 2005, sería nombrada directora de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, y en 2009 comenzaría esa impecable y urgente colección de poesía internacional, El Oro de los Tigres, que, bajo su dirección, creó un catálogo imprescindible en homenaje a Alfonso Reyes. Tal vez toda esta gesta se comenzó a fraguar misteriosamente en 1990 con este premio. *Pérdida* se publicó al año siguiente en Premia, en la prestigiosa y ya legendaria colección Libros del Bicho. Minerva impartía talleres de poesía bajo el auspicio del ISSSTE, delegación Nuevo León. Su jefa, que habría de convertirse en su amiga, era María Elena Quiroga. El ISSSTE participó en la edición del libro. La portada fue una composición plástica de la propia Minerva.

En 1992 nació Ximena Margarita: «mi niña», así reza en una dedicatoria. Su rompecabezas sentimental estaba completo. Ximena vendría a

ser un diálogo permanente, una promesa, una esperanza que mostraba sus frutos; también un espejo que reflejaba tanto las coincidencias como las amorosas diferencias.

A mediados de 1994 nos fuimos a vivir a El Paso, Texas. Pero antes fuimos por carretera a Saltillo. No sé si en realidad íbamos a Saltillo o sólo pasamos por la ciudad rumbo a Zacatecas; aunque podría tratarse de un viaje a San Luis Potosí o a la Perla de Occidente. Estamos instalados en una larga secuencia de una *road movie*. Yo conduzco y pago el importe de las casetas, Minerva va recitándome y escribiendo en una libreta epigrama tras epigrama como un dique que ya no soporta su vasto contenido y se derrama, anega el valle desbordándose, saliéndose de madre. La ironía, el ingenio, el destello de una filosa inteligencia. Es Catulo, Marcial y Juvenal, pero también es Cardenal, Pacheco y Zaid. No sólo fue una atenta lectora de la obra de Gabriel Zaid, también intervino sus poemas en complicidad con el autor. Con respecto a José Emilio Pacheco, lo leyó y releyó; antologó sus poemas en dos ocasiones y lo acompañó a recibir el Premio Cervantes. Fueron dos brújulas con las cuales estableció una sólida, respetuosa y amorosa amistad. Pero también campean muy de cerca los griegos, aquellos que están contenidos en esa espléndida antología de Carlos García Gual. Carlos presentaría en 2015, en Madrid, en la librería Juan Rulfo del Fondo de Cultura Económica, la versión final de estos epigramas: *De amor y furia. Epigramísticos*, con prólogo de Aurora Luque. Los largos y poderosos tentáculos de la amistad no cesaban. Aurora se hizo su amiga, Mariana Lozano —su editora— habría de publicar más adelante una antología de Ida Vitale preparada por Minerva con motivo del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana; y un nexo sumamente fuerte y amoroso habría de establecerse entre Carlos García Gual y Minerva Margarita.

La paga común del corazón más secreto apareció en Ciudad Juárez, la editora fue Rosario Sanmiguel. Nosotros vivíamos ya en El Paso, en ese preciso lugar del no lugar donde el Río Grande y el Río Bravo se confunden. Para Minerva, esta estancia en el desierto significó un tiempo de retiro, de renuncia y confrontación. Sin embargo, la aventura apenas y comenzaba. Ximena iba un día a la guardería de la universidad y otro a una guardería judía a celebrar la conmemoración de Yom Kipur. Santiago apenas podía sostener su bandeja del desayuno en Mesita Mustangs, y Pablo se enfrentaba a una realidad hosca y, hasta ese momento, ajena en Morehead Middle School. *El corazón más secreto* apareció en Ciudad de

México en 1996; con él, Minerva obtenía el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines. En su momento viajó a México a recibir el premio. Nosotros, su familia —nunca lo confesamos, pero tampoco lo ocultamos—, nos vimos vulnerados por su ausencia. Cuando ya no pudimos más compramos hamburguesas, nos subimos al auto y fuimos a White Sands National Monument, en Nuevo México. Era obvio que no sabíamos estar sin ella.

Volvimos a Monterrey en enero de 1997 después de tres veranos, tres otoños, tres inviernos y dos primaveras. Mucho calor y viento al mediodía, tormentas eléctricas que recortaban los contornos de las montañas Franklin, nieve y mucho frío por las noches. Las mañanas parecían cabezas de ganado que pacían indiferentes. Minerva había revisitado cierto Siglo de Oro. San Juan ejerció una poderosa presencia. Las aguas eran otras y parecía que no necesitaba de velero para poder navegar. Amar con doble fuerza, amar mucho fue la lección y el aprendizaje que hizo suyos. Su registro había cambiado. En 1998 apareció su libro *Adamar*. Aún no se encontraban en Medina del Campo san Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila; pero esta última —no tan lejos— ya rondaba.

A partir de 1997 José Emilio Amores nos invitó a comer, una vez al mes, por espacio de diecisiete años, a su casa. Minerva gozaba estas comidas donde, con un pequeño grupo de comensales, decía, preguntaba, refutaba, discutía, criticaba, se exaltaba y también asentaba bajo la mirada amorosa y no siempre complaciente de José Emilio. Yo era Ganimedes, el copero, quien descorchaba la botella de vino, pero Minerva, en cambio, siempre asumió su rol de hija de Zeus y, por lo tanto, fue la favorita de la mesa.

En 2003 aparece *La condición del cielo*, y es ahí donde leemos: «Este libro está dedicado a mi niña Ximena». Con *Adamar* se había abierto una dimensión, un decir que apelaba a la imagen en su corporeidad carnal, y este nuevo libro: *La condición del cielo*, que editó Sandro Cohen, subrayaba en su brevedad la desmesura del deseo. El erotismo, antes gozoso y caudaloso, se apretó, se tensó en la punta aguda de una flecha o de una daga. Había un telón de fondo, un espacio que desnudaba los cuerpos, que exigía no sólo la comunión, sino también la fusión. Una sensualidad religiosa, una espiritualidad del amor se había desatado. También se sucedieron pérdidas, desgarrones que estremecieron su lectura del mundo, su apreciación de esa literatura áurea que reclamaba el mundo de la carne y el reino del espíritu como propios. Primero, murió mi padre,

con quien tenía una afectuosa relación, pero después murió su padre y el océano se dividió, la zarza dejó de arder y, paradójicamente, en 2006 se abrió —en ese vacío— una *Herida luminosa* que vendría a publicar hasta 2008; su editora fue su amiga de la adolescencia Rosana Curiel Defossé. Esa luz se convirtió en fuego. Su ardor dolía, pero su destello iluminó un camino que sólo a ella le competía transitar. En 2010, con *Tálamo*, obtuvo el Premio de Poesía del Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz. El libro se publicó en 2011. Recuerdo cuando lo empezó a componer. Estábamos en El Sauzal, a la entrada de Ensenada, frente al mar, degustando una copa de vino; en la terraza del bistró se celebraba una boda, y Minerva, en una servilleta, comenzó a cantar la historia. A lo lejos, tiempo después, bajando de la sierra de Gredos, se perfilaban las negras reses avileñas entre la nieve; en lo inmediato habitaba, leía y escribía, sin todavía saberlo, en la antigua Hacienda de Santa Teresa de las Higueras, donde, según su propio testimonio, la santa se le apareció en sueños. No era sor Juana, me dijo a la mañana siguiente; sino santa Teresa de Ávila.

La geografía se dilata, los valles y praderas se multiplican. No sólo es una monja que te toma suavemente de la cabeza como un mensajero del Olimpo en sueños. No se trata de sor Juana, es otra la monja. Tal vez sea un origen, una semilla que ha reventado y reclama su expresión. El pueblo de Higueras, donde están la casa y la biblioteca familiar, se llamó Santa Teresa de las Higueras. En Ávila desfilaste al frente de una procesión con el bastón de la santa; en Ávila también presentaste *De amor y furia. Epigramísticos* el día en que nació santa Teresa. No había otra fecha posible. Qué decir de Juan Manuel Rodríguez Tobal, de José María Muñoz Quirós, de Clara Janés, de Antonio Colinas, de los días teresianos en el viejo casco amurallado de Ávila. De esas noticias que llegaban como venablos desde Monterrey y te alcanzaban el corazón, tanto ahí como en la ciudad de Lima. Esas amigas, tus amigas tan queridas, que ya no estarían a tu regreso; Santiago y Ximena remando en las procelosas aguas de la vida. Un origen de judíos conversos, un alcanzar la gracia sólo por hoy. *Las maneras del agua*, lo dijiste en reiteradas ocasiones, fue un libro exigido, que se te impuso, un dictado que con dolor y gozo acataste. Este libro mereció en 2016 el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes, y en 2017, en Ecuador, el Premio de Poesía Hispanoamericana Festival de la Lira. Un ciclo en la poesía de Minerva Margarita llegaba a su cenit, no había más luz porque tampoco había mayor oscuridad.

Pero santa Teresa llegó como un hierro al rojo vivo, como una marca profunda, un cauterio que otorgaba su gracia de placer y dolor. No había vuelta, se transitaba una zona exigente, la vida estaba y te reclamaba. En 2017 apareció el volumen *De Santa Teresa*; un largo poema tuyo que no se desprendía de *Las maneras del agua*, pero que seguía el rastro de la santa en ese libro vivo, en esa apuesta de vida que te embargaba; había poemas de José María Muñoz y espléndidos dibujos de Antonio Oteiza. Todo ángel es terrible, lo cantó Rilke y lo filmó Wenders; sin embargo, tú lo vivías y escribías. Tu mundo ya estaba coronado por el asombro, por el insondable enigma de lo diario y sus reiterados milagros.

Te llevé a Higueras hace treinta y ocho años a que te conociera mi abuela paterna. Ese mismo día por la noche mi abuela le habló por teléfono a mi padre y le dijo: Tu hijo vino hoy a presentarme a su novia y anda en serio y, además, no puede ser casualidad que ella también sea Villarreal; así que date la vuelta lo más pronto posible. Minerva, hace muy pocos días, nos reveló, a sus hijos y a mí, que su bisabuela era oriunda de Higueras y que había emigrado muy joven a Santiago, al sur del estado, a trabajar en una fábrica de textiles. Higueras se enamoró de ella y ella de Higueras. El último libro que alcanzó a publicar en vida: *Vike. Un animal dentro de mí*, lo editaron Carlos Lejaim Gómez y Alejandro Vázquez Ortiz. Este libro sería impensable sin esas caminatas a La Laguna, al Tanque Nuevo o, por las noches, por las calles del pueblo. Un poema libro a la vez lírico y épico, a la vez pastoril y desoladoramente actual; ríspido, amoroso y limpio. Una poesía meticulosamente trabajada de lo inmediato y próximo, como toda poesía que se precie. Rilke dice que el deber del poeta es volver visible lo invisible. Murilo Mendes dice que lo invisible no es que no exista, es sólo que no se ve. Minerva murió el 20 de noviembre de 2019. Su obra está aquí, y ahora que pertenece al reino de lo invisible está más presente que nunca.

Con estas palabras quiero agradecer de corazón, de memoria, en la memoria, a César González de León ese amor y ese respeto, esa complicidad y esa inteligencia permeada por la fe que estableció con Minerva Margarita a lo largo de esos últimos años tan decisivos y tan plenos. También al doctor Miguel Soto su presencia, que allanó un camino cuesta arriba. Todo mi agradecimiento, a nombre propio y de mis hijos ●

MONTERREY-HIGUERAS, NOVIEMBRE DE 2019.

Instantáneas de Minerva Margarita Villarreal

ERNESTO LUMBRERAS

1. LOS PRIMEROS POEMAS que leí de Minerva Margarita Villarreal fueron publicados en *Plural*, en su edición de febrero de 1987. En esa época, la revista dirigida por Jaime Labastida convocaba a un concurso, en varios géneros literarios, de alcance hispanoamericano, al que sumaba un premio en lengua portuguesa. La poeta regiomontana obtuvo el primer lugar en el área de poesía, con una colección titulada *Los abandonados*. En esos poemas, leídos en retrospectiva, reconozco giros y tensiones, arrebatos y fulgores presentes en libros que escribirá muchos años después —pienso en *Herida luminosa* (2009) o *Tálamo* (2011). Por lo visto y por lo oído, la poeta encontraría en hora temprana el cromatismo de su voz, el hilo en el laberinto de su abecedario, «la sensación de las palabras haciendo lo que quieren y lo que no quieren hacer», diría Gertrude Stein.

— — —

2. LA VERDAD ES QUE NO ME ACUERDO de cuando conocí a la poeta. ¿En un encuentro de Poetas del Mundo Latino? ¿En la Feria del Libro de Monterrey? La leía aquí y allá, en suplementos y revistas de los muchos que circulaban en los ochenta y los noventa. Cuando llegué a la editorial Aldus, en 1998, nos visitó, pues su libro *El corazón más secreto* (1996) se había agotado y teníamos planes de sacar una nueva edición. Recuerdo que entonces me obsequió ejemplares de la revista *Armas y Letras*, publicación de la Universidad Autónoma de Nuevo León donde se desempeñaba como académica e investigadora. En uno de esos números, leí con fascinación una larga entrevista que le realizó al pintor Arturo Rivera. Más allá del meritorio

trabajo periodístico de la poeta, reconozco ahora ciertas afinidades «entrañables» entre su poesía y los cuadros de Rivera: la herida como poética, la víscera como catarsis. Pero también observo el oficio para convertir el grito y la sangre en revelación y misterio.



3. EN FEBRERO DE 2019 COINCIDIMOS en el caótico y sufriente Aeropuerto de la Ciudad de México. Vamos a Villahermosa para participar en las renacidas Jornadas Pellicerianas. Además de leer poemas, especialmente de su libro *Vike. Un animal dentro de mí* (2018), Minerva Margarita dará una conferencia magistral —ahora sí el adjetivo es justo— en torno a la amistad literaria de Alfonso Reyes y Carlos Pellicer. No sabía, hasta hace muy poco, que había estudiado teatro. Viéndola en el templete del auditorio me doy cuenta de su control de la escena y del *tempo dramatis*, de su excelente dicción y del contacto visual con el público. Amena y divertida, rigurosa y documentada, la poeta lee y comenta su ponencia mientras proyecta en la pantalla, entre otros asuntos, las dedicatorias autógrafas que el poeta de *Horas de junio* escribió en sus libros enviados al sabio regiomontano y que están a buen resguardo en la Capilla Alfonsina.

Por supuesto, al concluir su participación recibe aplausos y felicitaciones. El relevo generacional de la poesía mexicana quedó excepcionalmente expuesto en su charla. Me sorprende enterarme de que la mañana del domingo 9 de febrero de 1913, el joven Pellicer —que vivía con su familia en la esquina de las calles de Moneda y Seminario— presenció la balacera frente a Palacio de Gobierno donde fue abatido el general Bernardo Reyes. Horas después, en la terraza del Museo de Antropología Carlos Pellicer, mirando el fluir noctámbulo del río Grijalva, agradezco a Minerva Margarita su conferencia y le pido, para un próximo viaje a su tierra, una visita guiada a la Capilla Alfonsina, que por tantos años dirigió con profesionalismo y pasión.



4. LA VINDICACIÓN DEL CANTO en su voz lírica será una premisa consustancial tanto para las celebraciones como para las elegías. Antes que escritura, mucho antes que literatura, el poema está hecho de palabras vi-

brantes, cadencias, ritmos y aliteraciones, música (con sentidos y enigmas) expuesta en los espacios públicos, es decir, tiempo en el que convergen el mito y el rito. Posiblemente en su libro más reconocido, *La maneras del agua* (2016), esté presente dicho borboteo gutural y rítmico que aspira a decir y a no decir las paradojas de la realidad, sus vislumbres incommunicables y sus praderas tan mundanas: «Su torrente / que alivia / y vuela».

— — —

5. LEJOS DE FEMINISMOS MACHACONES y de circunstancia, la condición de género cruza la poesía de Minerva Margarita Villarreal como incandescencia e interrogante, pero también es examen y diálogo. Quizá más importante que la contingencia histórica, en su obra destacan sus acercamientos, o mejor dicho, sus avistamientos de lo sagrado: «En el lecho abatido / Dios vino a tocarte / vino del precipicio / Y no es cuestión de aceptarlo / Hay que guarecerse de sí». En definitiva, más próxima a Simone Weil que a Simone de Beauvoir.

— — —

6. EL RELÁMPAGO DE SUS OJOS, el ímpetu de su voz, su hiperactividad. La poeta siempre estaba a punto de comenzar o terminar algo. Se encontraba al día de lo que había que leer, que no siempre eran novedades editoriales. Escribió sobre muchísimos temas, aunque todos bordados con el hilo sutil e imprevisto de la poesía. Ésa es una empresa futura: organizar una antología de sus ensayos y de sus prosas.

— — —

7. DESDE SU APARICIÓN, en 2009, la colección *El Oro de los Tigres*, dirigida por Minerva Margarita Villarreal, fue un acontecimiento editorial que, año con año, esperamos los lectores de la poesía que se escribe en otros orbes lingüísticos. Con el paso del tiempo, estos libros, de manera individual o en su estuche, se han convertido en piezas codiciadas por bibliófilos. El antecedente lejano de los libros de *Cultura* que lanzaron Julio Torri y Agustín Loera y Chávez o, en tiempos recientes, los publicados por *El Tucán de Virginia*, validaba la exquisitez de una empresa de traducción que

pusiera al día a nuestros clásicos y nos trajera al solar de nuestra poesía las voces más estimables de la lírica que se está escribiendo en otras latitudes.

En cada entrega hay verdaderas maravillas. Destaco estas joyas que me han devuelto la fe en las palabras de la tribu: *Muere mi madre*, de Saito Mokichi (trad. de José Kozzer); *Un libro de cosas luminosas* (trad. de José Javier Villarreal y Martha Fabela); *Ella*, de Eugène Guillevic (trad. de Francisco Segovia); *Orión*, de Geo Bogza (trad. de Omar Lara); *Poemas sueltos*, de Marina Tsvietáieva (trad. de Selma Ancira); *Una noche*, de Constantino Cavafis (trad. de José Emilio Pacheco); *Dios*, de Victor Hugo (trad. de Tomás Segovia); *Canciones y sonetos*, de John Donne (trad. de José Luis Rivas); *La invención de Orfeo*, de Jorge de Lima (trad. de Antonio Cisneros); *Oscuro*, de Ana Luísa Amaral (trad. de Blanca Luz Pulido); *Autobiografía en rojo*, de Anne Carson (trad. de Tedi López Mills), y *Algo como un tragaluz*, de Jacques Dupin (trad. de Jorge Esquinca).



8. MAESTRA, PROMOTORA CULTURAL, editora, investigadora literaria, ensayista y, especialmente, poeta. Amiga de sus amigos, con los que nunca fue condescendiente. Enemiga de la corrección política y poética, Minerva Margarita, sin perseguir nunca afán personal, se expresaba sin ataduras, lo mismo en sus declaraciones sobre la candidez o la ignorancia de funcionarios públicos o la mezquindad boba de escaladores de la gloria literaria. Era también una enamorada de su tierra, de Monterrey y de su paisaje imponente y bárbaro. Los poetas de mi generación le agradecemos la compilación de la poesía de Samuel Noyola —nuestro Artaud o Rimbaud, lo que gustéis—, que apareció bajo el título *El cuchillo y la luna*. La última vez que nos vimos, en un restaurante italiano de la Sultana del Norte, con José Javier y Claudia Berrueto, platicamos lo mismo de siempre, la poesía de nuestros capitanes, la situación de espanto de nuestro país, la necesidad nuestra de seguir sumando caballos con espuma y marionetas... Será difícil regresar a Monterrey y ya no escuchar su risa —de mar de violetas golpeando acantilados de mármol— y ya no deslumbrarme con el relámpago de sus ojos ●

MMV

JORGE ESQUINCA

a José Javier

*Atravesé los campos
entre lobos y viento*

escribiste,

**¿qué fue aquello
que encontraste
tras la niebla?**

**¿la palabra que faltaba,
la conjugación del tú
en el verbo nosotros?**

*No se trata de un sueño
lo que hallé en la niebla*

**contestas,
desde una estrella
en fuga.**

**Hubo una vez
¿recuerdas?
días junto al mar,
una playa a la que tú**

**acudías engalanada,
convertida ya
en la intérprete que habrías de ser,**

**que temías ser
en una historia por contarse,**

**la que nunca dejaste
siquiera traslucir,
más allá de un ámbito
privilegiado,**

heroína encarnada en ti misma.

**Ambos, *hermanita*, regidos
bajo el sol de Aries,
leo ahora las iniciales de tu nombre
como una cifra ¿de qué?**

**No supe advertir,
la voraz avanzada
de la sombra
que te comía por dentro,**

**ésa, inmovible robadora,
nunca pudo arrebatarte
la belleza,**

**tú, muchacha siempre,
buscabas el abrazo de Dios
en un círculo de dolor iluminado.**

**Hablaste, hablamos, cosas
que ahora tú sabes de cierto,**

**¿obtuviste respuesta a tus empeños?
¿entraste al fin transfigurada
en el castillo abierto por Teresa?**

¿Nos cuidas desde ahí?

**Aquí, ahora, el amor resurge,
anima su menuda linterna
entre la sombra nombrada,**

*al fondo
suelta
la parva
de gorriones
que se eleva.*

**Cada 5 de abril
voy a seguir celebrando
contigo
nuestro cumpleaños.**

Vike, una voz que nos habita

SOFÍA MAGALLANES

No podía creer que ella, el delicado estuche blanquísimo que era ella, me estuviera entregando sus libros, su sonrisa cálida, sus palabras. La conocí en julio de 2018 en la celebración de los noventa años del Premio de Poesía Aguascalientes, y me impactó su presencia —«Soy mamoncita», declaró alguna vez—; una regia que además era (¡cómo duele decir «era»!) la directora de la Capilla Alfonsina; tan grande fue el trabajo de Minerva Margarita Villarreal, que se le acababa de nombrar asesora de la Memoria Histórica de este país.

Fui su última presentadora. Es una sensación agri dulce. Con muchos nervios accedí a hablar sobre una de las poetas que más admiro, en el Encuentro de Escritoras 13 Habitaciones Propias, en Culiacán. Antes de leer el texto que preparé, me pareció oportuno comentar que añadir algo novedoso a la estudiada obra literaria de Minerva Margarita resultaba una tarea difícil: la regiomontana constituye lo que Isabel Zapata menciona en su ensayo a propósito de los noventa años de la publicación de «Una habitación propia»: un pilar en la construcción de la tradición literaria femenina, tan necesaria para que las que ejercemos la escritura podamos hacerlo a partir de referentes claros.

El texto lo reproduzco a continuación:

¿De quién es lo escrito? ¿La escritura es de Ella, de Ellos? Estas preguntas no tienen sentido cuando la vida humana se escapa en los crímenes de Estado, cuando la herida en las historias minúsculas es demasiado grave. Esa herida es símbolo de muerte y está abierta, se infectó con los feminicidios que rebasan la comprensión. Neutra, no neutra, política, errática, imposible, fugaz, ridícula: la escritura pugna por hablar de los feminicidios.

INGRID SOLANA, *Notas inauditas*

LA POESÍA DE MINERVA MARGARITA VILLARREAL detona múltiples posibilidades del lenguaje. Como lo hacen los poetas de oficio, en su aliento las palabras logran desdoblamiento, las voces se multiplican hábilmente para entrar en la subjetividad, quieren hacerse escuchar porque nuestra poeta ha decidido denunciar, como un haz de luz que va penetrando hasta hacer visible lo que no se puede nombrar, en una arqueología de lo íntimo va al arquetipo; desde lo místico, sin pudor, exhibe las entrañas.

Si hay una característica que han distinguido los estudiosos de la obra de Villarreal, es esta aparente fragmentación de las voces, debido a la multiplicidad de puntos de vista desde la que nos hablan, desde la que describen sus distintas perspectivas, desde donde se explican. En este sentido, cabe entonces la pregunta: ¿quién rayos habla en estos poemas?

Habría que poner atención al hecho de que al estar frente a alguno de sus versos, no percibimos solamente uno de sus textos, sino que estamos ante una de las versiones de su discurso poético, ante una narrativa que cabe en el contexto de una forma de decir las cosas.

Si sus libros pudieran representar un estadio determinado de su poética en general, si cada poema puede hablarnos de algo más extenso que sobrepasa al conjunto de hojas que se presentan juntas, si en una misma estrofa hay desdoblamiento que apuntan a diversas voces que se multiplican y aparecen sin menoscabo del tono, del sentido, de lo que se quiere expresar, y utiliza distintas facetas para presentarse, sería entonces más certero pensar en un fractal, donde las partes son también el todo, leer un poema de *Vike*, o de *Tálamo* o de *Las maneras del agua*, es leer también toda la poética de Minerva Margarita. En este caso, leer un libro no es únicamente leer un libro.

I TEJIDO

CONOCÍ LA OBRA DE MIRIAM MEDREZ en marzo de este año, durante el Coloquio de Mujeres Artistas Nellie Campobello, realizado en Durango; de la mano de Rocío Cárdenas pudimos apreciar las piezas que Miriam va tejiendo, configurando un trabajo interdisciplinario que busca expresar lo indomado de los objetos y del cuerpo, del cuerpo femenino. Si algo habría que destacar en la obra de Medrez sería la manera en la que están tejidas sus piezas, con hilos por donde parece crecer la hierba, como las ciudades cerca de la playa, a las que las penetra suavemente el follaje; los contrastes entre la tersura y la aridez de las fibras parecen hablarnos de un cuerpo que asimila al otro y que lo complementa, que evidencia su ser en el contraste.

Partiendo del hecho de que, como lo ha dicho Hans-Georg Gadamer, «La palabra *texto* designa, en sentido propio, un tejido, un todo inseparable compuesto de meras hebras sueltas. De la misma manera en el poema, de muchas palabras y sonidos resulta una unidad que se distingue precisamente por la unidad del tono», es así que podemos apreciar que los textos de Minerva Margarita Villarreal en *Vike* son también un tejido que cubre de misterio, una serie de acontecimientos terribles que le suceden a una habitante de El Vergel. Mediante la repetición, la ausencia de puntos y comas, el empleo de los espacios, la reiterada utilización de la letra «v», etcétera, el poema transita sin detenerse, entre la abstracción y lo subjetivo, en una trama que seduce pero que también rasguña, como las ramas en el tejido de un cesto, que contienen la memoria del agua, pero también la dureza de una osamenta.

Esta suerte de cestería que va creando Minerva Margarita Villarreal es de una consistencia similar a lo que Miriam Medrez logra con sus contrastes entre la suavidad y la aspereza, los versos que fluyen en un aparente dictado sin filtro, creando la sensación de frases sin pulir, por donde el poema deja ver su hilvane, sus costuras, completamente a propósito, lo que hermana las obras de estas dos grandes artistas de Monterrey.

Porque *Vike* es un árbol, es un follaje del que ahora la poeta nos muestra su tejido de ramas; la savia ha dejado de correr y han quedado secos los tallos, inmóviles, como fósiles de ancestros y recientes recuerdos, el poema es una trama que nos recuerda un paraíso, pero que al mismo tiempo encarna la verdad de una tragedia.

II PARAÍSO NUNCA TOCADO

DICE JUAN CARLOS ABRIL, en «Una aproximación a *Las maneras del agua*», que «Minerva Margarita Villarreal se inserta en la tradición de la poesía mística experimental cristiana del Siglo de Oro, a través del tamiz y los matices del siglo XXI». Esta afirmación se puede aplicar al presente poemario desde el punto de vista de su sustrato cristiano. La historia de la literatura mexicana se encuentra ineludiblemente tocada por la influencia de la religión, en este caso no únicamente por la sensación, que impregna todo el libro, de la nostalgia de un paraíso que nunca se tuvo, o por los variados símbolos que bien cabrían en ensayos prolijos, como el cráneo que aparece a lo largo de todo el poemario, sino también por una serie de elementos que quiero destacar:

**María Virginia González Chapa fue enterrada
a la vera del río que no es río sino un lecho desecado**

**Fue enterrada lejos de la iglesia
a la derecha de la carretera
en las orillas de El Vergel**

Es decir, Vike no tuvo santa sepultura, por lo cual queda marginada del perdón de Dios; estamos ante un Pedro Páramo, o, mejor dicho, ante una Susana San Juan, que enloquecida por el amor que le queda dentro y se le pudre en las entrañas, está atrapada:

**El purgatorio
El purgatorio
Yo escarbo el purgatorio con mis uñas
Y me quedan lodosas
Llenas de tierra de las tumbas camino del infierno.**

Este calor y la humedad de la tierra que nutren los poemas nos dan idea de esta negación del perdón que aconteció a la muerte de Vike, quien, según la religión católica, quedaría como alma en pena, errante.

**No estoy tendida
sólo duermo
en la hélice del espíritu
con el yelmo de la fe
y la palabra como daga
no se amontonen
no canten victoria
no existe aún el cadáver que sueñan.**

La figura del sacerdote que no puede redimir a los habitantes de Comala podría representarse aquí, por el árbol que de buenas a primeras se instala en el jardín, este árbol crea discordia y perdición en el Vergel, es el árbol del pecado:

**Este árbol vino a sembrar cizaña
hace que los novios discutan
que la madre se enfade con sus hijos
que los hijos se vayan**

Pero no sabemos si, efectivamente, ese árbol es también la propia Vike:

**Ahí fuiste a dormir
y tu cuerpo se ramifica
Vike
y su raíz filtra
tu rastro
tan hondo y diestro
que pareces pisar un suelo inédito**

Finalmente, todos los escenarios son posibles en los versos de la autora, con maestría, ya lo hemos dicho; en *Vike. Un animal dentro de mí*, esta mujer, Virginia, puede también redimirse e ir a cielo o caer al inframundo, porque a fin de cuentas los versos son caminos, son la narrativa del peregrinar por este mundo, un periplo sin fin, como en el mito, una sensación de eternidad que disemina, pulveriza las voces.

III VIKE NIÑA (TEXTO A PARTIR DEL POEMARIO)

SIENTO SU ALIENTO CERCA, me lastima su olor, mis ojos entrecerrados distinguen grietas en su rostro, hay mucha baba, incontables golpes en mi vientre, a veces se tarda mucho y a veces termina pronto, se queda como muerto y ésa es la sensación menos angustiada de mi vida, cuando por fin se separa de mí y puedo poco a poco hacerme bolita, sollozar con quejidos secos, lamer mis heridas que nunca acaban de sanar.

Su olor me lastima papá

Su olor me lastima papá

Y mis heridas nunca acaban de sanar.

IV DENUNCIA

CADA DOS HORAS Y MEDIA, una mujer es asesinada en México; al día se cometen casi cincuenta violaciones; dos de cada tres mujeres violentadas lo fueron a manos de conocidos, principalmente sus parejas sentimentales. Para la mayoría de los hombres, las estadísticas lo dicen, la mujer es tomada como objeto de uso.

¿Qué delito se comente en este país para enfrentar una aniquilación de estas magnitudes? ¿Qué ola de silencio están consiguiendo con el uso de toda esta violencia?

Y regreso a la pregunta que he estado haciendo a lo largo de estos escritos: ¿quién rayos habla en estos versos?

Para Minerva Margarita Villarreal, escribir responde al hecho de que hay un resquemor por dentro que necesita materializarse. Según sus palabras: «Como un malestar aparece lo indescifrable, una dolencia. Interna y atemporal. Y necesita salir». En el caso de *Vike. Un animal dentro de mí*, podemos decir que ese animal ha estado dentro de la poeta desde siempre, y hoy se devela a través de la denuncia de

una injusticia, porque Vike queda muda, a nadie le importa el destino de una loca, pero por suerte, en la poesía, en estos poemas habla una mujer, hablan los elementos de la naturaleza, habla un narrador, habla la propia autora, habla la mujer que escribió estas palabras, hablan las mujeres de los pueblos que crecen cercadas por el silencio, hablan las niñas marginadas, hablan las mujeres violadas y asesinadas, hablan las multitudes, y habla la mujer abstracta, la de las cifras, habla finalmente un número: diez mujeres al día son asesinadas, cuarenta y nueve violaciones diarias, horas y horas de acoso, minutos eternos de violencia, siglos y siglos de silencio.

V EL ANIMAL DENTRO

ENCONTRAR LAS VOCES DE LOS OTROS es descubrir, por fin, la voz más interna, es hallar las palabras que mejor dan cabida a lo que queremos decir. Si bien la poesía contemporánea busca desvestirse del lirismo en pos de ir, en un ejercicio de compromiso, por una realidad que necesita ser dicha, evidenciada en la literatura, Vike ha estado en Minerva Margarita Villarreal desde siempre, se ha materializado por la pluma de la poeta y ha logrado denunciar una historia concreta, hasta hacernos ver los animales que cargamos, las bestias, el rencor vivo que carcome como cáncer en las entrañas.

Zorra, halcón, gato, gallina, burro, oveja, cacomixtle, vaca, caballo, bichos y aves: ¿cuál de estos animales es la bestia que llevamos dentro? Desde el inicio hemos de hacernos esta pregunta: ¿a qué animal se refiere la poeta?

La respuesta es: todos ellos. La respuesta es la enfermedad, la respuesta es el cáncer, la respuesta es el rencor.

Sin embargo, como siempre, también la respuesta está a la vista de todos, evidente:

**El vacío está dentro de ti
es el animal que te come desde niña**

El vacío es un animal que desde la infancia vamos tejiendo ●

Lo que somos

PEDRO SERRANO

NO SON MUCHOS los escritores a los que puedo ver como individuos independientes y, al mismo tiempo, construir una figura que incluya a sus parejas y que, en esa secuencia, me incorporen también a mí. Ida Vitale y Enrique Ferriero, quienes fueron mis vecinos en Mixcoac en los años setenta, y con quienes he coincidido en muchas vueltas de la vida, son unos de ellos. Otros, más cercanos en edad, pero igual mis contemporáneos, son Minerva Margarita Villarreal y José Javier Villarreal. A pesar de no haber convivido mucho, en parte porque ellos han estado casi siempre en Monterrey, en parte porque yo he pasado varias temporadas fuera del país, puedo decir que fuimos creciendo juntos. Esto es algo que no me atrevería a afirmar de muchos poetas de mi misma edad y de la Ciudad de México. Pero con ellos dos he coincidido en varias ciudades, y he tenido conversaciones que han trenzado una misma cuerda. El primer recuerdo que tengo de uno de los dos es de José Javier en 1981, en Morelia, durante el mítico Festival Internacional de Poesía organizado por Homero Aridjis. Y el primero que tengo de Minerva es en la Ciudad de México, en donde, no sé por qué razón, estábamos tomando unas cervezas, creo que con Carlos López Beltrán, en La Bodega de las calles de Ámsterdam y Popocatepetl. La recuerdo con el pelo pintado de rojo, dicharachera y firme. Cuando Carlos y yo publicamos *La generación del cordero*, organizamos un viaje a Oaxaca con seis de los poetas británicos incluidos. Nos acompañaron varios poetas mexicanos, pues queríamos afirmar ese viaje colectivo que hacemos quienes escribimos poemas. Minerva nos acompañó, y leyó los poemas de Sujata Bhatt en las lecturas que organizamos. Poco después me invitó a presentar la antología en Monterrey, donde no había estado desde que fui con mis padres, de niño. En los últimos años nos hemos visto más seguido. En 2016,

Minerva aceptó participar en el primer Avispero de Chilpancingo, y al año siguiente coincidí con ella y José Javier en el Festival de Trois-Rivières en Canadá. Poco después Minerva me invitó a presentar en Monterrey su maravillosa colección *El Oro de los Tigres*. Cenamos una noche los tres, y al final llegaron sus hijos. Hace dos años fuimos ambos jurados del Sistema Nacional de Creadores, y nos fuimos en metrobús hasta la Avenida Álvaro Obregón. Allí ella tomó un taxi, pues se iba a ver con José Javier y con otro amigo común, el poeta gaditano José Ramón Ripoll. El año pasado publicó mi traducción de *Figuras en el paisaje*, de Anna Crowe, y me invitó a participar en un hermoso festival que organizó alrededor de su colección. Cada una de estas menciones recoge una imagen en la que conversamos. Cuatro décadas intermitentes en que cada uno por su lado participamos de un tejido colectivo, el de la poesía en México. Creo que mucho de lo mejor que este país tiene está en esas voluntades que han hecho poemas, traducciones, festivales, ediciones, que han dado clases y viajado, que han formado a nuevas generaciones que continúan ese esfuerzo, esa voluntad colectiva que a final de cuentas es gozosa, a pesar de sus torceduras. Me da gusto estar inmediatamente después de Minerva en la *Antología general de la poesía mexicana*, de Juan Domingo Argüelles, como si fuese la manifestación de una discreta y continua cercanía. De sus libros, el que más me importa es *Tálamo*, por su poderosa fuerza vital, por el desprendimiento de su espíritu, un libro trenzado de pequeñas viñetas fijas y velos desafiados. Y dentro de este libro, un poema que considero su medallón, en el que la veo afirmándose y llevándonos, como el papalote que menciona en otro poema, en su vuelo, es el siguiente:

*La casa que construiste fue arrasada
 Cómo se desprendían paredes y ladrillos
 El techo voló
 sobre los huesos
 y el paisaje entre la hierba abrió
 echó raíces bajo las plantas de mis pies
 Estoy anclada
 y esta casa mojada por la lluvia
 esta casa azotada por el viento
 hecha polvo
 y materia que crece
 esa casa soy yo.*

Minerva Margarita Villarreal:

una presencia nítida

SILVIA EUGENIA CASTILLERO

TRAS LA PARTIDA de Minerva Margarita Villarreal, bajo el silencio de su ausencia y el recuerdo de su tan amena conversación, tras estos barrotes de tiempo y espacio que me impiden seguirla, releo *Vike. Un animal dentro de mí* (Editorial Analfabeta, Nuevo León, 2018), el último libro publicado de la poeta, que me dio y dedicó. ¿Quién es Vike? Durante la lectura voy encontrando —bajo las voces de mujeres ultrajadas— una voz nostálgica, visionaria; voz que va cantando la belleza de la naturaleza a la vez que se despide de todo ello. En *Vike*, Minerva Margarita mira desde el pasado, habla desde la muerte.

La línea divisoria entre lo corpóreo y lo incorpóreo me permite escuchar ahora esa discreta y baja voz que va tejiéndose a lo largo del libro. Descubro a Minerva Margarita en un nombrar (por primera vez) de medio tono, leo cómo se describe a sí misma «con el tronco erguido / el pelo lacio / sus pies en tierra se transformaron en raíces / sus brazos se hicieron ramas / le salieron flores que parecen frutos / de un ocre naranja y se dispersan hasta el solar / como una alfombra quebradiza...» (p. 24).

Imagino a Minerva Margarita floreciendo, la imagino prodigando esa belleza que logró reunir en su persona vuelta un prodigio natural. Vuelta viento y agua, rayos solares que acompañan; la veo en esa breña crecida que tanto describe en su libro. Y en tonos diversos del verde que también supo cantar en distintas inflexiones de los versos.

La última vez que la vi, unos días antes de morir, me pareció como siempre muy vital, pero más poseedora de sí misma y de su entorno. Logramos una mayor compenetración de nuestra larga amistad. Un canal nuevo se abrió entre nosotras, una comunicación que fluyó

desde el inicio de ese reencuentro en el Encuentro 13 Habitaciones Propias, en Culiacán. Al despedirnos, y en los días siguientes, había en mí el recuerdo de su mirar sosegado, de su sonrisa en paz con todo. Ahora sé que se estaba retirando, su mirar era de quien va de salida porque se dirige a un sitio diferente: «y tu cuerpo se ramifica / Vike / y su raíz filtra / tu rastro / tan hondo y diestro / que parece pisar un suelo inédito» (p. 55).

La frescura de sus poemas está acompañada de ese camino místico hacia la luz, la luz certera, la luz que inicia otra búsqueda subterránea o etérea. Un camino fuera de la dura tierra, de la materialidad de la que tanto disfrutaba. Le atraían las grietas, los enramados, los vericuetos que distorsionan lo recto.

Minerva miraba como desprendiéndose del estar aquí, con una sonrisa tranquila, con un sosiego claro. Sus libros fueron creciendo del erotismo y sus efectos perturbadores al misticismo en su camino de purificación; del goce sensual al camino del encuentro autorreflexivo, de esa luz posterior al hallazgo.

Cuando la conocí, no recuerdo en qué año, lo primero que me llamó la atención fue su amabilidad y su sonrisa, su manera de inducirme de inmediato al diálogo. Minerva tenía un don para socializar, pero además era divertida y simpática, así que estar con ella significaba pasar momentos muy agradables. Por otra parte, era cálida y sobra decir lo generosa que en todo momento se mostraba. Fuimos tejiendo una amistad, éramos antípodas en el sentido en que a ella nada le costaban las relaciones públicas, mientras que para mí siempre me han sido difíciles. Se abría camino donde quiera. Nos unía vivir ambas en el interior del país, en lo que siempre nos identificamos fue en luchar por obtener espacios desde fuera de la capital. En eso nos entendimos y nos comprendimos. Nos dábamos consejos.

Minerva tenía gran facilidad en su relación con la vida práctica, un don para no únicamente sobrevivir a lo cotidiano como muchos lo hacemos, sino una eficiencia envidiable. Con sus poemas mantuvo el rigor necesario y una relación de lucha con la forma poética: «Qué chinga la poesía», me dijo alguna vez. No obstante, trabajó incansablemente para ir depurándose hasta lograr su obra magna *Las maneras del agua* (FCE, Ciudad de México, 2016), libro que obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes y el Premio del Festival de la Lira, ambos premios muy importantes.

A través de la lucha de la materia con el fulgor y con lo etéreo logró una forma poética que alcanzó el canto. Aprendió a abrir, desarmar, perforar, palabra por palabra y a rearmarlas, reanimarlas en un *corpus* único, transgresor y a la vez delicado. Su poesía reciente se vuelca en las roturas, imperfecciones, manchas del lenguaje y de la vida, para ascender en un aleteo limpio, en un rodar como las aguas cristalinas y certeras. En *Las maneras del agua* las metamorfosis se suceden con la magia de lo repentino que trae consigo ese paso de lo oscuro a la claridad, al vuelo místico que despega de lo terreno y lo transmuta en unión del misterio con la tierra. Como en su poema «Laude»:

**Mientras me como esta manzana
Dios viene a bendecirme
parpadeante de sol
desciende
al vuelo
de la paloma
con su piel
su pelo alborotado
y un joven
que conduce a la puerta
del programa de los doce pasos
El muchacho es adicto
De cada diez
uno no recae:
La impotencia de sus labios
por mi sangre
fluye**

Minerva Margarita Villarreal supo que había tocado una tecla única en la poesía. Quizá por eso puso punto final. Quizá amalgamó su cantar al canto universal y cambió su presencia corporal y extraordinaria, por una presencia infinita a través de su nítida y trascendente poesía ●

LENGUAS DE LA MADRE TIERRA

Durante la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2019, tuvo lugar en el Foro FIL un recital poético-musical en el que participaron los poetas Susy Delgado, Manuel Espinosa Sainos, Briceida Cuevas, Vicenta María Siosi, Francisco Antonio León Cuervo, Mikeas Sánchez y Aitzárika-Angélica Ortiz, leyendo en sus lenguas nativas: guaraní, totonaku, maya, wayúu, mazagua, zoque y wixárika, respectivamente.

Las versiones en español fueron leídas por los actores Dolores Heredia, Manuel Ojeda y Ofelia Medina, quien organizó el evento, además de realizar la curaduría. Los poemas en lectura bilingüe se alternaron con la estupenda interpretación musical del grupo Huehuecuicatl, a cargo de Ernesto Cano.

El mundo pleno de magia y naturaleza transmitido a los espectadores y los poemas que lograron desplegar ritmos hondos inéditos, además de imágenes asombrosas por bellas, tuvieron su centro en el recuerdo de la figura del maestro Francisco Toledo, para honrar su memoria y su arduo trabajo por dar voz y lugar a las culturas originarias de México •

SUSY DELGADO
(Guaraní)

Tum
tum
retumba el takuá
ipu
ipu
oikutu
che ñe 'ä
tum
tum
solloza
golpea
la noche
el olvido
hasë
ipyahë
ipurei
tum
tum
se lamenta
se apaga
lentamente
el takuá
ipu

**ipu
kangymi
ogue
ogue
takuapu.**

EL CANTO FINAL

**Suena suena
suena tristecito
suena allá muy lejos
suena despacito
un canto lloroso
un canto muy débil
un canto pequeño...**

*Tororé roré
dormite mi niño
ya salió la luna
el sol se escondió...*

**¿Quién habrá de ser
que desde allá lejos
así está cantando?
¿Quién conocerá
todavía aquel
canto tan antiguo
y se está esforzando
arañando triste
su pobre garganta
hiriendo y cortando
haciendo gemir**

PURAHÉI PAHA

**Ipu ipu / ipu asymi / ipu mombyry / ipu mbequemi / purahéi pyahë /
purahéi kangy / purahéi miri... // Torore roré / eke che memby / osëma jasy
/ oike kuarahy... // Aváiko oime / pe mombyryete / péicha opurahéiva?**

la noche que llega
a la casa grande?...

*Dormite mi niño
que veamos llegar
la flor de tu sueño
aquí en mi regazo...*

¿Quién habrá de ser
quien está cantando
como si estuviera
a punto de ahogarse
que se le acabara
el último aliento
la voz de su alma?...

*Dormite mi niño
que ya las estrellas
lo ancho del cielo
alumbrando están...*

¿Será que tal vez
ese pobre canto
se quedó escondido
en alguna cueva
algún día lejano
y se convirtió
en eco de un canto
que suena y resuena
después de morir?

/ Mávaiko oikuaa / gueteri ako / purahéi yma / ha oñepia'ä / oikaräi
asy / pe ijahy'o / oikyti kyti / ombojahe'o / pyhare oguahëva / tekoha
guasúpe... // Eke che memby / oguahë haguü / nde kerayvoty / ko che
pyti'ápe... // Mávaiko aipo / péicha opurahéiva / ñaimo'ávaicha / ku

*Tororé roré
dormite mi niño
no vayas a ver
tan malos plantíos...*

**Suena suena
suena tristemente
suena muy lejano
un canto lloroso
un canto pequeño
canto estremecido
canto que se muere
el canto final...**

*Tus sueños floridos
encienden a coro
estrellas de amor
dormite mi niño...*

*ipytipáva / opáva chugui / ayvu pytumi / iñe'ã ñe'ë... // Eke che memby /
osëma mbyja / pe yvagapy / ohesapepa... // Oiméiko mba'e / pe puraheimi /
opyta okañy / itakua rugua / rupi raka'e / ha oiko chugui / ku ñe'ë joapy
/ ipu ipu jeýva / omano rire... // Torore roré / eke che memby / ani rehecha /
mba'e vaity... // Ipu ipu / ipu asymi / ipu mombyry / ipu jahe'o / purahéi
miri / purahéi tytyi / purahéi mano / purahéi paha... // Nde kerayvotype /
hendypu joa / mborayhu mbyja / eke che memby...*

MANUEL ESPINOSA SAINOS (Totonaku)

FRONTERAS

Parece que todos los caminos conducen al olvido,
a perder nuestras raíces, nuestra lengua,
nuestra esencia, a lo lejos, la abundancia
es la promesa de un dios que miente.
La pobreza es una cruz que viste el paisaje,
el hambre una hilera de huellas en la arena.
Desorientado, el viento silva una profunda soledad
mientras se desvanece el eco de nuestra historia,
parece que en vano, sí, en vano hemos vivido
rascando la pared que nos divide.

LOS MUERTOS HABLAN DE AMOR

*Los muertos hablan de amor
de sus carnes resucitan árboles
cuentan miles de historias
las cruces de cempoalxóchitl.*

*De los amantes clandestinos,
de los ríos que penetran y se secan,
de los que se entregan al mar.*

LILHKA'

Xtachaná mpala paks lipatsankgayaw ntiji' / kintankgaxekgakán,
kintachiwinkán, kinkilhtsukután, / nimakgantuxtí xtamalaknún
kimpuchinikán / maski tlakg anán liwat xakilhtutu', nimakgantuxtí.
/ Lakgkurus ya ntasiyú ntalimaxkgat, talipuan, / talhkatawalanit
kkakukuni'xtantun tatsinksat. / Lu nipaxawá skgolí wun, na nikatsí taní
na an, / lakgspuntilha xatachiwín kilatamatkán, lakgspuntilhá, / maski
lu makgasá tsokgsamaw, maski laxakgatlipatanaw, / niamalagksputuyaw
wantu kinkamapitsiyán.

*Los muertos hablan de amor
su corazón nunca muere
late en el vientre de la tierra,
bombee la sangre color ciruela
porque el amor es perenne.*

*Los muertos hablan de amor
deambulan los deseos,
los panteones huelen a sexo,
evaporan los besos
en la humedad de los cafetales,
en las barrancas, en los platanares.*

*Los muertos hablan de amor
inventan caricias nuevas
en el altar de cempoalxóchitl.*

*Los muertos hablan de amor
le ponen collares de flores al recuerdo,
los muertos
se niegan a morir abandonados.*

LICHIWINANKGOY LAPAXKIT NINÍN

*Lichiwinankgoy lapaxkit ninín / lilakgastakgwanankgoy kiwi, /
nachiwinankgo likaxtlawan kgalhpuxum / tipalhuwa tachiwín
lichiwinankgó. // Lantla lamakgolh ti katsekg lapaxkikgó, / lantla mastay
xtapaxkín kgalhtuchokgo, / lata chan kpupuná'. // Lichiwinankgoy
lapaxkit ninín / niakxnikú niy xnakukán, / jalthanankgoy kxpulakni
kataxawat, / makgawanikgoy xaspinini kgalhni', / xlakata wa
lapaxkit xaxlipán. // Lichiwinankgoy lapaxkit ninín / lapulakgoy
makgwananín, / likankalay talakgxtamit putaknún, / tachayaway
latsukat kkapapeni', / kkapuxkgán, kcaseknán, / tachayaway latsukat. //
Lichiwinankgoy lapaxkit ninín, / lalipaxkikgó xasasti tapaxkín / antani
likaxtlawanankanit kgalhpuxum. // Lichiwinankgoy lapaxkit ninín,
/ mapixnukgó xanat xtalakapastakanikán, / nilinipatanikgoy lantla /
xakstukán taakgxtaktamakgonít.*

DESPOJO

¿Cómo decirles a mis muertos
 que esta tierra ya no les pertenece?
 que tendrán que buscar
 la ofrenda en otro lado.
 ¿Con qué cara llamarlos
 cuando ya no encuentren
 el camino de flores?
 Que nunca más
 las cruces de cempoalxóchitl
 contarán sus historias.
 ¿Dónde conversar con ellos?
 ¿bajo qué árbol?
 si ya este corazón está desierto.
 ¿Cómo explicarles que
 lejos de llamarnos a la fiesta,
 hoy las campanas nos llaman
 a defender lo que nos queda?
 ¿Qué flores vendrán a su cuerpo?
 ¿qué incienso, qué velas
 alumbrarán su camino?
 ¿Dónde como las flores
 brotarán cuando yo los llame?
 si la avaricia es un gusano
 que hoy engulle el cordón umbilical.

LALAKGAMAKLIHTIT

¿Lantla chu nakwanikgó ninín / pi nelh xkatakawatkán tani aknukgó? / lantla nakwanikgo
 ninín / pi lakatunu nakaxtlawananikgokán. / ¿Pi niktílakamaxnalh chu / akxni nelh
 kítítakgskgolh / xa tíji xanat? / Lantla nakwanikgó ninín / pi wa imá lílhtampan chu
 kgalhpuxum / nelh kítilichiwinankgolh xlatamatkán. / ¿Ni naktakgalhchiwinankgó? / ¿tu
 nkiwi naliskgagaw? / pi aya tapuxtakgamikanit nkinakukán. / ¿Lantla nakwanikgó ninín
 / pi lata xkinkatasnikgoyan kpaskwa kumpana / uku chu tlakgmaka lakampi na anaw /
 liakgwanaw wantu kinkamakglhtipatanakanán? / ¿Tu xanat nalimastlanikgo xmaknikán?
 / ¿tu limajinin, tu liamksgko / nalikamakgskgokgó kxtijikán? / ¿Ni kítiyat lakum xanat
 napulhtakipalakgó / akxni naktasanikgó? / wanti kinkamakglhtipatanankgoyan kintiyatkán /
 xtachaná chakalh yakgolh kkintamputsnikán.

BRICEIDA CUEVAS

(Maya)

IRÁS A LA ESCUELA

Y aquellas hormigas que reían, cantaban, bailaban y jugaban a la ronda, comenzaron a llorar. Había nacido una hembra, quien les echaría agua hirviendo cuando aparecieran en la cocina.

Tú irás a la escuela.

No serás cabeza hueca.

Trasasarás el umbral de tu imaginación

hasta adentrarte en tu propia casa

sin tener que tocar la puerta.

Y contemplándote en el rostro de tu semejante

descubrirás que desde tus pestañas,

flechas nocturnas prendidas en el corazón de la tierra,

desciende tu sencillez

y asciende la grandeza de tu abolengo.

Tú irás a la escuela

y en el cuenco de las manos de tu entendimiento

contendrás el escurrir del vientre de la mujer de tu raza.

YAN A BIN XOOK

Le tu'ne sfinikoob kaach tu cheejoob, tu k'ayoob, tu yo'ok'otoob, tan xan u baaxal u machmaj u k'aboob, lek u yok'olooob. Ko'lel süsabil, leti'e kun joichokoja'tikoob ua ku manak' taloob ich yalanaj.

Teche yan a bin xook. // Ma'tun p'atakech poluech. / Yan a tadmansik u paakabil u najil taj muk'ólal / tiólal a uoko ta uotoch / ma' tan a k'opik jolnaj. / Le ken a paktabaj tu ich a laak' / bin a uil ti' a maatzab, / boox jul ch'íikil tu puksík'al luum, / ku tal u yéemel a juntadz ol / ti' xan ku bin u náakal u nojil a ch'íibal. / Teche yan a bin tu najil xook / bin a chuk u poojol u chun u nak' u ko'lelí a ch'íibal. / Ti' a tunkuy / bin a

De su calcañal
 descifrarás los jeroglíficos escritos por el polvo,
 el viento y el sol.
 Grandes los ojos de tu admiración
 contemplarán sus senos desfallecientes
 después de haber derramado vida sobre la tierra.
 Irás a la escuela
 pero volverás a tu casa,
 a tu cocina,
 a pintar con achiote el vientre del metate,
 a que lama la lengua del tizne tu albo fustán,
 a inflar con tus pulmones el globo-flama,
 a que hurguen tus ojos los delgados dedos del humo,
 a leer el chisporroteo en el revés del comal,
 a leer el crepitar del fuego.
 Volverás a tu cocina
 porque la banqueta te espera.
 Porque el fogón guarda en sus entrañas un espejo.
 Un espejo en el que estampada se halla tu alma.
 Un espejo que te invoca con la voz de su resplandor.

na'na'jo'ot u uoj dziib mamaiki luum, / s̄iis yétel k'in. / U nukuch yich
 a chaan ólal / bin u chaant u yim sáatal u yol / u dzókol u uekik kuxtal
 yok'ol kab. / Teche yan a bin tu najil xook / baale yan a sut ta taamaj,
 / ta yalanaj, / ka' boon yétel k'uxub u chun u nak' ka', / ka' u leedz a
 sak p̄iik u yaak' sabak, / ka' u p'ul yétel u yik' a sak ol p'ulus-k'aak', /
 ka' u ch'op a uich u k'ak'al yal u k'ab buudz, / ka' a xook tí' u paach a
 xaamach u p'iilis k'aak', / ka' a xook tí' u tooch' k'aak' u waak'. / Yan a
 suut ta yalanaj / tumén ua'laan u paatech u k'anche'il tuux ka pak'ach
 uaj. / Tumén k'oben u taakmaj junp'el neen tu chun u nak'. / Junp'el
 neen tuux dzalal a pixán. / Junp'el neen ku yauat paytikech yétel u jum u
 t'an u leedz jul.

TU VOZ

¿Dónde está tu voz?

¿Dónde se ha perdido?

Esa que resbala,

esa que sube a esconderse en mi cabellera.

Esa que se encierra en mis oídos,

esa que se revuelca en mi boca,

esa que cae de bruces en mi pecho,

esa que se asienta en mi corazón.

La busco con mi dentadura hasta por debajo de mis uñas.

¿Dónde se esconde?

¿Acaso has enmudecido?

¿O yo estoy sorda?

EL VIENTO Y LA FLOR

El viento ha recogido la flor en el cuenco de sus manos,
la está cuidando.

Viene la avispa y la besa en presencia del viento;

llega la abeja y la besa en presencia de la avispa.

Ni un instante más espera el viento:

se olvida de la flor.

A T'AAN

¿Tu'ux ts'o'ok u juum a t'aan? / ¿Tu'ux sa'atij? / Le ku jalchajal, / le ku na'akal u ta'akikuba ichil in pool. / Le ku k'alkuba ichil in xikin, / le ku ji'iji'ilkuba tin chi', / le ku nojk'ajal yóok'ol in tseem, / le ku yets'tal ichil in puksi'ik'al. / Táan in kaxantik u juum a t'aan yéetel in koj tak / [yáanal in wích'ak. / ¿Tu'ux u ta'akmajuba? / ¿Ts'o'ok wáaj u tu'ubultech t'aan? / ¿Wa teen ts'o'ok in kóoktal?

**La sangre se le agolpa en la cabeza;
 enloquece;
 se desata su furia;
 y se transforma en remolino.
 Primero
 tira al suelo a la pequeña abeja;
 en seguida
 zarandea una y otra vez a la pequeña avispa.
 Cesa el enojo del viento;
 se sacude las manos;
 ríe;
 se siente muy soberbio;
 se da vuelta para recoger nuevamente la flor;
 la risa se le va,
 desaparece su soberbia,
 porque la flor yace en el suelo,
 porque sus pétalos están rasgados,
 porque el remolino la pisoteó.**

IIK' YÉETEL LOOL

**lik'e' u ki' lóoch'maj lool, / táan u kanantik. / Taal u ka'aj xuuxe' tu jaan
 ts'u'uts'ik lool tu táan iik'; / Taal u ka'aj xan kaabe' tu jan ts'u'uts'ik lool tu
 táan xuux. / Mix ba'al tu pa'ataj iik': / tu jáalk'abtaj lool. / Táan u na'akal
 k'i'ik' tu pool; / Táan u chokotal u pool; / Tu chak'apal u chi'ichnakil; /
 Ts'o'ok u jelkuba bix moson. / U táanile' / tu jéench'intik chan kaab; /
 bejla'e' / tu jéenjench'intik xan chan xuux. / Jets'a'an u k'uuxil iik'; / táan
 u púustik u k'ab; / táan u che'ej; / jach xib u yu'ubikubaj; / ka tu sutuba
 utia'al u ka'a lóoch'ik lool; / séeblak sa'at u che'ej, / séeblak xan luk' u
 xiibil, / tumen loole' jilikbaj lu'um, / tumen loole' tsi'itsi'ik u nook'; /
 tumen loole' tatak'cha'ata'an tumen moson.**

VICENTA MARÍA SIOSI
(Wayúu)

LENGUA ARRULLADORA

**Mi madre fue al internado,
las religiosas le enseñaron español.
Habla wayuunaiki con sus amigas indígenas.
Era una fiesta su conversación.**

**Le salían de la boca sonidos misteriosos, fuertes,
Imperceptibles, largos.
Parecían danzar, por el aire, las palabras.**

**A mí me demandó: Hablarás perfecto la lengua del arijuna;
no te llamarán guacamaya.
Fui obediente.
No decía anoui tūmain sino: En mi tierra desierta
No decía erre shirrain uchika sino: Cantan los pájaros
No decía katsinsü joutaikat sino: el viento es fuerte.**

**Mamá, ahora no puedo arrullar a mis hijos
como tú me arrullaste a mí.**

COREGIAS TEI

**Ekirrajunush sütuma monjakat arijunaiki / Yotusu süma sarewainkat /
Tarass mai sunain tü yootoko // Ewetusü surü shimatain yooto / Naatajat
kapures, / Sunain jiettain, otta mussia kamain. / Mussu jionnakakai
sunüiki. // Muss tamüin anetmain tü punuikika tü arijunaikika; /
Nojoret karekaren punuria. / Tainjuin tü sumaka tamüin, / Nojos sumüin
anoui toumain / Nojos sumüin erre shirrain uchika / Nojos sumüin
Katsinsü joutaikat // Teichon, nojoret tourijain tü puruinkarirua / Maka
purijainkat taya.**

GUARDO SILENCIO

**En mi aldea las palabras son dulces,
Sonoras, a veces se apagan,
pero resurgen como campanillas alborozadas.
Cada árbol tiene su nombre: Cujì, moco chirra, tua tua.
Las aves cantan su nombre: Shio purik; shio purik,
pitchirrí, pitchirrí, coc, coc.
Puedo decir si amo: Ais tapura pía
Puedo anunciar el dolor: Ais tekì
Tu idioma, amigo blanco, no lo conozco,
Por eso guardo silencio en tu ciudad.**

KOUTTA

**Tepiaru kamaness main tü wanuikika / Es erre ipunain wanuik, mussi
jietchonre shia / Ayura mussia suchukua. / Kanuriajus supushua
unukarirua: kují, moco chirra, tua tua. / Uchikarirua eirajus suniria:
Shiopurik shiopurik, pitchirri pitchirri, coc coc. / Maka tache kure wane
wayuu tamesia: ais tapura pia / Maka airre kassatanain tamesia: ais
teki. / Tü punuikika arijuna, nojo terrajin / Kouttushijese taya pumainrü.**

FRANCISCO ANTONIO LEÓN CUERVO (Mazahua)

HISTORIA DE UN ÁRBOL

Pensé que estaría aquí por siempre,
ingenuo,
como un viejo deseo,
casi perfecto.

Quería estar solo,
tranquilo,
creciendo en la quietud,
lento y callado.
Imperceptible,
ligeramente opacado por la imagen del viento.

Porque no era extraño imaginarse inmenso,
no era extraño respirar,
querer ser grande y llegar al cielo.
Y no era extraño querer vivir.

Hay muchas cosas que pude desear
cuando fui pequeño,
pero por más que deseé,
sólo quise crecer.

Porque así parecía ser la vida
perdida en esa rutina inerte,

NU B'EZHE NA ZA'A

Mi kijjñi ko ro ngejmeba nrenxe yo pa'a, / mi ch'iji, / nzakja na poxú
ne'e, / ko mi na jo'o. // Mi ne'e natsk'o ro ngejme, / mi b'úb'ú, / mi tee
na ts'ike, / ngextrjo ñe dya jña'a. / Dya nra'a, / ngextjo mi pót'úzú nu
jmi'i nrajma. // Dya ngeje na s'oo ma mi ch'iji na nrage, / dya ngeje na
s'oo ma mi ñúú, / ma mi ne'e ra te'e ñe ra sájá a jens'e. / Ñeje dya ngeje
na s'oo ma mi ne'e ro b'úb'úba. // Mi b'úb'ú na pjunkú k'o mi ne'e / ma

de la que no supe si el día
 empezaba con la salida del sol,
 o con la puesta del mismo,
 y no entendí
 por qué la vida empezaba para luego acabar
 y volver a empezar.

Asechado siempre por esa paradoja
 que el tiempo parece ignorar,
 pasando ausente,
 sin voltear,
 sólo imaginándome absorto,
 sin responder,
 porque nunca tuve algo que preguntar
 en ese presente que jamás transcurrió,
 ni una duda que perturbara esa emoción compartida,
 inundada de soledad.

Y de pronto,
 apareciste helando el viento,
 tan impaciente que el suelo se petrificaba a tu paso,
 el tiempo dejó de ser tiempo,
 deteniéndose aquí y allá,
 por primera vez tuve miedo,
 sin ningún lugar a dónde escapar,
 porque todo parecía nublarse,
 volviéndose un eco constante
 olvidado en la espesa oscuridad de esta noche.

Otra vez me encontraba en la paradoja
 lleno de incertidumbre,

mi ts'ikego, / mbe gakja na pjunkjú mi ne'e, / ngextjo mi ne'e ro tee. //
 Nzakja xi mi ngeje nu b'úb'ú / mi b'ézhi kja texe yo pa'a, / nuja dya pärä
 ma nu pa'a / mi mbúrú ma mi mbes'e nu jiarú, / maxi, ma mi ngichinu, /
 ñeje dya pärä, / pjenga nu b'úb'ú ri mb'úrú mbara ra nguarú / ñe nanyo
 ri mbúrú. // Mi nrenxe yo pa'a ko na ónú / ko nu nrajme dya y'ará, /
 ngextjo mi kjobú, / dya mi janra, / ngextjo mi kijjñi nuba, / dya chjúrú,

sin nada que responder y tal vez todo que preguntar.
No entendí porque el tiempo empezó a terminar,
por qué las preguntas siempre llegan al final,
cuando ya no se pueden responder,
cuando ya todo se ha ido.

Y es difícil explicar si la vida nos pierde
o la hemos perdido.

Pregunté si la vida siempre era tan difícil.

Y respondió:

—No, es sólo que quizás soñaste demasiado.

Sólo quería quedarme aquí por siempre,
jamás quise morir,
me reusaba a dejar de ser esa imagen soñada,
hoy transparente,
apenas visible,
diluida en la inmensa quietud silenciosa
de esta noche.

/ ñe otrjo dya mi pes'i na ónú ko kja'a / kja nudya ko otrjo dya kjobú, /
otrjo mi pes'i na ónú ko mi k'ueñe in májagobe, / nuja mi natsk'ojme. //
Nukua, / ro séjétsk'e ñe me ri s'enrajma, / mi b'úgú ñe nu jómú mi jiéb'é
s'e'é ma mi kjogú, / nu nrajme dya ngeje nrajme, / mi kejme a ñ'eba ñe
a m'anu, / mi so'o ro sü'ügo / otrjo dya só'ó ro ma'a, / texe mi pótú, / mi
ngeje na majña ñe majña / ko mi jiombeñe kja na xómúna. // Naño mi
b'ézhigo / otrjo dya mi pärä, / otrjo dya pés'i yo chjúrú ñe mi pés'i texe
yo ónú. / Dya mi pärä jeko kjobú ko nu nrajme ko mi nguarú / nrenxe
yo ónú ri sájá ma texe ri nguarú, / nuja otjo dya so'o ra nrúrú, / nuja yo
nrexe a ma'a. // Ñeje ri dya só'ó ra mama ma nu b'úb'ú ri b'ézhigoji /
maxi nutsk'oji ro b'ézhinu. // Ro ónú já'ä texe yo pa'a ko b'úb'ú mi me'e.
// Ñeje o nrrúrú: // Iyo, mbe nutsk'e mi kijjñi na pjunkjú. // Ngextjo
mi ne'e ro ngejme a ñ'eba, / dya mi ne'e ro nru'u, / dya mi ne'e ro ngeje
nu t'ijmicha, / ko nudya ri tsintsi, / ko ri ts'ijñanra, / ko ri mbib'i kja nu
ngotöjö / kja nu na xómú.

MIKEAS SÁNCHEZ
(Zoque)

JESUCRISTO NO ENTENDIÓ JAMÁS LOS RUEGOS DE MI ABUELA

**Mi abuela nunca aprendió español
tuvo miedo del olvido de sus dioses,
tuvo miedo de despertar una mañana
sin los prodigios de su prole en la memoria.
Mi abuela creía que sólo en zoque
se podía hablar con el viento,
pero se arrodillaba ante los santos
y oraba con fervor más que nadie.
Jesucristo nunca la escuchó,
la lengua de mi abuela
tenía el aroma de las pomarrosas
y el brillo de una estrella
le nacía en los ojos cuando cantaba.
San Miguel Arcángel nunca la escuchó,
los ruegos de mi abuela a veces eran blasfemias
Jukis'tyt decía y los dolores cesaban.
Patsoke gritaba y el tiempo se detenía bajo su cama.
En esa misma cama parió a sus siete hijos.**

**JESUCRISTO'IS JA' ŃĀJKTY ĀJ'YA ĀJ' TZUMAMA'IS KYIONUKSKU'Y
Āj' tzumama'is ja' myuspäkä' kastiya'ore / natzu'
jyambä'ä ngyomis'kyionukskutyam / natzu' xaä' tumä nabdzu' /
jyambäukam yanuku'is musokiu'tyam / Āj' tzumama'is wyanjambana'
jujehe' ore'omorire'na / Muspabä tä' tzamä'sawa'jin / tese'
kujtnebya'na eyabä' ngomis wyinan'omoram / tese'na konukspa
chokoyjin ni'ijse / Jesucristo'is ja' myajna kyonujksku'y / te'
yore äj' dzumamas'nye / ñä' ijtu'na pomarrosas yoma'ram /
tese' sunkbana' tumä' matza / wyrün'omoram wadbasenaka' /
San Miguel Arkangel'is ja' myajna' kyänuksku'y / äj'tzumama'is
kyänuksku'y wenen'omo yaxonguy'tyam'dena' / jukis'tyt numbana'
tese' poyajpana te' toya'ram / patsoke wejpana' tese' te' Sungä mita'na
yängu'kyämä / Te' yängu'kyämärike pänayaju' kuyay'yune'ram**

CÓMO SER UN BUEN SALVAJE

**Mi abuelo Simón quiso ser un buen salvaje,
aprendió castilla
y el nombre de todos los santos.
Danzó frente al templo
y recibió el bautismo con una sonrisa.
Mi abuelo tenía la fuerza del Rayo Rojo
y su nagual era un tigre.
Mi abuelo era un poeta
que curaba con las palabras.
Pero él quiso ser un buen salvaje,
aprendió a usar la cuchara,
y admiró la electricidad.
Mi abuelo era un chamán poderoso
que conocía el lenguaje de los dioses.
Pero él quiso ser un buen salvaje,
aunque nunca lo consiguió.**

ÄJN ORE'OMO KEJPA ANHUKU'IS MYI'USOKI'UTYAM,
Äjn ore'omo kejpa anhuku'is myi'usoki'utyam, / te' jäki'uy ja'
mpyi'uräpä' äjn mayisnye'. / Tumjama yaku'ajki'aju' Ajway'kupkuy'omo
tumä anhmatyi'äjk / tese' te unes'tam nhki'ämanätyi'otzyaju
/ te' nhkirawas'yoreram. / Te' nhkirawas'yore / anhäpi'ajna'
ne' tyi'aki'ajupä limetaj'se, / sone'monepä limeta'purujse ne'
nhki'ejki'ajupä / tesorike ne' nhki'ajkayajupä'is mumuti'is
nyiäyi'. / Äjn mayi ja' sunä' myawä' anhmatyi'äjkomo, / te'is syutu'
wyi'änä jojmo'anhkas, / yore' jojpajkijs'wyanejse anhä'pi'apä'. /
Te' pekatzame kotzäjkisnye'ram, / tzäyaju äj' jame'omo / sunyi'
ketyajpapä tanh'ntanhse, ijtyajupä' tuku'wänhntäjk'omo, /
tanh'ntanh'tam pujtyajpapä / mitasenaka' te' tuj', / pujtyajpapä wäkä'
jomepä'mokayas'tam nhki'omusya'ä te' Ore'. / Näjmatyanh'ntäjutzi ji'
nhki'änatzoya'epä, ji mujsipä'is tyunya'totojaye. / Näjmatyanh'ntäjutzi
ntzam'ntampapä'is käyipä'ore. / Te'is ji' nkyi'omusya'epä
jujtzye äjtamnte' yomo'ram, pän'tam / ne' mpyi'äjkpä'yajupä'is
Nasakopajkis'wyane.

MI VOZ ES EL ESPEJO DE LA MEMORIA

**Mi voz es el espejo de la memoria,
 el nudo en la garganta de mi madre.
 Un día abrieron una escuela en Ajway
 y los niños escucharon por primera vez
 la lengua de los Nhkirawas.
 La lengua del hombre blanco
 sonaba a cristales quebrándose,
 miles de fragmentos cayendo
 y cambiando el nombre de las cosas.
 Mi madre no quiso ir a la escuela,
 prefirió guardar en su alma
 la música de cascadas del Ore'.
 Las historias de los cerros encantados
 quedaron intactas en su memoria,
 como mariposas multicolores en el baúl de la casa,
 mariposas seductoras que siguen escapando
 con su sonido de lluvia
 para ser engullidas por los nuevos Mokayas.
 Nos llamaron tercos y analfabetas, sí.
 Nos llamaron hablantes de dialecto, sí.
 Lo que ellos ignoran es que somos hombres y mujeres
 alimentándonos del canto de Nasakopajk.**

**ÄJN ORE'OMO KEJPA ANHUKU'IS MYI'USOKI'UTYAM,
 Äjn ore'omo kejpa anhuku'is myi'usoki'utyam, / te' jäki'uy ja' mpyi'uräpä' äjn
 mayisnye'. / Tumjama yaku'ajki'aju' Ajway'kupkuy'omo tumä anhmatyi'äjk / tese'
 te unes'tam nhki'ämanätyi'otzyaju / te' nhkirawas'yoreram. / Te' nhkirawas'yore
 / anhäpi'ajna' ne' tyi'aki'ajupä limetaj'se, / sone'monepä limeta'puruje ne'
 nhki'ejki'ajupä / tesorike ne' nhki'ajkayajupä'is mumuti'is nyiäyi'. / Äjn mayi
 ja' sunä' myawä' anhmatyi'äjkomo, / te'is syutu' wyi'änä jojmo'anhkas, / yore'
 jojpakjis'wyanejse anhä'pi'apä'. / Te' pekatzame kotzäjkisnye'ram, / tzäyaju
 äj' jame'omo / sunyi' ketyajpapä tanh'ntanhse, ijtyajupä' tuku'wänhtäjk'omo,
 / tanh'ntanh'tam puptyajpapä / mitasenaka' te' tuj', / puptyajpapä wäkä'
 jomepä'mokayas'tam nhki'omusya'ä te' Ore'. / Näjmatyanh'ntäjutzi ji'
 nhki'änatzoya'epä, ji mujsipä'is tyunya'totojaye. / Näjmatyanh'ntäjutzi
 ntzam'ntampapä'is käyipä'ore. / Te'is ji' nkyi'omusya'epä jujtzye äjtamnte'
 yomo'ram, pän'tam / ne' mpyi'äjkpä'yajupä'is Nasakopajkis'wyane.**

AITSÁRIKA - ANGÉLICA ORTIZ
(Wixárika)

HOJAS DE ROBLE

Nací bajo tu mirada,
escuchaste mi llanto en la noche,
tus hojas fueron mi estera
mientras la luna observaba.
Aunque los años pasan sobre ti,
sigues parado igual de fuerte en el patio.
Conoces el pensar de Nuestros Padres,
nacimos bajo tu follaje espeso.
Cuántas veces me habrás visto
llorar bajo tus ramas;
entonces era un simple llanto de niña,
ahora el llanto es de una mujer que habla.
Tú, roble frondoso, raíz de mis antepasados,
ofréceles tu nutrida sabia.

TUAXA XAWARI

'Ahixie nemutinuiwaxi, / netsuari pemu'eni tikariki / 'axawari ne'itari
matia / mexi metseri tanierekai. / 'Aheima tuukari neukakikani ke ti /
yaxeikia petitse'iti takwa pemuwe. / Ta'ukitsiema wa'iyari pe'anumaiti
pemitwiwe / 'ahetia nuiwakate temi'ane. / Ketipaimexia ne'utatsuakame
peminetiuxei, / 'ana nunutsi tsuarieya pemitu'eni, / hiki 'ukaratsi
tsuarieya maniuka, neu'eni. / 'Eki tuaxa, ta'ukitsiema wananá pemihiki, /
'axawari neuxatía.

TUS PALABRAS

**Recuerdo tus palabras,
 sentados junto a Tatewarí,
 Tú, en tu equipal,
 yo en mi petate.
 No recuerdo cuántas veces
 me dormí escuchándote,
 tus palabras
 se seguían grabando en mis sueños.
 Como semillas
 las dejabas caer
 sobre mi corazón de niña.
 Ahora ha crecido y tiene sus propios poderes.
 Igual que tú se sienta en su equipal.
 A sus hijos entrega su palabra,
 y éstos se duermen escuchándolas.
 Jamás los despierta,
 sabe que sus palabras
 penetran en los sueños
 como semillas.**

'ANIUKI

**'Aniuki nemaye'erietiyeyika / Tatewarí aurie ne'utikaiti. / 'Eki 'auwenitsie
 / neta ne'itsitsie. / Nemikaramate ketipaimexia titi / nemireuku
 nemetsita'enieti, / ya titi 'a'ixatsika / neheinitsita paiti nemetima. /
 Nunutsi yu'iyarita pai / 'a'imiari mukaxei. / Hiki miki 'emutewi, mitikema
 ri. / 'Ahepai 'uwenitsie mitiutyeyixa. / Yutiiriyama mitiwaruti'ixatsitiwa,
 / me'ita'enieti memeukukutsu. / Miki mi'ane mikawaranutahitiwa, /
 tsi miramate kename 'ixatsikaya / wareukutiwati waheinitsita paiti /
 'ukateteke 'u'iwiximeti.**

ESTOY LLORANDO

Estoy llorando sentada aquí en esta piedra.
El llorar aquí vale la pena, se llora bien:
mis ojos ya están hinchados.
Todos lloramos por algo; unos poco, otros mucho,
hoy, lloro sin dejar de mirar a través de mis lágrimas.
A veces no quieres llorar, pero te hacen llorar,
el llanto nos persigue y morimos con él.
No hay día especial para llorar.
Por eso, hoy lloro, mientras puedo,
mientras sé llorar,
mientras mis ojos no se han secado.
El llanto no se vende,
el llanto es sagrado para aquel que lo llora,
y una lágrima bien llorada merece respeto por aquel que no la llora.

NEMUTATSUAKA

Nemutatsuaka 'ena tetetsie nehakaiti / 'ena netsuariya 'aixi ma'ane,
'aixi mitiutsuani, / nehixite ri kwinié mitihatika. / Tanaiti temuyetsuari
hipati kwinié hipati yaki, / ne hiki kwinié nemireutsuamiki 'aimieme 'ena
nemaka / netsuariyatsie ne'uyeniereti. / Heiwa tsepa pemikareutsuamiki
pemitatsuaritarieni, / tsi tsuariya mitatsikuweiyane tanuiwaritsie
tamiiyatsie, / Tuukari mikaxuawe tsuaritsie mieme xeikia. / 'Aimieme hiki
nemutatsuaka mexi neyiwe, / mexi nehamarike, / mexi nehixite katiwawe.
/ Tsuariya mikayutua, / maiweti mi'ane, meiti'enietieyeka xeikia kemi'ane
mitatsuaka, / tsi ta'iyaritsiepaiti hatineikati mi'ane / 'aimieme xei 'ukai
'aixi retsuarieti 'aixi yeme kana'aneni.

M'illumino d'immenso

Premio Internacional de Traducción de Poesía del Italiano al Español

M'illumino d'immenso, Premio Internacional de Traducción de Poesía del Italiano al Español, es un concurso que tiene el fin de fomentar la traducción y la difusión tanto de la poesía italiana como de la poesía suizo-italiana en los países de habla hispana. Es organizado por los poetas Vanni Bianconi (Suiza) y Fabio Morábito (México), y por la traductora Barbara Bertoni, coordinadora del Laboratorio Tradit, gracias al apoyo del Instituto Italiano de Cultura de Ciudad de México y de la Embajada de Suiza en México, con el patrocinio de Biblioteche di Roma.

Los participantes tienen que traducir un poema de un autor italiano y un poema de un autor suizo de lengua italiana, y el jurado está compuesto por poetas y traductores literarios. En esta edición llegaron ciento nueve propuestas de catorce países: Alemania, Argentina, Chile, Colombia, Cuba, España, Estados Unidos, Guatemala, Italia, México, Nicaragua, Reino Unido, Suiza y Venezuela. El jurado, compuesto por los poetas Fabio Morábito y Francisco Segovia, y por la traductora Barbara Bertoni, eligió el trabajo de Rocío Moriones Alonso, que presentamos a continuación.

GIANNI D'ELIA

LXI

Pero el anteinfierno existe, basta que se apague
la luz de la escalera, cuando vuelves a subir, ya
sin bolsas, la noche de la basura cotidiana;

de repente, la oscuridad más profunda y densa
te asalta, y te acercas de memoria al led
luminoso del interruptor con temporizador; en el piso,

incluso en ese lapso, de escalón en escalón,
el pensamiento se ve golpeado por el intervalo
y se sobresalta, traduce, alegoriza el sentido

de esta oscuridad inconsciente, cercana,
detrás de la calidez de tu propia casa,
que por la rendija de la puerta envía luz

como si fuera el puerto de arribo de un náufrago...
allí está ella, la cena, una noche más,
y, tras las otras puertas, gente casi ignota,

asomada, como tú, a la barandilla, a la nada
de una existencia que ignora lo adyacente...

De Bassa stagione (Einaudi, 2003).

LXI

Ma l'antinferno esiste; basta si spenga / la luce delle scale, mentre
risali, senza / più sacchetti, la sera del rifiuto quotidiano; //
d'improvviso, il buio più pesto e fitto / ti assale, e vai a memoria
fino al led / lumicoso dell'interruttore a tempo; al piano, // pure,
in quel lasso, di gradino in gradino, / il pensiero è colpito dal
frattempo / e trasale, traduce, allegorizza il senso // di questo buio

FABIO PUSTERLA

EL ESPLENDOR

No, no es fácil hablar de todo. Y en este caso
bastan dos milímetros para cortar
el tiempo como un cuchillo: dos milímetros más,
dos milímetros menos, y todo cambia,
luz u oscuridad, flor o sequía
definitiva. No tengo palabras para hablar del vértigo
que de tanto en tanto me asalta, cuando la mirada
tiembla y debo detenerme, apoyar las manos, respirar.
Milímetros: era el título
de un libro muy querido,
pero ya rugía dentro,
dura, la desadornada, hoces y tijeras.
El vértigo pues dejémoslo mudo,
mudo el torbellino —por un instante se ha abierto,

inconsapevole, vicino, / dietro il tepore del proprio appartamento,
/ che dal taglio della porta manda luce // come fosse l'approdo
per un naufrago... / di là, c'è lei, la cena, un'altra sera, / e dietro
le altre porte gente quasi ignota, // affacciata, come te, alla
ringhiera, al niente / di un'esistenza che ignora l'adiacente...

más allá de cualquier palabra, sin aliento
ni ritmo— ¿se detiene la palabra cuando el espolón
del mal se cierne sobre ella? ¿Se rinde, acaso?
¿O, por el contrario, se lanza después la palabra,
conquista la luz, y el mal está mudo
desde siempre, despojado
de sentido, condenado
al silencio del hueso y de la carne?
Hablemos mejor del sol de tus años,
cuando pasas y sonrías por la vida,
hablemos del esplendor.

De *Cenere, o terra* (Marcos y Marcos, 2018).

VERSIONES DEL ITALIANO DE ROCÍO MORIONES ALONSO

LO SPLENDORE

No, non di tutto è facile parlare. E in questo caso / bastano due
millimetri a tagliare / il tempo come lama: due millimetri in più, /
due millimetri in meno, e tutto cambia, / luce o buio, fiore o secca
/ definitiva. Non ho parole per dire la vertigine / che ogni tanto
mi assale, quando lo sguardo / trema e devo fermarmi, poggiare le
mani, respirare. / *Millimetri*: era il titolo / di un libro molto amato,
/ ma già ringhiava dentro, / dura, la disadorna, falci e forbici.
/ La vertigine dunque lasciamola muta, / muto il vortice — per
un attimo si è aperto, / più in là d'ogni parola, senza fiato / né
ritmo — si ferma la parola quando il rostro / del male la sovrasta?
Si arrende, forse? / O invece la parola scocca dopo, / conquista
la luce, e il male è muto / da sempre, deprivato / di senso,
condannato / al silenzio dell'osso e della carne? / Diciamo invece
il sole dei tuoi anni, / quando passi e sorridi nella vita, / diciamo
lo splendore.

Jacinto en la oscuridad y... una mosca

JOSÉ MIGUEL HERNÁNDEZ IBARRA

ERA UN DÍA SOLEADO, sobrevolaba los pastos de un jardín en Barcelona. Decidí ir a buscar un lugar donde hubiera algo más apetecible que unas simples orugas a medio morir. Volé por algunas calles de la ciudad hasta que un olor a carne putrefacta atrajo mi atención. Entré por la ventana, el olor me llamaba y simplemente me dejé llevar.

Era una casa grande, pero con pocos objetos. La madera del suelo rechinaba de lo vieja y húmeda, aunque nadie tuviera contacto con ella. Volé al baño, me paré en el lavabo y pude percatarme de que dentro de ese frío espacio había muchas otras de mi especie, e incluso de mi familia.

Ahí estaba yo, en el baño de una persona que lamentablemente se encontraba muerta y con un grado de putrefacción avanzado. Me sentía culpable viendo cómo las otras disfrutaban del banquete humano que se hallaba allí como olvidado. Una cortina que revoloteaba con el viento —que, por cierto, era un poco fuerte a pesar de estar soleado— asustaba a todas las demás, al unísono se oían como un grupo de violines que lloran una sola nota. Estaban tan entretenidas comiendo el festín gigante que alguna vez tuvo vida, que alguna vez pensó, que no se percataron de las voces que se oían afuera.

—¿Por qué huele así? —escuché decir a la que supongo que era una mujer, por su aguda y chillona voz. ¡Claro!, es la típica voz de vecinas entrometidas, pensé.

—¡Entremos! —dijo alguien. Y de un solo golpe, retumbando, cayó la puerta al suelo, expandiendo por el ambiente de la fría casa polvo para mis narices.

Aun considerándome entrometida, decidí permanecer en lo alto de la entrada principal para ver lo que pasaba. Supuse que las personas que entraron eran vecinos chismosos, dada la profanación, como Pedro por su casa, de una propiedad privada. Un grito proveniente de la oscura bañera hizo que me sobresaltara: era la mujer que antes mencioné, quien salió corriendo y dando manotazos que por poco y me alcanzan. Era claro que estaba asustada por lo que vio.

Al poco tiempo escuché la sirena de una patrulla que acababa de arribar a la escena mortífera. El comandante de la unidad relataba por la radio de la estación policiaca cómo estaban las cosas. El «fés-tín humano» era, concretamente, un anciano de sesenta y cinco años de edad. Entonces llegó otro automóvil al lugar del hallazgo. De él salió un joven de aproximadamente veinticinco años, que a mi parecer se veía algo adusto para ser tan joven. Luego de unos minutos comenzó a hablar por teléfono; alcancé a percibir al otro lado la voz de una mujer; paré la oreja y escuché que le decía algo como esto: «Todo me da vueltas. Le doy un trago largo a la botella con agua que llevo en el bolso desde que terminó el concierto de Mecano. Como puedo me incorporo y empiezo a caminar hacia el hotel. Ya está amaneciendo, seguramente cuando llegue a la habitación 304 ya estará el sol pegándome en la cara. Odio llegar de día a mi cama». ¿Acaso está loco? ¿Mecano? ¿304? Pronto olvidé la absurda conversación. En fin, da igual; resulta que este joven era el hijo menor del viejo que todos mis congéneres seguían tragando como si no hubiera un mañana. No lloró, ni siquiera se veía triste cuando el oficial le comunicó el reciente descubrimiento. Simplemente regresó a su coche y se marchó. Ya sé que no soy nadie para juzgar, pero es en serio que ni una lágrima soltó. ¡Hombre!, ¿no tienes corazón?, ¡jera tu padre! Pero bueno, igual de qué sirve que opine...

Después de unas horas, llegaron los forenses e hicieron su trabajo. El perito concluyó que tenía cerca de treinta y tres días de haber fallecido; en serio, ¡naaaaadie se dio cuenta!, ni siquiera la vieja chismosa de doña Meche, de la finca de atrás, a quien conozco porque varias veces he entrado a su casa y me he posado en sus platos sucios. Llegó la prensa; me sorprende que una muerte así tuviera tantos visitantes. Ya sé que dirán que yo qué voy a saber. Terminé encandilado con uno de los *flashazos* de las gigantescas cámaras de los reporteros. Pasé buen rato molestando a uno de ellos, de pronto

caí al suelo, no me di cuenta cómo, sólo se nubló mi vista. Ahora me sentía como las orugas a medio morir del parque, y aun peor, me sentía como el cuerpo del anciano decrepito que las demás se devoraban. Ya sé que dirán que yo cómo me voy a sentir mal si soy sólo una simple mosca. ¿Qué puedo decirles yo? ¿Qué puedo lamentar yo? ¿Qué puedo pensar yo de los que no estuvieron ahí para ayudar al anciano? Díganme, ¿quién soy para no dejar que se lo comiera un enjambre de moscas? ¿Quién soy yo, díganme, para no haber permitido que se quedara moribundo, gritando, agonizando, sin poder hablar a nadie, sin decirle a nadie, sin nadie que lo escuchara? Y dime, Jacinto, ¿quién soy yo para haberte salvado? Si soy sólo una simple mosca... •



De triunfos y semblanzas

CINDY HATCH

Me siento insatisfecha y perdón que lo diga
pero qué desatino nombrar todavía poetas
y ostentar el mote

Oye, yo no tengo tiempo de ser el pájaro dentro de la jaula
no tengo tiempo de gritar Papi

Yo quiero ser mujer de letras
no, no, mejor persona de letras
 Ser versátil

Hoy, por ejemplo, quiero ser el cuerpo del texto
pero yo toda entera
 olvidarme de mi sexo
que tanto dolor me ocasiona

«Me aburro rápido» es la sentencia que repito con mayor
soltura
 Je m'ennuie facilement
¿eso no te dice nada?

Deseo tirar por el balcón todos los versos amorfos el éxito
también las semblanzas del tipo:
 «poeta tapatío ha publicado en...»
en una tierra donde como dicen:
 «levantas una piedra y debajo de ella...»
Bla bla bla...

Soy joven y no he hecho nada Ése es mi mayor triunfo